3 1761 09544625 8

UNIV.
OF TORONTO
LIBRARY

WARWICK & SONS,
LAW BOOK BINDERS AND PUBLISHERS
68 AND 70 FRONT ST. WEST, TORONTO.

J3542

ARTICULOS FIAMBRES

S
G4927a

3

ARTÍCULOS

FIAMBRES

ORIGINALES DE

H. Giner de los Rios

MADRID
«BIBLIOTECA ANDALUZA»
1889

ES PROPIEDAD

178 111

23/2/91

MADRID: 1889.— Imprenta de Tomás Minuesa de los Ríos, Juanelo, 19.

A LA COMPAÑERA DE MI VIDA:

A tí, que tanta parte tuviste en la confección de estos artículos, oyendo su lectura; aconsejándome su redacción; dándome asunto para ellos cuando á última hora me encontraba exhausto de argumento que desarrollar al correr de la pluma: á tí debo dedicar este libro, por la parte de colaboración que en realidad te corresponde.

..... ¡Cuál no sería mi asombro al saber que en apartado rincón de las Asturias había una persona que se entretenía en buscar todo lo que yo publicaba en periódicos y revistas, jactándose, con un amigo de mi intimidad, de tener reunido cuanto yo he producido por la dura exigencia de rellenar un sitio; y sin más tesis, como dirían los críticos de teatros, ni más pensamiento trascendental, como escribirían los que se ocupan en censurar las novelas del prójimo, que la de empedrar con letras de molde las aceras de las hojas diarias, ó el macizado de los escaparates ó anaquelerías de las tiendas de libros! Aún no salgo de mi admiración, y ¿por qué no decirlo? de mi maravillada gratitud. ¿Qué habrá encontrado ese buen señor á quien aludo, en los renglones largos ó cortos que he echado al mundo, para buscarlos? Sin duda que en él hay una pasión, vicio debería llamarlo, de coleccionista, y deben existir gentes que coleccionan papeles impresos, de la misma manera que se tropiezan á cada paso coleccionistas de sellos de franqueo.

Yo no comprendía la manía absorbente y avasalladora de juntar objetos raros hasta que me dió á mí por adquirir antigüedades. Años atrás se me ocurría pararme delante de las vitrinas donde se exponía un cuadro ó una estátua, aunque fuese ésta de la categoría de muñeco; pero jamás me venía á las mientes ni punzaba mi curiosidad un cacharro de porcelana, un abanico antiguo, un mueble desvencijado, un tapiz, un pingajo viejo de tela raída, donde apenas si se descubre la huella de un anuncio de intención de rico bordado. Para mí eran ridículas manías las de los anticuarios; mas cuando por fortuna, he cobrado afición á todas estas ñoñadas, estimando más la miniatura de persona desconocida que la fotografía de un amigo; la empuñadura de una espada antigua que el apretón de manos de un conocido nuevo; la descosida chupa que el más hermoso corsé donde golpee el corazón de la más sensible dama; el desencuadernado vargueño del Rastro al mejor rico mueble que la industria moderna pueda ofrecer, entonces me he penetrado del encanto, pueril si se quiere, de reunir *cosas,* de almacenar parejas, de formar, en fin, colecciones de trapos, monedas, platos ó hierros. Y colocado en este punto, me he explicado la idea de los estrambóticos que se dedican á reunir por el mero placer de coleccionar los objetos más disparatados.

Ya en este terreno, nació en mí la idea de reunir lo propio para ofrecerlo á los extraños, por aquello

de que me pirro por comprar todo volumen de artículos que aparece en las librerías. Son estas las obras que menos público tienen; pero para mí encierran cierto encanto los tomos compuestos de impresiones diversas y fugaces, en cuyas páginas ni se sigue un plan, ni se observa una norma, sino que antes bien se amontonan sensaciones opuestas, se almacenan como en tienda de ultramarinos, artículos de comer, beber y arder.

Líbreme Dios de pensar como Campoamor, que todo lo que ha escrito un autor bueno ó malo, debe ir dándolo á luz, malo ó bueno, para que el público juzgue de la filiación y progreso de las ideas; esto, á lo sumo, podrá interesar á él; y cuando él sea una notabilidad, á sus admiradores más allegados que lo toman como maestro y modelo á quien seguir; pero, á menos que se trate de un Victor Hugo auténtico, la serie de su cultura y el desarrollo de su pensamiento, le tiene sin cuidado á la generalidad.

La publicación de este libro responde á la manía del coleccionista, y á la necesidad..... á la necesidad de surtir con un tomo más el catálogo de los libros que pueden ser leídos á pedazos entre dos estaciones consecutivas de ferrocarril. Y como además cuento con un lector constante allá cerca de las cuevas de Covadonga, y alguno que otro más desparramado por el mundo, me decido á lanzar en el presente volumen el trabajo hecho á vuela pluma para un diario (que ya desapareció del estadio de la prensa,

La Opinión), en cuya primera columna de entrada, por una, dos y aun tres veces semanalmente tuve la obligación de rellenar el hueco, como antes decía, compartiendo esta honra con firmas tan autorizadas, entre otras, como las de Fernanflor y Sánchez Pérez.

Estas lineas que ahora escribo, debieron haber sido sustituídas por un prólogo de persona autorizadísima, que cariñosamente me animó á reunir estos artículos; y como sin padrino no podían salir, yo le pedí y él me brindó su nombre para cubrir la mercancía, y así lo anuncié al preparar la tarea; pero releídos otra vez, no he creído que se puede abusar de la bondad de los que nos quieren honrar con su ayuda, y así aparece sin amparo, con lo que el lector ha perdido, aunque el volumen ha ganado por lo parejo.

Allá va, fiado en la indulgencia que en tales obras se guarda por la premura con que se escriben, por el molde dentro del cual es forzoso encerrarlas, y por la manera como se elaboran.

H. Giner de los Ríos.

Madrid, Octubre de 1889.

ARTÍCULOS FIAMBRES

I

LA MANO DE MI NIÑA

(Reflexiones de una madre).

¡Durmióse al fin! Sobre la alfombra quedaron esparcidos los juguetes, como soldados en campo de batalla, y entre las revueltas ropas de la cuna, relucen los inmóviles ojos de la muñeca favorita, que quedó entre las manos, de mi niña cuando fué sorprendida por el sueño.

¡Cómo ha quedado el suelo! Por allí asoman las patitas de madera de un cordero adornado con lazos de color y cascabeles, medio cubierto por las faldas de una señora con peluca de lino y larga cola, á la cual faltó la cuerda del interno mecanismo, en el momento de aspirar un enorme *bouquet* de violetas. Bajo los pliegues de su vestido de raso, se percibe la complicada maquinaria de ruedas y resortes, que, á la par del brazo y la cabeza, quedó paralizada de repente como organismo herido por

el rayo. Diríase que la dama era presa de un síncope, á no ser por el brillo de sus ojos de cristal y por la eterna sonrisa de la diminuta boca que muestra, entre labios de bermellón, doble fila de blancos dientes de cartón piedra. ¿Y la vajilla? ¿Quién la desparramó por los suelos, sembrando todo de miguitas de pan y pedacillos de papel que simularon opíparas viandas?

Los instrumentos de música no podrían contarse. La horrible charanga parece que fué dispersada á la evocación de un conjuro. La casa, que hace poco era el infierno, se ha convertido de pronto en silenciosa. ¡Hermosa paz!

¡Duerme, niña, de mi vida, descansa y sueña con los ángeles tus hermanos! ¡Mientras tú reposas, yo velo al pié de tu cuna; mientras tú sueñas, yo rezo!

.·.

Ha pasado un coche por la calle y se ha extremecido en su lecho. Por las cortinas, entreabiertas, veo su redonda carita, sus mejillas ligeramente sonrosadas, sobre las cuales proyectan las oscuras pestañas ténue sombra, vagando indefinida sonrisa por todo el semblante... Ha levantado una mano, un puñito, cerrado como botón de rosa, apretando en su interior el pulgar, recogido con fuerza por los otros cuatro pétalos.

¿Qué signos misteriosos haces con esa manecita?... ¿Señalas al cielo; amenazas; me pides la luna ó las estrellas en tu anhelante deseo?... ¡Pobre ma-

nita! ¿qué te espera en la vida; á qué estarás dedicada? ¡Quién pudiera leer tu destino en las cabalísticas rayitas de tu palma, prevenir los rigores de la suerte, torcer el hado que te reserva el porvenir, encaminándolo á la ventura eterna!...

∴

Serás... ¡reina!... ¿Tendrás en tu mano la vida de los pueblos; florecerán bajo tu cetro las letras y las artes; mantendrás, cual madre cariñosa, á los pobres, á los niños, á los desgraciados? ¿Te estará reservada la alegría suprema de firmar con esa mano el perdón de un sentenciado á muerte? ¡Cómo te bendecirá la hija del indultado, á quien la pasión ó el crimen llevó por la demencia á caminos de perdición! ¿Lograrás la más hermosa prerrogativa de los Reyes, la sola que puede hacer ambicionar un trono?... ¡Oh, si eres la mano de una futura Reina, no ví mano jamás en que mejor cuadrara el real cetro!

¡Qué locura! Eso es una quimera... ¿Veré esos deditos desfigurados por el trabajo, picados por la aguja, húmedos á cada instante al sorprender las lágrimas antes de que mojen la costura que en afanosa tarea día y noche hayan de preparar? ¿Veré esa manita, que hoy parece copo de nieve, bola de algodón, huesuda y descarnada por la faena constante, por la labor cotidiana? ¿Te veré, pobre manecita que caliento con mis besos, extendida y temblorosa, implorando la caridad, recogiendo la limosna?... ¡Sólo al pensarlo, Dios mío, sube á mis ojos una

oleada amarga que inunda todo mi ser de pena indefinible!... ¡No, vida de mi vida; primero morir que verte de ese modo!

Y no será; áun extenuada y muerta de cansancio, yo centuplicaría mis fuerzas rayando en lo sobrenatural... todo sacrificio aparece pequeño ante mi vista: para tí mendigaría, y saciaría tus necesidades, y antes faltaría abrigo y lecho al mundo entero que á tí! ¡Huye de mí, pesadilla de angustia! ¿Por qué no he de pensar que esa mano está destinada á excelsa misión?

.˙.

¡Quién sabe! Acaso escribas para educar á los niños, para entretener á los ancianos, para mejorar á los criminales, para bendecir á Dios! ¡Tal vez tu pincel enseñe algo que interese á los hombres, manifestando la belleza, dando forma á la idea, expresión al pensamiento, realidad á la fantasía! ¡Quizá conmuevan las notas arrancadas á la música cuantos corazones palpiten á tu alrededor, ó los sones por tí interpretados no parezcan acentos de lira humana, sino ecos de otro mundo mejor, que apenas si fueron concebidos por el maestro como poseedores de tal virtud! ¡Puede ser que te esté reservado, mano querida, el manejo del escalpelo para curar al niño en asilo de abandonados, ó á la madre en hospital de desheredadas! ¿Serás tú la que en el campo de batalla, cubierta la hechicera cabeza de la blanca toca de hermana de la caridad, lleve el agua

al herido, el vendaje al doctor y el apoyo al falto de fuerzas para que, erguida la cerviz, se disponga al socorro de la ambulancia?

La patria entonces bendecirá tu mano al besarla el soldado, á quien saciaste la sed abrasadora que causan las heridas, á quien acomodaste sus vendajes á quien ofreciste donde reclinar la abatida frente.

¡Que esa mano, copo de nieve por su blancura y su pureza, no se manche jamás; que jamás se levante airada; si se eleva, que sea para bendecir, para implorar de Dios favor sobre el desvalido!

Y si alguna vez la entregas á un hombre honrado, que sirva para enjugar el sudor de su frente, cuando, fatigado del trabajo y de las luchas de la existencia, vuelva al hogar á encontrar la paz y la ventura; que sea el orgullo de su juventud, el sostén de su ancianidad; que sea esa «mano misteriosa» de la Providencia que guia al vacilante en el áspero sendero de la vida... y sobre todo, niña mía, que, reina ó mendiga, maestra, artista ó religiosa, esposa ó madre, que yo estreche esa mano eternamente entre las mías, y que en los postreros instantes, aunque me falte todo, que sea ella la que al cerrar mis ojos, me señale el cielo!

II

EL TRONCO DEL ÁRBOL

(Cuento)

Los primeros años de mi vida no tienen historia: nací y me crié entre cien hermanos míos, á los cuales nos sustentaba con trabajo la madre tierra. Ella nos prestaba su calor y hacía recorrer la savia por nuestro tronco, y nosotros en pago de sus beneficios le dábamos en verano la escasa sombra que nos permitían nuestras primeras hojas... Corrió el tiempo y llegó un día en que fuí arrancado de entre aquella familia menuda que era la mía, y trasportado en un carrillo á lugar más distinguido y preferente, no sin haber dejado pedazos de mis raíces en la tierra que parecian querer retenerme eternamente en aquel sitio. Yo había crecido mucho; era mi tronco derecho, terso, elegante y me hallaba cubierto de verdes y pomposas ramas, que murmuraban dulcemente cuando el aire se ponía á cuchichear con las hojas. Era lo que se llama un árbol hermoso. Fuí llevado con sumo cuidado al Retiro, donde me plantaron, en una alameda,

en compañía de otros árboles tan altos como yo.

Me encontraba orgulloso de hallarme encumbrado á la categoría de ornato público; sacudía mis ramas, cuando los niños se ponian á jugar bajo mi sombra y dejaba caer sobre aquel enjambre de angelitos hilos de luz que se filtraban por entre mis hojas y flores tempranas que se desprendían de mí como lluvia de bendiciones.

.˙.

Un día... (?) era Mayo, empezaban las hermosas mañanas de primavera y alguna que otra pareja de enamorados se aventuraba á pasear por las solitarias alamedas del Retiro. Aquel día hacía casi calor y los paseantes buscaban la escasa sombra de los árboles; á la mía se acercaron un hombre y una mujer, eran dos niños.

Él se llamaba Abelardo, y ella Eloisa; mas nada tenían que ver con los amantes de la leyenda. Ella era modista, y él estudiaba el segundo año de leyes. Eloisa era una muchachita morena, pálida, delicada; ni alta ni baja, ni delgada ni gruesa; graciosa; con ojos picarescos y boca entre burlona y seria, la cual mostraba al sonreir unos dientecitos pequeños y blanquísimos, Llevaba zapatitos de charol y unas medias listadas que ella dejaba ver con coqueteria cuando el mal estado del piso hacía necesario levantarse la ropa. Las manos habrían sido encantadoras, á no estar sus dedos picados por la aguja; vestía con sencillez y llevaba puesto el

manto con mucha gracia, formando oscuro marco al agraciado rostro.

Abelardo era, como su amiga, moreno, con un ligero bozo sobre el labio superior, y unos ojos negros á que daban el círculo oscuro de las ojeras algo de interesante y misterioso. Llevaba americana y hongo, y debajo del brazo los libros de estudio, que aquel dia, por lo menos, permanecieron cerrados sin que su dueño les dirigiera una mirada.

He olvidado decir que á mis piés había un banco de piedra y allí se sentaron los enamorados; y aunque también lo callé, esto de sobra se comprende, Abelardo y Eloisa se amaban con locura. Allí, á mi sombra, se juraron amor eterno, entre risas y suspiros, protestas y dudas, preguntas y juramentos; pusieron á Dios y al cielo por testigo de que jamás, jámas se olvidarian y que su amor sería tan firme como mi tronco. Y para solemnizar aquella fecha memorable, Abelardo sacó un cortaplumas y grabó en mi fuste el nombre de su amada enlazado con el suyo, y después de leerlos mil veces, partió aquella feliz pareja alegremente, no sin haber dado vueltas alrededor de mí, persiguiéndose porque él se quería tomar no sé qué libertades... como los pájaros que vuelan locamente de rama en rama, corrieron ellos de un lado para otro, riendo con sonoras carcajadas que parecían cantos celestiales.

.˙.

Miré alejarse con envidia aquella feliz pareja, que

me habia hecho testigo de sus amores y guardador de sus promesas: confieso que no sin pena ví desaparecer á aquellos muchachos juguetones y alegres, y que el recuerdo de la modistilla y el estudiante quedaron por mucho tiempo grabados en mi memoria, como estaban sus nombres grabados en mi corteza. Después de aquel día, mil y mil parejas cruzaron delante de mí y muchos coloquios amorosos escuché bajo mis ramas; pero nadie ni nada me interesó como aquellas criaturas, que me tomaron por confidente de sus amores. No sé si el torcedor de aquel recuerdo minó mi salud y enfermé. Empezaron á marchitarse mis hojas, antes tan lozanas, y mi tronco carcomido por algunas partes, anunciaba mi próxima ruina... Era ya una irrisión en medio de mis gallardos y hermosos compañeros.

Un día escuché á unos señores, que me miraban con impertinencia, que yo no servía allí para nada; que era preciso poner otro árbol en mi lugar; y á poco con efecto me cortaron á hachazos, dejándome tendido en el suelo... Desde aquel día empezó á oscurecerse mi estrella. De adorno y recreo qué habia sido hasta entonces, vine á servir de banco para las niñeras, de juego para los niños que se paseaban sobre mí, y montaban á caballo arreándome con sus látigos... ¡Cuántas humillaciones sufrí! Sobre mí merendaron una tarde los mismos guardas que estaban para mi custodia, y corrió el vino abundante, y dejaron sobre mis espaldas papeles llenos de grasa y cáscaras de fruta... Pero todo lo soporté contento, porque una tarde,—¡aun viejo y hecho astillas como estoy, me extremezco al recordarlo!—una tarde de otoño sentí el dulce peso de Eloisa que

hablaba con el estudiante, permaneciendo éste de pié á su lado. La modistilla estaba muy cambiada: ya no reía como el día primero que la ví. Por el contrario, su agraciado semblante hallábase pálido y demacrado, y sus ojos conservaban señales recientes de llanto. Abelardo la escuchaba entre enojado y aburrido y me daba distraidamente golpecitos con el bastón.

No me habian reconocido ni sospecharon siquiera que yo era el árbol donde un dia grabaron sus nombres jurándose amor eterno; que el árbol que presenció sus primeros transportes era el que oía sus últimas palabras de despedida.

¿Por qué Abelardo y Eloisa no habian de volver á verse? ¿Por qué?

La historia siempre antigua y siempre nueva. Él había dejado de amar á la modista, después que ésta le habia dado la vida entera... Frases breves y amargas salieron de los encarnados labios de Eloisa, que ya no quería, ni pedía al cielo más favor que morir.

—Me has engañado; pero te perdono—fué lo último que pronunció al despedirse;—puede ser que algún día sientas remordimientos de lo que has hecho.

Abelardo se encogió de hombros y siguió en su operación de golpearme con el bastón y después de una páusa, dijo con indiferencia:

—Te empeñas en imposibles... ¿por qué no hemos de seguir como hasta aquí? ¿no eres tú feliz con saber que yo te quiero?

Eloisa se levantó vivamente y se dispuso á marchar.

—Si yo hubiera sospechado lo que eres—le dijo con amargura al separarse—jamás habría sucumbido ni te habría dado mi amor.

.·.

De nuevo ví alejarse aquellos dos seres de mi lado, como algunos meses antes; ¡pero de qué distinto modo! Ella por una parte, él por otra: Eloisa llorando, y él tarareando entre dientes una canción de moda... Todo habia concluido para los tres: ¡ella olvidada, él indiferente y yo derribado por tierra!

.·.

Después de algún tiempo me compró un comerciante en maderas, que á su vez me vendió á un carpintero que hacia ataudes. ¡Cada cual cumple en el mundo su destino: mi final no pudo ser más desgraciado! Y no óbstante, yo pensaba con cierta voluptuosidad, no exenta de encanto, que tal vez guardaría los restos de una mujer hermosa, de algún hombre ilustre y pobre como tal, de algún ser honrado. Con efecto, aún no habían concluído las sorpresas para mí. Un día me llevaron unos desconocidos á cierta casa modestísima donde al fin iba á cumplir mi mision... En aquella casa encontré á Eloisa, á Eloisa muerta.

Su blanco rostro se destacaba entre los pliegues del oscuro hábito; había recuperado su plácida expresión de otros tiempos, y parecía dormida en su humilde lecho. Abelardo no estaba allí. Moría tal vez en la miseria, abandonada, olvidada de todos. Algunas vecinas lloraban á su lado, y acaso fueron las que caritativas y piadosas cerraron sus ojos...

Los dos volvíamos á la madre tierra, de la cual habíamos salido.

Y me estremecí, pensando en la eternidad que me esperaba, siendo guardador de aquellos restos queridos... ¡Y encontré dulce mi muerte!

III

EN BUSCA DE MODELO

Una vez puestos los colores en la paleta y pasado revista á los pinceles, convencido de que todo estaba en regla, bajé al patio del hotel donde tenía cita con cierto amigo que se había brindado á llevarme donde hallaría el modelo que deseaba.

Era el último día de mi estancia en Portugal, de cuyo delicioso país traía abundante colección de apuntes é impresiones, tanto de monumentos y paisajes cuanto de tipos. Solo faltaba á mi galería un tipo de *varina*, la mujer más airosa y distinguida de todo el pueblo bajo de Portugal.

Son las *varinas*, las pescadoras que llevan su mercancía en la cabeza, depositada en grandes cestas que ellas soportan con la mayor facilidad. La costumbre de caminar siempre con esta carga, que las obliga á guardar el equilibrio, puesto que no la sujetan con las manos, imprime á su bien conformado cuerpo esa rígidez llena de distinción, y de elegancia que solemos admirar en las estátuas.

Agraciadas de rostro, sobre todo hacia el Norte de Portugal, que es donde yo me encontraba, llevan cubierta la cabeza con un pañuelo blanco ó de vivos colores, que no anudan detrás de la cabeza, como las *fruteras* de la misma region, ni pliegan sobre la boca como las *camponesas*: sino que dejan flotante, mostrando los grandes zarcillos (los *brincos*) de filigrana de oro y las cadenas y relicarios del mismo metal que adornan la garganta.

Llevan, por lo común, una saya corta, de mucho vuelo, azul ó parda, plegada en la cintura y sujeta en las caderas por una faja negra, que la remanga, formando un rodillo alrededor del talle; las piernas desnudas y los zapatos en chanclas, que ellas arrastran con acompasado movimiento, lleno de indolencia. A veces, me he quedado pasmado viéndolas correr con esta clase de calzado al cual añaden algunas un alto tacón, que entorpece la marcha doblemente. A pesar de esto, corren como gamos, con el pescado fresco, de pueblo en pueblo, y ni su aire ni su aspecto denuncia fatiga ni cansancio; caminan con la ligereza con que vuelan las gaviotas sobre la superficie de las aguas. Parece que se deslizan, como si á sus piés se ajustaran patines, en lugar del extraño calzado indicado antes, y como si la húmeda arena ó los guijarros del camino, fuesen fino y reluciente entarimado.

∴

En ninguno de mis viajes al vecino reino, había

podido hacer un apunte de estas mujeres. Lamentándome de esto el día antes de mi partida, en la mesa redonda del hotel, un jóven portugués, que comía enfrente de mí, me propuso acompañarme á un lugar donde podría elegir modelo á mi antojo.

—Yo me marcho mañana—le dije, al darle gracias por su ofrecimiento;—mas, si no es lejos, iremos con mucho gusto.

—Está cerca—me contestó,—allá abajo, junto al río, y usted hallará lo que desea.

Con efecto, al dia siguiente, á la hora indicada, salimos en busca de la modelo.

Era medio día. Nos hallábamos en un pueblecito cerca de Oporto, junto á la desembocadura del Duero, en la Foz. Caminamos largo trecho antes de llegar á los muelles, admirando el paisaje, que es pintoresco, y hablando con entusiasmo por ver, al fin, realizado mi deseo.

La caminata fué larga; yo no sabía á dónde me llevaba; pero temia que nos viniese corto el tiempo y de vez en cuando preguntaba á mi guía si faltaba mucho para llegar, á lo que me contestaba, con el laconismo propio de la gente de aquel país:

—Está *perto*. (Está cerca.)

Efectivamente, no nos hallábamos lejos de la mitad del camino; mas cuando yo me creía al final de la jornada, me dice mi amigo, con la mayor naturalidad del mundo:

—Deberemos tomar aquí la barca, pues más arriba es posible que no encontremos.

—¿Es preciso embarcarse?—dije sospechando que se trataba de un viaje en toda regla.

—Precisamente—me respondió con la misma tran-

quilidad,—vamos á aquel pueblecito que se divisa á la otra orilla del río.

Miré á donde me indícaba y divisé unas cuantas casas apiñadas al pié de grandes pinares que se extendían al frente de donde nos encontrábamos; una navegación de media hora por lo menos.

Acepté la prolongación del viaje, con la esperanza de lograr al fin mi intento, y entramos en la lancha que nos esperaba junto al muelle.

Aparte de mi natural impaciencia, pues las horas corrían con rápidez, la navegación por el Duero fué en extremo agradable. Al principio íbamos á la orilla del río, por la cual corre el camino de los *Americanos* (Tranvías), que comunican la Foz do Douro, donde nos hallábamos, con la parte baja de Oporto. A la derecha dejamos el pueblecito llamado *Perdón del río*, sin duda porque el Duero lo ha dejado libre de sus inundaciones. Al frente, el panorama se abría de pronto, mostrando el Duero en toda su belleza, ancho como brazo de mar, y cortado á lo lejos por la vegetación frondosísima de una y otra orilla, entre la cual se destacaba, desfumada en el horizonte, la célebre torre de los *Clérigos*, de Oporto, y el *Palacio de cristal*, cuyas tapias de ladrillo manchaban de rojo el verde oscuro de los pinares.

Unid á esto el fresco ambiente, saturado de las acres emanaciones del mar; la brisa, rizando la superficie de las aguas, que chispeaban con el sol como lluvia de vidrio, hilado al estilo de Venecia; el acompasado ruido del remo, y esa vaga y dulce melancolía que se apodera del viajero al conocer cosas y personas de quienes es preciso despedirse en el acto de haberlas conocido, y comprenderéis el en-

canto de aquella pequeña excursión que había de llevarme al logro de mis deseos.

.·.

El pueblo donde desembarcamos era la guarida miserable de la gente de mar, que cambia el frágil barquichuelo, que juega con las olas, por el pobre albergue expuesto á todas las furias de los elementos.

Se componía de cuatro ó cinco calles, estrechas y súcias, en las cuales jugaban los chiquillos, medio desnudos, hilaban las mujeres, y hacían ó remendaban redes los hombres.

Allí todo se hacía en la calle, según observé; sin duda porque el caserío, modesto en todo Portugal, era allí mísero hasta la exageración.

Cuando llegamos, mi compañero se adelantó para proponer á alguna de aquellas mujeres lo que deseábamos, y yo me interné por el pueblo, siendo objeto del más escrupuloso y detenido examen. A la verdad que yo no miraba á aquella gente con menos extrañeza que ellos á mí. Parecía una tribu salvaje, á quien hubiésemos sorprendido en su escondrijo, de tal modo se apartaban, recelosos, á mi paso, y con tal curiosidad, mezcla de burla y miedo, hablaban entre sí y me miraban mujeres y chicos, pues los hombres apenas si parecían notar mi presencia.

Tipos había allí que yo habría dado no sé cuánto por copiarlos. Mujeres airosas, elegantes en su mis-

mo abandono, hermosas, encontré á mi paso, á quienes hubiese hecho la proposición de buena gana. Pero mi amigo era el encargado de la empresa, y callé.

De pronto, una gritería inmensa de chiquillos se dejó oir y un pelotón de ellos, harapientos y súcios, me rodearon y corrieron delante de mí, con gestos descarados de burla. Me miraban, se reían, señalaban mi caja de pinturas y mi caballete de campo, y se decían llamándose unos á otros:

—¡Venid, venid aquí, que van á sacar el retrato de todos!

Aquella gritería me hizo sospechar que no era fácil que se dejaran copiar aquellos benditos.

La llegada de mi amigo me corroboró en mi idea. Venía corrido, desesperado.

—Son salvajes estas gentes oriundas de Aveiro—me dijo con cara compungida;—me han llenado de insultos cuando les he propuesto lo que queríamos, y poco ha faltado para que lleguen á mayores... Al principio estaban más humanas; unas decían que tenían que pedir permiso á sus maridos, á sus padres, á sus hermanos.—«Pero, ¡si no es para nada malo!—les decía, para convencerlas; —es simplemente dejarse retratar, pararse un momento enmedio del camino, para que un amigo haga un dibujo.» ¡Qué si quieres! Ya tenía á una *rapariga* convencida: iba á ponerse su sombrero y á coger la cesta, cuando las vecinas, los parientes, los amigos, empezaron á censurar su condescendencia con frases duras é inconvenientes. La muchacha, avergonzada se negó á seguirme. El pueblo está ya casi en revolu-

ción y tenemos que marchar sin intentar nada. ¡Podrían darnos un disgusto!

.˙.

Desilusionados y aburridos, emprendimos de nuevo la vuelta de casa. En estas y las otras, era ya muy tarde. Yo tenía precisión de llegar á Oporto antes de la noche, para tomar el tren de Lisboa. Los minutos estaban contados: debíamos regresar sin perder momento.

Durante la travesía vinimos lamentándonos de aquella decepción, y pensando en la manera de ganar tiempo, para no llegar tarde, pusimos la vela y un viento favorable nos llevó pronto al fin del viaje.

Sin comer, y cerrando á escape la maleta, tomé el tranvía de vapor que debía llevarme á Oporto. Apenas pude dar un apretón de manos á mi *cicerone*, que se deshacía en disculpas, por el fracaso de la expedición; hubiera querido poner alas á la locomotora y con el reloj en la mano contaba los segundos...

Al llegar á la estación del ferro-carril, el silbato de la máquina me anunció que el tren iba á partir. Corrí hacia el andén...

¡Horror! ¡El tren arrancaba en aquel mismo instante!

IV

EL LECTOR DE PERIÓDICOS

(Estudio del natural)

Vedlo allí. Lleva invariablemente los bolsillos del gabán atestados de periódicos y revistas ilustradas. Parece que su cuerpo, algo encorvado, se inclina más con el peso de aquellos papeles, á los cuales consagra la mayor parte de la vida. Son su tesoro, y los guarda y acaricia, como á seres queridos de quienes se espera una felicidad sin límites.

Don Bonifacio (que así se llama nuestro personaje) es un viejecito limpio, sonrosado, con toda la barba blanca como la nieve, de cuyo color son también los ralos mechones que cubren apenas su reluciente cráneo.

Usa, por lo general, dos pares de gafas; unas azules, para defender las pupilas de los rayos solares, y otras de cristal de roca, á fin de modificar su extremada miopía.

Para leer, levanta sobre la frente las gafas azules y suprime las blancas, puesto que colocando el papel pegado á las narices lee sin dificultad ni molestia.

El carácter de don Bonifacio es angelical, cándido como una criatura, á pesar de sus sesenta años, bromista, complaciente, confiado.

Solo una cosa le saca de sus casillas: la idea solamente de que puedan molestarlo en sus lecturas. Para él, leer es una obligación sagrada. No lo toma como pasatiempo, ni como estudio, ni como recreo: constituye una tarea que tiene precisión de cumplir diariamente, como el menestral gana su jornal, ó como el obrero trabaja á destajo.

Su pasión son los periódicos. Si *El Imparcial* se suprimiera por unos días, le costaría una enfermedad. No hay que pensar en que don Bonifacio se acueste ninguna noche sin haberlo leído hasta la última línea.

—¿Lee usted todos los días los anuncios?—le pregunté cierto día que lo vi dedicado con gran atención á la cuarta plana.

—¡Psché!—me respondió—lo leo todo, porque á veces... vienen también cosas interesantes.

Y lo más gracioso del caso es que, después de tanto y tanto leer, por la misma aglomeración de cosas y noticias que pasan delante de sus ojos, concluye por no acordarse de nada.

A veces, la noticia saliente del día le sorprende y maravilla.

—Pero, don Bonifacio—le decimos conociendo ya el secreto,—¿no ha leído usted *El Imparcial*? ¡Pues ahí viene la noticia!

—¡Imposible!—exclama sacando con precipitación el periódico y pegándolo á la nariz, después de la operación de quitarse y levantarse respectivamente los dos pares de gafas.

Con efecto, después de leer un rato entre dientes, suelta el papel sobre las rodillas y exclama con angelical sonrisa:

—¡Verdad! ¡Aquí está! Como uno lee tanto al cabo del día, se confunden las ideas. ¡Se necesita una cabeza de hierro!

* * *

En el teatro se le distingue e seguida, aunque esté la sala de bote en bote. Por lo general, ocupa las primeras filas de butacas, porque el oído no es muy bueno. Tampoco allí le abandona su pasión favorita. En los intermedios sale á visitar y saludar á las damas y á charlar con los amigos; durante la representación... lee los periódicos.

Cuando la obra despierta el entusiasmo, levanta la vista; pero como ya ha pasado la situación culminante, no concibe por qué ríe ó se conmueve el público.

Si el apuntador habla un poco alto, se desespera.

—¡Ese maldito le distrae á uno con sus voces! No deja oir. (Quiere decir que no deja leer.)

Llegan ocasiones, en que, desesperado de que la gente ó el ruido no le dejen concluir la tarea del día, recoge sus papeles con mal humor, los sepulta en las insondables faltriqueras, y toma el camino de casa. Allí, á sus anchas, sin que nadie lo interrumpa, devora el resto de su sabroso manjar, aunque para ello sea preciso acostarse de madrugada.

¿Qué más? Llega su afición hasta el punto de es-

tar en visita, y sacar el periódico, como quien saca el pañuelo, bajo cualquier pretexto; ora para comunicar ó confirmar una noticia, ora para hacer comentarios sobre alguna palabra que no ha comprendido bien. Porque esto de las palabras cuyo uso se ha introducido recientemente, es como una excrecencia de su monomanía.

¿No le suena bien un vocablo? Pues ya está con el diccionario á vueltas para cerciorarse de si la palabreja es ó no castiza ó está bien ó mal aplicada.

Cuando no tiene periódicos á mano, los pide prestados: máquina de tragar renglones, no puede detenerse nunca, buscando alimento perenne al engranaje de sus funciones.

Mientras come, mientras pasea, mientras llega la hora de la cita; la de ir á una oficina, ó un despacho de billetes; la de empezarse una junta á que pertenece, una reunión, un concierto ó la corrida de toros, está el bueno de don Bonifacio con el diario en la mano, ajeno á todo y lúbricamente absorto en los placeres infinitos de su monomanía periodística.

Decir que don Bonifacio ha dejado de leer, equivaldrá á declarar, en forma metafórica, que ha dejado de existir.

No hace mucho tiempo, y preparándose nuestro héroe para un viaje de quince días, notamos que entre los bultos de su equipaje figuraba un baul de respetables dimensiones.

Preguntando lo que aquello significaba, nos contestó el buen señor, con la sonrisa más ingénua y más franca del mundo:

—Son periódicos atrasados que aún no he tenido tiempo de leer y que guardo con algunos muy inte-

santes (que ya leí), para repasarlos todos cuando tenga tiempo.

—Pero ¿qué aliciente tiene para usted la lectura de esos periódicos viejos?

—El mismo que los del día,—respondió con una formalidad que no daba lugar á duda.—Desengáñense ustedes, las cosas buenas no tienen época: son de toda la vida. Si los periódicos se suprimieran, volvería á leer todos los que ya he leído, con el mismo placer que si fueran completamente nuevos.

—¡Oh, inmortal *amateur* de periódicos!—pensamos al escucharlo.—¡Ojalá encuentres muchos imitadores en tu monomanía de leerlos todos!

¡Si hubiese muchos que te siguieran por esa senda, la prensa y los periodistas estaríamos de enhorabuena!

V

CHÁCHARA DE AMORÍOS

—Jamás supe cómo se llamaba—me decía mi amigo X una noche, de sobremesa, mientras saboreaba un cigarro habano.—Sin embargo, ha sido la mujer que más me ha hecho cavilar en la vida...

—¡Hola!... ¡hola!... ¡ya te cogí!—exclamé, riendo alegremente;—¡luego la has amado!

—Amarla precisamente... no; pero quizá ha sido la causa de que no haya amado á nadie despues, ó, mejor dicho, que no haya vuelto á tener fé en ninguna.

—¿Te engañó?...

—Tampoco... En un caso, fuí yo mismo quien me engañé.

—Por supuesto—añadí, para hacerle hablar,—que sería hermosa, porque tú...

—No sé cómo era—me contestó con una naturalidad que me dejó maravillado.—La ví siempre lejos y de noche.

Y como viera pintado el asombro en mi cara, me

dijo sonriendo, mientras despedía una bocanada azulada del humo de su cigarro:

—Si tienes curiosidad en conocer la historia, y no tienes nada que hacer, escucha. Pero te advierto que no vas á oir nada extraordinario en lo que voy á referirte: creo que á tí y á todos los hombres, les ha ocurrido una novela análoga.

Y después de este preámbulo, habló así:

—Era yo muy jóven cuando ocurrió lo que voy á contarte: excuso decirte que hace de esto mucho tiempo. Estudiaba el último año de Derecho y era precisamente en los días en que me preparaba para los exámenes. Vivía yo en compañía de mi tio, que ya murió, en aquella plazuela solitaria, donde aun existe la casa que habitábamos, tal cual estaba entonces. Yo tenía mi habitación en el segundo piso, y como era verano, solía ponerme por las noches á estudiar junto al balcón detrás de la persiana.

Enfrente había una casa modesta, cuyos vecinos no conocía ni solían verse por ninguna parte. Solamente en el piso tercero brillaba todas las noches una luz, en la pieza que debía ser gabinete, la cual mandaba débiles reflejos á la sala, que quedaba, sin embargo, en la sombra. Al principio miré distraido las figuras que cruzaban por delante de los balcones; pero á las pocas noches tuve curiosidad por conocer quién sería una mujer de figura delgada y elegante, que iba de un lado á otro de las habitaciones. Apenas podía distinguir su silueta, y solo veía un perfil gracioso, cuando salía al balcón, y un vestido vaporoso y de corte elegante, aunque modesto que ceñía su esbelto talle. Como la plazuela era estrecha y silenciosa, oí alguna vez su voz, y te aseguro que aquel so-

nido grato y dulcísimo, lo he conservado en el oído por espacio de mucho tiempo.

Y no era solo lo música de su acento lo que me interesó en ella; era también que mi vecina tocaba el piano de modo admirable, sublime, sobrenatural, si me permites la palabra; todas las noches, á la misma hora, empezaba á sonar el instrumento, y siempre ó casi siempre tocaba la misma pieza. Era (me acuerdo todavía) un concierto de Mendelssohn, lleno de melancolía y de notas tristísimas. Yo lo escuchaba estremecido desde mi ventana, casi con las lágrimas en los ojos. Estaba en esa edad en que se llora por muchas cosas: por un trozo de música, por una acción heróica, por un amor desgraciado... Todos hemos pasado por esas crísis de la vida en que se cometen muchas tonterías. pero en las que, sin duda, suelen hacerse tambien cosas grandes y nobles.

Cuando empezaba á sonar el piano, cerraba yo el libro y me ponía á escuchar con mi alma toda, mientras forjaba en mi imaginación mil historias y novelas referentes á mi heroina. Parecía que aquella música dulcísima formaba parte de su persona y que ella se complacía en repetirla, para que fuese aquel sonido unido con su recuerdo: como esas personas que usan siempre el mismo perfume, á fin de que no se pueda menos de recordárselas al aspirarlo.

A veces, el ruido de un coche, que pasaba, dominaba los sonidos; parecía que el encanto se rompía y yo volvía á la vida real. Pero después surgía de nuevo la melodía, clara, reposada, sublime.

—¿Quién será esa mujer?—me preguntaba en aquellos ratos de meditación. No sé por qué preferí ignorarlo á preguntar por ella. Sin duda por una pueri-

lidad que luego me pesó, quise forjármela á mi antojo, sin llegar á la realidad.

En la pieza que yo suponía gabinete, se veía una anciana, paralítica sin duda, pues permanecía sentada toda la noche en una butaca, hasta que mi vecina, ayudada de una criada, la llevaba á acostarse.

—Será su madre—pensaba yo;—la pobre muchacha comparte su vida entre los cuidados de la anciana y las melodías del divino arte. Tal vez será profesora de piano, y quién sabe si se prepara y estudia para algunos exámenes.

La misma insistencia en repetir aquella pieza de música me lo hacía sospechar. Sin saber por qué, compadecia á mi vecina.—Será hermosa—me repetía mil veces mirando á sus balcones;—su figura es espiritual, su aire distinguido y sencillo. Tendría mil adoradores si, lejos de encerrarse en esas cuatro paredes, se mostrase en público y no dejara marchitarse su juventud al lado de la pobre paralítica. Será virtuosa: ya se vé la vida que lleva: ¡con qué cuidado asiste á la abuela! ¡con qué ahinco estudia y trabaja, ahí, olvidada y aislada del mundo entero!

Estas y mil cosas más pensaba yo en aquellas deliciosas horas pasadas en éxtasis contínuo, expiando un movimiento, una palabra, una nota de música arrancada al piano por ella. Yo no sé si amaba á aquella mujer; pero te aseguro que mi libro de estudio permanecía cerrado todas las noches, y que me abandonaba á aquella especie de sueño, sin pensar en mi carrera, en mis exámenes, ni, lo que es más, en mi tio.

Algunas noches que mi vecina tardaba en abrir su balcón y yo no podía verla cruzar, me sentía des-

orientado y triste; en el momento en que aquella pieza musical llegaba hasta mí, me encontraba completamente dichoso.

Una noche, en que aún no habia comenzado el concierto, ví la figura de un hombre que, sentado de espaldas al balcón, parecía estar de visita. Me pareció vulgar y ordinaria su presencia y ningún recelo despertó en mi el personaje.

—Será algún amigo—me dije,—nada tiene de extraño que las visite. Sin embargo, estaba impaciente porque se marchara; sobre todo, cuando oí la risa sonora y fresca de mi vecina, que sin duda lo oía con complacencia.

A las pocas noches—y esto llamó más mi atención, —ví al mismo sujeto, pero ya tarde, cuando á la paralítica la habían llevado á la cama y mi vecina estaba sola en el gabinete.

—Será algún pariente—pensé, por tranquilizarme; —es posible que sea su tio, su hermano, su padre... Sin embargo, me quedé intranquilo y triste aquella noche y soñando con que la próxima volvería mi vecina á sus estudios y á su soledad.

A la noche siguiente permaneció el balcón cerrado, y ni aquella ni las sucesivas volvió á verse luz ni á escucharse rumor de música ni conversaciones.

Yo no vivía; la intranquilidad, la duda me mataban. No me atrevía á preguntar á nadie, temiendo vender mi secreto, y temeroso también de saber una verdad cruel.—¿Estará enferma?—me preguntaba, —¿será la madre, tal vez? ¿Habrá salido?...

A los dos ó tres días, era mi agustia tal, que me decidí á preguntar á la portera. Al ver la mujer mi aire compungido y la cortedad con que pregunté por

mi vecina, soltó una carcajada en mi misma cara, y me dijo, encogiéndose de hombros:

—¡La señorita del tercero! ¡Buena pieza!—Se marchó hace tres días, con el tendero de la esquina... ¡Parece que le gustan más los diamantes que las *semifusas*!

Yo me quedé como herido del rayo:

—¡Con un tendero! —exclamé sin saber lo que decía.—¡Ella!

—¡Claro! con don Policarpo el de los pañuelos de seda.

—Pero, ¿y la madre?—pregunté indignado del abandono en que quedaba la pobre paralítica.

—¡Qué madre ni qué niño muerto!—exclamó la portera volviéndome la espalda,—si esa anciana era la vecina de al lado, que iba á oir el piano todas las noches... ¡En cuanto á eso no tenía que dar cuenta á nadie!

—No quise saber más—concluyó mi amigo, levantándose para marcharse.—El resultado de todo, ya lo sabes. Perdí las ilusiones, salí suspenso en los exámenes, que fueron aquellos días precisamente, y por último, perdí la protección de mi tío, que me mandó al pueblo castigado por mis distracciones, que él no juzgó tan inocentes como fueron en realidad. Por fin chico—me dijo al despedirse,—si te dedicas á una mujer, no te dejes llevar de las fantasías ni romanticismos de los diez y siete años; conócela primero, y después... ámala. Pero no la ames en silueta, antes de conocerla.

VI

PRINCIPIO Y FIN

Era una compañía completa la que jugaba á los soldados en la puerta de mi casa. Serían todos chicuelos de seis á ocho años; iban armados de sendos garrotes, tal cual palo de escoba, y monteras llenas de flecos y florones, hechas de *La Correspondencia.*

El trompeta, que era un chiquitín de seis años, usaba, ó mejor dicho, *abusaba* del instrumento de latón, de un modo tal, que desgarraba los oidos. No le iba en zaga el *tambor*, que aporreaba los parches sin piedad, ni mucho menos el que daba las voces de mando, que mostraba poseer envidiables pulmones. Los demás números obedecían ciegamente las órdenes del jefe, y ora marcando el paso con seriedad y exactitud que causaban risa, ora dando un paso de ataque por cima de los montones de arena de una obra próxima, producían infernal ruido, que no estaba, sin embargo, cuanto de ese regocijo y placidez compañeros de la infancia.

Cuando los infantes agotaban todos los pasos de

marcha, ejercicios y evoluciones, convertíanse los palos en inquietos corceles, y entonces eran de ver los botes, las patadas y los latigazos con que castigaban, y remedaban, á los nobles brutos. ¡Con qué ahinco sujetaban las bridas de los fogosos animales, siempre revoltosos y propensos á desbocarse! ¡Con qué afán tomaban el galope cuando se trataba de llevar una orden al opuesto bando, ó de dar una carga de caballería!... Simulábanse tremendas batallas y choques violentos, en los cuales ¡claro! rodaba algún ginete por tierra; el de la bandera era siempre perseguido por todos, arremolinándose para arrebatársela. Si alguno lo conseguía, después de luchar cuerpo á cuerpo, salía á la carrera, triunfante y victorioso, á ocupar la posición más elevada del campamento, por lo regular, una pila de ladrillos ó un montón de sacos de yeso.

Recuerdo que una tarde, en que los veía jugar casi con envidia (era yo muy niño), me fijé en el afortunado que consiguió arrebatar el pedazo de percalina encarnado y amarillo de manos de su contrario. Tendría apenas ocho años. Era un muchacho hermosísimo: moreno, esbelto, nervioso, con los ojos de endrina, brillantes de alegría y entusiasmo, con el pelo rizoso echado atrás, y frente noble y espaciosa en que ya se marcaba una precoz arruga en el entrecejo. Jamás he olvidado aquella fisonomía simpática y atractiva, ni la impresión que me produjo verlo subir por el montón de arena, agitando alegremente la enseña arrebatada al enemigo.

En mi fantasía de niño, se me representó un héroe, un valiente General, que acababa de ganar reñida batalla, y tal fué mi asombro y embeleso al contem-

plarlo, que no pude menos de conmoverme, cuando, al clavar el asta del pendón sobre el montículo de tierra, oí su estentórea voz echando al viento estas palabras: ¡Viva la libertad! ¡Viva España!

.·.

Aquel guerrero en miniatura fué después un verdadero amigo para mí. Juntos corrimos toda clase de aventuras, y jamás desmereció de la idea que había formado de él en aquella ocasión.

Dejé de verlo algunos años. Siguió la carrera de las armas, y la abandonó más tarde, según supe, para marchar al extranjero, una temporada, donde cierto pariente rico lo llamó á su lado; y solo alguna que otra carta suya me dió noticias de su vida.

Cuando volvió á la patria lo encontré presa de mortal melancolía. Preguntándole la causa, me indicó que unos amores desgraciados motivaban su pesar.

—He amado á una mujer con locura—me dijo—y me ha engañado vilmente. Creo que jamás volveré á querer á ninguna.

—¿Era española?—le pregunté.

—Francesa.

—Pués ¿y tu prima?—insinué, conociendo la historia de aquellas relaciones.

—Ha sido vengada por ésta. La olvidé por ella y ella me ha dejado por otro. Justo castigo.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?—le dije.

—Pienso volver al servicio militar, pidiendo ir á

la guerra del Norte—me contestó con indiferencia.—Ya sabes mi afición á las armas. Serviré á mi patria, y si me matan, tanto mejor.

Yo procuré reanimar su espíritu.

—Eres una criatura—le dije bromeando;—los hombres de tu temple no se dejan abatir de ese modo. ¿Te engañó la francesa? pues te querrá una española: y si no ¡qué diablos! mejor estás así. Imítame, no quieras á nadie, y ¡viva la libertad!

.˙.

Pocos meses después encontré á mi amigo en el Norte.

Era la víspera de una batalla, y yo había llegado aquella tarde como cronista de la guerra.

La vida de campaña había vuelto á mi amigo algo de su antigua jovialidad y entusiasmo.

Siempre habia sido buen patriota y amante entusiasta de las ideas liberales.

Su valor y su suerte le habían hecho ganar dos grados en el tiempo que llevaba de campaña. Los amigos le querían, los soldados le respetaban y él se abandonaba á aquella vida extraña y aventurera, con la voluptuosidad del que se embriaga para olvidar males que no tienen remedio.

Aquella tarde en el campamento no se hablaba sino del próximo encuentro. Los oficiales jugaban, escribían ó charlaban á la puerta de las tiendas; los soldados limpiaban las fornituras, mientras otros iban y venían con municiones ó llevaban partes de acá

para allá con esa agitación y premura propias de los grandes acontecimintos.

Mi amigo fumaba tranquilamente sentado sobre una cureña, mientras dirigía sus tristes miradas al horizonte.

—¿Te acuerdas—me dijo—cuando jugábamos de pequeños delante de tu casa, con las espadas de madera, en aquel campamento de arena y de ladrillos? ¡Aquellas posiciones no eran tan formidables como ésta!... ¡Cuántos caerán mañana, antes de subir á lo alto!

No supe qué contestarle; el recuerdo de la niñez y la perspectiva de la próxima pelea, me impresionaron desagradablemente. Tuve un triste pensamiento.

El día siguiente—lo recordaré toda mi vida—fué uno de los días decisivos y memorables para la causa de la libertad. Todo él se batieron nuestras tropas denodadamente, haciendo prodigios de valor y de heroismo. Yo, con mis gemelos, no perdía detalle de aquella inolvidable jornada. Mi principal atención estaba fija en mi amigo, que se batió de un modo admirable. Las balas cruzaban á su alrededor, y sus compañeros caían á docenas. Parecía imposible poder librarse de aquella lluvia de plomo que descendía sobre su cabeza. La ascensión era peligrosísima, trabajosa en extremo, y más aún cuando una bala enemiga le mató el caballo.

Al verlo caer, no pude reprimir un grito de angustia; mi ansiedad duró poco. Algunos momento después, ví á mi amigo levantarse sereno y seguir á pie su camino. Lo que pasó entonces todavía me parece un sueño. Era el final de la batalla; el ene-

migo huía por el lado opuesto, y ya no se mantenían sino breves luchas de contados pelotones que picaban ó defendían la retirada. A lo lejos se oían las músicas de los regimientos entonando cantos belicosos, confundiéndose con el estruendo del cañón y la fusilería. Llegó un momento en que ví á mi amigo luchar con un carlista que empuñaba una bandera cogida á los nuestros en el campo. La lucha fué corta, pero ruda. Yo no respiraba... Algunos instantes después, el enemigo caía á tierra, mientras mi compañero, triunfante, con la bandera en la mano, subía trabajosamente á la cumbre.

¡Entónces volví á ver al pequeño héroe de otro tiempo, trepando victorioso la montaña! También llevaría el sublime entusiasmo pintado en el semblante como de niño; pero noté con horror que vacilaba en su marcha...

Cuando llegó arriba, ví que desplegaba la bandera entre un grupo de valientes, mientras sus piernas flaqueaban. Tuvo un momento de vacilación, y por último, alzando el brazo derecho hacia el cielo, cayó á tierra desplomado.

En tanto, un grito formidable llenó el espacio, que repetía mil veces:

¡Viva la libertad! ¡Viva España!

No sé si aquel grito fué lanzado por mí, ó si era el eco de millares de españoles que celebraban frenéticos la victoria.

¡Se habia ganado la acción!

Mi amigo murió cubierto de laureles, y envuelto en la bandera del regimiento.

VII

LOS VANIDOSOS

Si fuese nuestro ánimo hablar de vanidad en sus manifestaciones más generales, no escribiríamos estas líneas. La vanidad es de tal modo compañera del hombre, que no sorprende que nos domine; lo que maravilla á veces es la forma en que lo hace.

Al hablar de los vanidosos, aludimos principalmente á aquéllos cuyas prendas personales no justifican la presunción y hacen, por tanto, imperdonable la falta.

Que la mujer hermosa, rodeada contínuamente de adoradores y cansada de escuchar lisonjas, se crea realmente mujer superior y de indiscutible mérito, es cosa tan natural como corriente.

Que el literato aplaudido y aclamado; que el pintor que traslada al lienzo las más bellas creaciones de la fantasía ó las escenas más verdaderas de la naturaleza, se sientan orgullosos de su triunfo, nos lo explicamos también; pero que ese pobre ser desheredado, que no recibió del cielo ni talento ni inspira-

ción, ni hermosura, se halle poseído de dicho sentimiento, aunque nadie lo elogie, y se esté contemplando al espejo, moral ó material, contínuamente, ese no merece perdón ni disculpa.

Y no se debe condenar en absoluto la vanidad: nos la explicamos. La vanidad *bien entendida*, si se permite la frase, ha dado grandes hombres á la patria, por más que el móvil se encubra con los nombres de abnegación, valor, heroismo. Mas si vamos á desentrañar la cuestión, ¡cuántas veces la ambición por los triunfos y por el respeto social, no estriba en que á veces debía calificarse de defecto!

Desde la antigüedad, que nos presenta á Cleopatra como modelo de coquetería ó vanidad, dejándose morder por el áspid para que no sufriese detrimento su belleza, hasta el dia, en casi todo lo bueno y todo lo malo, entra por algo la presunción, de cuyo influjo en el mundo casi nadie se ve libre.

Unos, los necios, la muestran sin cesar, y á pesar suyo en ocasiones; otros, los menos, tienen tal arte para disfrazarla, que pasa á veces inadvertida para la mayoría de las gentes. Pero, visible ó no, el vicio subjetivista, como diría un filósofo, ha dado á la sociedad grandes resultados, si bien los imbuidos de él hayan sido siempre acreedores á severa censura.

¿Se producirían muchas obras si sus autores no esperasen la alabanza, el galardón, el loor, el premio, el elogio público?

¿Se daría el arte, sin la esperanza de llegar á ceñir la corona de laurel?

¿Existiría acaso la virtud en muchas mujeres de esas que pasan por intachables?

Todos se hallan inoculados del virus; mas si ese

mal produce á la sociedad algún bien, ¿sería justo condenarlo en absoluto?

Al meditar hasta qué punto domina á todos la vanidad, casi se llega á creer que sin ella sería imposible la vida. Seres insignificantes, ridículos, limpios de talento y de virtudes, si se les observa detenidamente, se nota al punto que no se hallan desprovistos de esa, que llaman los pensadores, aprensión sensible, fundada en su posición, en su gerarquía, en sus relaciones, y hasta en su pequeñez.

Hay personas que tienen la vanidad de ser modelo de feos, de mal carácter, ó de mayores narices; los hay que cifran su orgullo en poseer pies y manos de enormes dimensiones. A los que nada puede lisongear en el mundo, ha concedido la Providencia dósis superior de vanidad, para que no vivan enteramente desesperados. Mirada bajo este punto de vista, la presunción, más que vicio, es compensación consoladora para los desheredados de toda fortuna.

En cambio, para los favorecidos de la suerte es un martirio. La dama de pie pequeño, por ejemplo, se lo tritura usando un calzado más estrecho de lo soportable. Mujeres de cintura delgada enferman á fuerza de apretarse el corsé, á fin de que resalte el ideal de la avispa. Sabemos de algunas que duermen con esa coraza de aceros y ballenas, para que su cuerpo, naturalmente hermoso, no se deforme durante el sueño...

Conocí á una señora, bella tal vez en sus mocedades, pero á la cual los años y disgustos robaron sus encantos. Cualquiera creería que doña Paulita (que así se llamaba) carecería de ribetillos vanidosos pa-

ra con su persona. ¡Pues presumía la buena señora, con ser ya bisabuela! Se da el caso de presumir con las canas, y damas, aun relativamente jóvenes, se ponen polvos con objeto de que aparezcan sus cabellos más blancos aún. En cambio, hay otras que se vanaglorian de llegar á una edad avanzada sin tener un solo pelo plateado, aunque la cara sea arrugado pergamino.

¿Y los que se la echan de experimentados, de listos, de prudentes, de graciosos? ¿Y los que creen que nadie hace las cosas como ellos, que nadie se viste mejor, ni hubo persona sobre la haz de la tierra mejor educada, ni más galante, ni más Tenorio? ¿Y los que se figuran que no hay hermosa que se les resista?.. ¡Pillines!

Cansaríamos al lector si fuésemos á enumerar la vanidad en todas sus manifestaciones.

Para concluir, narraré en breves palabras lo que me ocurrió y que puede llamarse el *colmo* de la vanidad.

Un amigo mío me presentó á su suegro, señor de edad tan avanzada, que parecía una mómia. Tenía el vejete la cara de color de chocolate, la cabeza calva, las piernas torpes y el oído tardo. Vivía con un pie en la sepultura. Me recibió con mirada vaga y fria sonrisilla. Le miré con respeto y compasión. diciendo para mí:

¿Para qué tendrá Dios en el mundo todavía á este desventurado? ¿Qué aliciente le ofrecerá la vida?

Ha perdido todos sus hijos, su mujer, su fortuna, y estaría entregado á la más desastrosa existencia si mi amigo no lo tuviese á su lado...

Pensando todas estas cosas y otras por el estilo,

me sorprendió la voz del yerno que me mostraba al suegro:

—Aquí tienes á este *pollo*. ¿Está firme, eh?... Nos enterrará á todos, pues, ahí donde le ves, tiene ya sus... noventa y dos años.

—¡Y tres días!...—se apresuró á decir el viejo, irguiéndose cuanto se lo permitió el arco de su espalda y dándose un aire de conquistador.

Lo gracioso del caso está en que no contaba sino ochenta. Pero cada año aumentaba la cifra.

Salí de la visita bendiciendo al Todopoderoso. También allí, en aquel montón de ruínas, había vanidad: ¡la vanidad de la decrepitud!

Un último caso que supera á los anteriores. La presunción del autor de estas líneas, que se hace la ilusión de haber escrito algo, aunque privado de sindérises y de sustancia...

Y con efecto, el regente de la imprenta me avisa diciéndome:—Ya está relleno el hueco. Basta.

¡Respiro y firmo!

VIII

LOS TRES VESTIDOS BLANCOS

La vez primera que la ví fué en la iglesia. Era casi una criatura. Se encontraba en esa edad indecisa en que la niña empieza á convertirse en mujer y en que las bellezas, tanto físicas como morales, estan en embrión y en ese desorden y desquiciamento de todo lo que se cambia ó se transforma. Era excesivamente blanca; el color tan enfermizo, la tez tan transparente, que dejaba ver cómo corría la sangre por sus venas. El cabello rubio, ceniciento y lacio, apenas se veía bajo la cofia blanca y la corona de flores que cubría su cabeza. El vestido blanco, de muselina, el velo, blanco también, que la envolvía como diáfana nube, y el lujoso cirio que, labrado primorosamente con mil complicados adornos de confitería, lucía delante de su reclinatorio, me dieron á entender que hacía su primera comunión. Cuando la ví, tenía el rostro oculto por las manos largas y afiladas, cubiertas de finos guantes, y en una de sus muñecas lucía lindo rosario de perlas re-

galado quizá expresamente para aquella solemnidad.

La familia, algo retirada de la jóven, asistia al acto acompañada de *Madame*, la Directora del colegio, aristocrático establecimimiento de enseñanza montado según el modelo del *Sacre-Cœur*. Se respiraba allí cierto airecillo profano, impropio de la ceremonia; el crujir de los trajes de seda, el cuchicheo de las señoras, el tric-trac de los abanicos y los suaves perfumes que embalsamaban el ambiente, más hacía creer que se asistía á función de teatro, que á un acto religioso.

Sin saber por qué, me interesó aquella niña de talle esbelto y espiritual que se destacaba graciosamente entre el grupo oscuro formado por personas que la rodeaban. Tenía algo de gentil aquella tierna criatura que entraba en la vida con la pensativa frente coronada de rosas, el alma inmaculada como su vestido, y á quien el porvenir ofrecía dilatados horizontes de felicidad, y la suerte juventud y riquezas y hermosura.

Abismado en estos pensamientos, me sorprendió el ruído de la gente que se levantaba para abandonar el templo, produciendo el extraño ruído de las sillas arrastrándose por el entarimado pavimento, y el murmullo de los besos y las felicitaciones. Una señora jóven y hermosa, vestida de negro, abrazó la primera á la niña que sonreía dulcemente. Era la madre. Mientras saliamos de la capilla los monaguillos empezaron á apagar las mil velas que lucían en el altar; la comitiva rodeaba á la *comuniante*, que salía delante. Interin tomaron los carruajes, pregunté á un amigo por la niña vestida de blanco.

Supe que era hija única de cierto opulento banque-

ro y de aquella simpática señora que la llevaba del brazo. Se llamaba María este modelo de virtud, de gracia y de belleza.

A poco, el *landeau*, arrastrado por magníficos caballos, se alejaba rápidamente.

Lo ví desaparecer, sin saber por qué, con melancolía, y por mucho tiempo quedó grabada en mi memoria aquella figura blanca y vaporosa que distinguí entre los cristales del coche, al dar la vuelta en la próxima bocacalle.

.˙.

No volví á ver á María hasta después de mucho tiempo. Fué en un baile. Como la primera vez que la ví, también estaba vestida de blanco; pero el traje de ahora dejaba descubiertos sus hombros, de extraordinaria blancura, y la tela sencilla y vaporosa se había trocado por otra más rica de seda con cambiantes de plata.

Su figura se había modificado mucho: tenía manos de ángel y faz de diosa, y su cabello dorado y recogido con arte, dejaba ver toda la hermosura de aquel busto, que no pude apreciar el día que la conocí bajo el velo y la corona de flores. Ya no era la niña tímida y anémica de aquellos tiempos; por el contrario, había llegado á su completo desarrollo y era una mujer encantadora, con todos los atractivos de la juventud, envuelta en cierto aroma especial de virginidad que se desprendía de toda su persona.

Aquella noche precisamente hacía su entrada en

el mundo. La fiesta era espléndida. Los salones resplandecían con mil luces, y los acordes de la orquesta llenaban la atmósfera saturada de perfumes.

Estábamos en retirado salón un amigo y yo, cuando acertó á pasar por allí mi heroina, del brazo de un hombre jóven y elegante, vestido de un uniforme; llegaban hasta allí los apagados sonidos de un vals de Metra y el murmullo de la conversación, confundido todo con el choque de las cucharillas en los platillos de ios sorbetes servidos sin cesar. Había en aquel lugar en que nos encontrábamos algo tan misterioso y poético, que dió á la aparición de María un no sé qué de solemne.

Me quedé mirándola con interés, y mi amigo, como respondiendo á mis sentimientos, me dijo, cuando la feliz pareja hubo desaparecido:

—Esa jóven que acaba de pasar es la prometida del hombre que le da el brazo. Al celebrar su entrada en el mundo se celebra al propio tiempo la concesión de su mano á ese jóven, que es uno de los mejores partidos de la corte. Le espera un porvenir envidiable: es su primer amor, y puede decirse que cuando ciña á sus sienes la corona de desposada, conservarán aún sus cabellos el aroma de las flores de su primera comunión...

Al llegar aquí, se interrumpió nuestro coloquio por la llegada de la señora de la casa, invitando á mi amigo para que bailase.

Me quedé solo; seguía sonando la orquesta, y aquellas notas melancólicas llenaron mi alma de indescriptible tristeza... Sin saber por qué, me había producido penosa impresión la noticia del casamiento de María.

Había en mis sentimiento hacia ella no se qué de celos extravagantes y ridiculos, que concluyeron por hacerme reir de mí mismo. Me encontré aburrido y triste, y abandoné la fiesta.

.·.

Uno de los dias del invierno de 1875 acerté á pasar por delante de la iglesia de... y me llamó la atención la multitud de coches que había en la puerta. Pregunté qué ocurria y me dijeron que era la profesión de una monja. Tuve curiosidad y entré. La iglesia, iluminaba como en dia de fiesta, no podia contener la gente. El órgano entonaba cantos llenos de regocijo que alternaban con los rezos de las profesas y novicias en el coro bajo y con las plegarias de los sacerdotes. Todo el mundo tenía fijas sus miradas en la verja del coro, cubierta aún por el velo negro; á poco rato éste se corrió y todos miramos dentro con curiosidad.

Yo no pude contener una exclamación de asombro al distinguir la novicia. ¡Era María! ¿Qué había ocurrido en la existencia de aquella mujer, que cambiaba la diadema de desposada por la corona de esposa del Señor?

No me atrevía á creer lo que veia. Estaba allí, á dos metros de donde yo me encontraba, vestida de blanco, la vista baja, las mejillas y los ojos enrojecidos de llorar.

¡Qué hermosa! Su traje blanco, que parecía de novia, cuajado de perlas y adornado de valiosos enca-

jes, realzaba su hermosura espiritual y delicada, y ceñían sus cabellos rubios las menudas flores de azahar.

Miré á todos lados por si encontraba una persona amiga que me descifrara aquel enigma, y no viendo á nadie conocido, pregunté á una anciana arrodillada cerca de mí. La mujer lloraba amargamente.

—¡Pobrecita!—me dijo entre sollozos.—Se empeña en matarse metiéndose en este convento, ella, acostumbrada á tanto regalo y tanto mimo. Yo la crié, caballero, yo fuí su nodriza, y la quiero como si fuera hija mía... Miren qué dolor de criatura; le mataron el novio los carlistas hace un año, y aquí entró y de aquí no saldrá; todos los ruegos han sido inútiles...

Al llegar aquí, le faltó la voz á la pobre mujer y yo miré al coro. Allí, arrodillada, con las manos juntas, la frente inclinada, pronunciaba María sus primeros votos. Por primera vez escuché su voz dulce, que tenía en aquel momento acentos como de otro mundo. A poco se levantó; y apoyada en dos religiosas, con largos velos que le cubrían la cara, se alejó lentamente y desapareció.

No tuve valor para esperar á que volviera ya despojada de sus galas. Quería conservar en mi memoria la imagen tal cual la había encontrado siempre en la vida. Aquellos tres vestidos blancos han sido quizá las tres únicas notas imaculadas de mis ilusiones amorosas.

IX

LA VUELTA DE LA PESCA

Ya había oscurecido, cuando Germán el pescador, después de haber dejado las redes en la barca, se dirigió presurosamente hacia la tapia baja que rodeaba el huerto de María Rosa.

Era ésta la muchacha más bonita y más graciosa de toda la comarca. Decían algunos que pecaba de ligera, y aún ciertas lenguas maldicientes aseguraban que no guardaba toda la fidelidad debida á su novio, el bueno de Germán, sencillo y apasionado como pocos.

Lo que hubiera de verdad en tales murmuraciones no es fácil averiguarlo; pero algún fundamento debían tener esas voces, á juzgar por las contínuas nubes y altercados que turbaban las relaciones de ambos jóvenes.

María Rosa era buena y honrada en el fondo; más le agradaba y lisonjeaba su amor propio verse admirada y obsequiada por los demás, sin que por esto dejase de profesar á Germán amor profundo y verdadero.

Aquella noche, con motivo de haber llegado á la playa un extranjero, que parecía haberse prendado de ella, tuvieron los enamorados un disgusto de los más serios que registraba su larga historia de desavenencias.

Estaba María Rosa distraída en extremo, mientras Germán le exponía la interminable serie de quejas y argumentos contra su conducta.

—Te digo que todo el mundo lo ha notado—le decía Germán con la voz temblorosa de pena y de coraje.—Te gusta ese joven extranjero y á mí me llevan los demonios cuando te veo hablando con él. Soy hombre de paz y nunca le hice daño ni á un mosquito; pero... cuando pienso que me puedes dejar por ese mequetrefe, se me sube el San Telmo á la cabeza y me parece que haré una barbaridad si prosigues de ese modo.

María Rosa, por toda respuesta, lanzó una sonora carcajada y se puso á enredar con las ramas de la parra, que trepaban graciosamente á lo largo del muro.

Hubo una ligera pausa.

Al poco tiempo, siguieron las reconvenciones.

La muchacha empezaba á impacientarse.

—¡Mira, Germán!—exclamó al fin, algo incomodada;—si continúas de ese modo, llegaré á cansarme de tí. No me gustan los hombres celosos, ni me agrada que me mortifiques. ¿Quieres que eche del pueblo al extranjero? Si no te acomoda verlo hablando conmigo... márchate.

—No tendrás que repetirlo mucho—gritó el pescador trémulo de despecho,—me iré pronto y para tiempo... ¡quién sabe si me volverás á ver!

—Pues, ¡buen viaje!—repuso la muchacha, desapareciendo de la tapia y entrando en su casa.

Germán, entre tanto, murmuró un juramento y se dirigió lentamente á la playa.

.·.

Al día siguiente, como si nada hubiese pasado, se disponía para salir en su barca á echar las redes. La mar estaba algo picada, mas lucía el sol; y las aguas, inquietas y trasparentes, lanzaban destellos luminosos como lluvia de plata.

En el horizonte se agrupaban algunas nubes blancas, que los prácticos no juzgaban muy tranquilizadoras; pero los pescadores se apresuraban á desamarrar los botes, con la esperanza de lograr buen copo.

Germán, tranquilo en la apariencia, pero meditabundo y callado, salió de los últimos en su lancha. No quiso que lo acompañara nadie: solo Roque, el chicuelo que vivía al lado de su casa, llevaba el timón y le ayudaba en las maniobras.

A las dos horas escasas de haber salido las barcas, empezó el cielo á nublarse y á soplar un aire SE. que hacía zozobrar las embarcaciones, levantando montañas de agua coronadas de espuma.

El mar, azul y risueño poco antes, tomó un color verdoso y siniestro, y las olas, sucediéndose con frecuencia extraordinaria, no dejaban momento de descanso á los pobres marineros, que empezaban á recoger velas y prepararse para volver á la playa.

Por el pueblo corrió la noticia de que se aproximaba una gran borrasca. Todo el mundo se lanzó al muelle y á las arenas.

Los marinos viejos veían el cielo de mal cariz, y hacían señas con los gorros y los pañuelos para que volvieran los tripulantes. Las mujeres y los niños gritaban desde la playa y llamaban á los padres, los maridos y los hermanos, para que tornasen en seguida.

Había gran confusión en la orilla. Las olas, cada vez más imponentes, jugaban con las pobres barquillas pescadoras, como si fuesen cáscaras de avellana; algunas aprovechaban el empuje de las ondas para ganar la arena, y era de ver la pequeña embarcación, envuelta en un mar de blancas crestas, que la arrollaban y empujaban como á un juguete, mientras los marineros remaban con furor, y la gente, que esperaba la llegada, recibía las lanchas con gritos de júbilo y exclamaciones de terror.

Poco á poco y con grandes esfuerzos fueron entrando todos los botes.

El Océano estaba cada vez más borrascoso, y á cada barca que conseguía ganar la orilla, se repetían los gritos y las bendiciones de la muchedumbre arrodillada en el puertecito donde ocurren los sucesos que describimos.

Entre las mujeres se descubría la saya encarnada de María Rosa, que también contemplaba el imponente espectáculo. No estaba sola: el extranjero la acompañaba y hablaba sin cesar. Ella, abstraída y extremadamente pálida, tenía fijos los ojos en una barca pequeña, más alejada que ninguna, que parecía abandonada al capricho de las olas. Allí estaba

Germán, sentado tranquilamente á la proa, sin hacer el menor esfuerzo por salvarse.

Ya no quedaba en el mar sino aquella lancha. En vano todo el mundo lo llamaba y hacía señas para que viniese: Germán no se movía, y solo salió de su indiferencia para echar mar adentro, después de haber lanzado á Roque en las ondas para que ganase á nado la orilla.

Al verlo alejarse, buscando una muerte segura, todo el mundo prorrumpió en gritos de espanto.

Un silencio profundo y aterrador siguió á aquel movimiento de angustia de la multitud.

De pronto, María Rosa, apartando con ademán de loca la gente que la rodeaba, corrió á la orilla, y allí, con los piés dentro del agua, y agitando el pañuelo de colores que llevaba en la cabeza, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Germán, Germán, German!

Aquel grito, que resonó en medio del imponente silencio, reanimó de repente al pobre marinero, decidido á morir, que empezó á remar hacia la orilla, con el furor del que batalla con la muerte.

Poco rato duró la lucha; algunas lanchas salieron á salvarlo, y mientras Germán llegaba triunfante y loco de felicidad á la playa, María Rosa caia sin sentido sobre la arena.

Leza (Portugal) Agosto 87.

X

LA CARCOMA

—Desengáñese usted—me decía una noche el bueno de don Tadeo, mientras apuraba su taza de café;—no es necesario ir á Sierra-Morena para encontrar ladrones... Unos más y otros menos, todos los españoles son aficionados á lo ajeno, digo, *somos*, porque yo no me santifico...

—¡Usted!—exclamé admirado, pues conocía la probidad y honradez de aquel hombre ejemplar.

—¡Jé, Jé!—me contestó con una risilla entre burlona y reservada.—Yo, aquí donde usted me vé, no me creo libre del vicio de que antes le hablaba. Creo que jamás he tomado nada ajeno, ni me remuerde la conciencia de ninguna mala acción; pero... se lo diré á usted en confianza, para demostrarle que no me equivoco en mi aserto. ¿Querrá usted creer que jamás compro azúcar para tomar un refresco en casa?... ¿Qué dirá usted que hago? Pues, ¡admírese usted de la fragilidad humana! ¡Robo los terrones del café! Cuando nos hallamos varios amigos en una me-

sa, espero á que todos se levanten y, aprovechando un momento favorable, cojo lo que queda en los platillos, y lo guardo, procurando que nadie me vea...

No pude menos de reirme de la ocurrencia del pobre viejo.

—¡Bah!—le dije bromeando—esas son niñadas, caprichos de mujer mal criada; pero no califique usted la acción tan duramente.

—Pero ¿qué nombre le daría usted?— me contestó.—¿Son míos aquellos terrones? Pues no siéndolos, tomo lo ajeno. Ya sé que muchos se dirán: «En realidad, no son de nadie, no hay mal en ello.» Pero esto es un razonamiento que se hacen muchos para disculpar faltas más graves. Conozco á un señor inmensamente rico, que debe la mayor parte de su fortuna á la elasticidad de su conciencia. Pasaba por un hombre probo, intachable. Sin embargo, jamás declaró á la Hacienda la riqueza que poseía; jamás pagó la contribución correspondiente al valor de sus fincas; jamás tomó tabaco que no fuera de contrabando. Bien es verdad, que, como lo que él hacía lo hacían mil personas más, nadie podía afearlo. ¿Lo paga el Gobierno? Pues duro en él. Si fuera con daño de tercero, entonces... sería una inmoralidad; pero es el pícaro Presupuesto. ¡Con ese no hay que tener compasión! Y no piensa que el dinero de la nación es nuestro propio dinero: el sudor del pobre, las privaciones de la clase media (que contribuye, más ó menos, á ese presupuesto), á quien se trata de sacar un pellizco. Esos son los *terrones de azúcar*. No son de nadie y son de todos; encuentro que es una cobardía, atrapar lo que nadie defiende, así como me parece más simpático el bandido que expone su vida para

robar, lo que otros consiguen desde el pináculo de la política.

—Todo eso es verdad—dije, comprendiendo que mi amigo no carecía de razón; los hombres somos así...

—¿Y las mujeres?— me interrumpió con aquella hidrofobia que le había acometido.—¡Las mujeres, peores que los hombres!

—¡Por Dios, don Tadeo!...

—¡No hay Dios que valga! Peores, peores, porque lo hacen con mayor impunidad que nosotros. ¿Qué me dice usted de las señoras, que van á San Sebastián los veranos, solo con el aliciente de meter contrabando por la frontera? ¡Había usted de oirlas con el descaro que cuentan sus hazañas!

«—Yo— me decía el año pasado una amiga, ferviente devota y hermana de no sé cuántas hermandades religiosas—yo he hecho poner dos fondos en mi *mundo*. Poco me importa que los carabineros lo pongan todo patas arriba; ¡lo que va dentro, no pueden verlo! ¿Y los trajes de seda que tengo pasados, envueltos en un bastón, con una funda de paraguas? ¿Y los pares de medias, y las piezas de encajes ocultos en el polisón?...»

—¡Estas y otras proezas relataba, con la mayor naturalidad la ilustre dama á que me refiero; proezas que muchas veces han costado la vida á tal cual pobre diablo, que intentara meter por las puertas, sin pagar consumo, un pellejo de vino!

—Si tratamos de asuntos más serios— continuo incansable,— no se quedan cortas las señoronas tampoco. ¿Compran una casa? pues ya buscan mil empeños, para que el Registrador la inscriba por la

mitad de su precio. ¿La venden? pues ya se las arreglarán de modo que se la compre un Alcalde amigo, por el doble de lo que vale. Porque, es lo que dicen:—¡Para algo ha de servir la amistad!

—Si se habla del juego—prosiguió sin respirar don Tadeo,—casi todas hacen trampas; si pueden no pagar, se hacen las distraídas.. Me han contado algunas señoras, que tenían tertulia en sus casas, que les han robado abanicos, olvidados en una mesa, y hasta cucharillas de los refrescos. Para concluir, le contaré á usted lo que oí días pasados de labios de cierta dama, modelo de caridad y de virtud. Se trataba de un establecimiento para que los licenciados de presidio adquiriesen determinados hábitos antes de volver á la vida social. La idea no podía ser más humanitaria ni más necesaria para nuestro pobre país. Pero oiga usted los medios con que cuenta ella y sus amiguitas para llevarla á cabo, según me lo explicó mi buena señora llena de entusiasmo:

«—Todo, todito se hará de caridad. Cuando empezamos no teníamos un cuarto; pero tenemos muy buenas relaciones y... ya sabe usted que eso en Madrid es oro. El terreno nos costara una friolera, gracias á un concejal que media en el negocio y aprovechará ciertos apuros del dueño, que necesita dinero inmediatamente, y lo dará á cualquier precio. Los hierros nos los traen de Inglaterra sin pagar derechos en las Aduanas, gracias á otra buena aldaba á que nos hemos agarrado, y porque se trata de una obra pía. El mobiliario, camas, lavabos, etc., todo viene del mismo modo; contribución, ya comprende usted que no hemos de pagar ninguna, y, lo mejor, lo mejor es que contamos con una subvención del

juego, que nos han ofrecido varios socios del Casino y de otros círculos. Por fin, ¡una cosa providencial! «¡Dios no abandona á las buenas almas!»

— Era el *colmo* de la inmoralidad— me dijo don Tadeo levantándose y guardando los terrones de azúcar,—el colmo del descaro, hacer cómplice á Dios de estos fraudes, con que se proyectan obras, ¡obras piadosas! ¡Nada, lo que le digo á usted, la *carcoma*, que roe el presupuesto y la Hacienda y que no tardará mucho en dejar al pobre país hecho polvo!

Y cogiendo de la mesa próxima otro platillo en que blanqueaban dos terrones, se puso en marcha. . . . .

. . . . . .

Hasta después de mucho tiempo no volví á encontrar á don Tadeo.

Le hallé una tarde en una botica, á donde entré en busca de cierta medicina para una persona de mi familia. Estaba como siempre, tan campechano, con aquella risilla burlona que le era habitual, leyendo un periódico junto á la puerta, mientras el dueño de la farmacia trabajaba en la trastienda.

Al verme dobló el papel y me saludó con afecto.

—¡Usted por aquí!—exclamó, invitándome á sentarme junto á él.—¿Qué le trae por esta casa?

Le dije á lo que iba.

—¿Quinina? ¿busca usted quinina?—me contestó haciendo un gesto cómico.—Pues, ¡cuente usted con que lo más que consigue llevarse es polvo de rapé, ó cosa así! ¡Buenas están las boticas y los boticarios!

—¡Pero, don Tadeo!—exclamó el dueño del establecimiento desde la trastienda;—¿ni siquiera perdona usted á los amigos, en esa manía de censurarlo todo?

—¡Bueno está el comercio!—añadió.

—No me venga usted con lamentaciones, *don Jeremías*—interrumpió don Tadeo;—los comerciantes ganan siempre.

—Si, señor; sobre todo desde que esa dichosa Administración Militar inventó lo de las farmacias militares y los suministros. En buen país estamos! ¿Tiene una familia una medalla? pues haga usted cuenta que todos los parientes y amigos y conocidos se aprovechan de ella. Miéntras, los farmáceuticos, ¿qué hacemos? Comernos las medicinas ó morirnos de hambre...

—¡Si fueran las drogas de ustedes tan baratas como las de ellos—replicó el vejete implacable,—la gente acudiría á ustedes!

—Si nosotros no tuviéramos que pagar contribución, local, dependientes, luz, etc, también venderíamos barato, como ellos. En cuanto á la calidad...

—De eso no hablemos—dijo el amigo agitando las manos á la altura de la cabeza y cerrando los ojos:

—¡Tan malas las unas como las otras!

La entrada de un sujeto que pedía no sé qué cosa, cortó la discusión de los dos amigos.

—La verdad es—me dijo don Tadeo,—que asusta ver hasta qué punto llega la inmoralidad en este país. No hay más que levantar un pico de la capa social y se descubren mil de esas que hemos dado en llamar *irregularidades*, aunque yo les daría otro nombre.

—Y, créame usted—continuó, con la antigua manía de descubrir irregularidades,—la mayor parte de estos defectos y vicios, radican en la educación que recibimos desde pequeños. ¡Ah, amigo mio!

¡Aquí lo que hacen falta no son cárceles, sino escuelas! Es preciso aborrecer el vicio desde pequeñito. Recuerdo que era yo muy niño y no me parecía la fruta sazonada si no la robaba de algun huerto en que podía entrar furtivamente. ¿Pues y los dulces? ¡Creo que de entonces proviene aquella maldita afición á los terrones, que le confesé á usted cierta noche! Pero me voy corrigiendo, no crea usted. Cuando me creo semejante á ciertos sujetos que hacen cosas análogas, me da una repugnancia... Y ya ve usted que el ahorro no es cosa. Pero no es cuestión de dinero muchas veces, si no de inclinaciones; una fuerza secreta... ¿Dónde me deja usted las personas que utilizan los sellos de correo cuando no están marcados, por ahorrarse 15 céntimos? ¿Y las familias y amigos de los diputados que se aprovechan también de la franquicia del Congreso para toda su correspondencia? ¿Y los que usan billetes de ferrocarril, dados gratis ó con rebaja para otra persona? Pues si pasamos á otro género de asuntos... ¡Cuántas falsedades se cometen para adquirir haberes pasivos, cuántas fés de bautismo falsificadas, cuántas edades supuestas! Parece mentira que se pueda vivir tranquilo obrando de ese modo. ¡Claro está, la costumbre... el que uno ú otro hacen cosas análogas... todo contribuye á que las gentes se lleguen á creer que robar al Estado es recoger una talega que se encuentra uno en la calle!

—¡Y, esa es otra!—continuó don Tadeo exaltándose como siempre que trataba de la carcoma social: —el que encuentra algo que no es suyo, seguro está que trate de buscar á su dueño. Esto lo mismo que la sisa de las criadas, las adulteraciones de los alimen-

tos y medicinas, las faltas en los contratistas que tienen al pobre á media ración porque se guardan la otra media; todos los que se aprovechan de la impunidad con que se cometen estas... *irregularidades*, se figuran que sus actos no tienen nada de particular, porque casi todo el mundo obra del mismo modo.

Aún habría seguido el bueno de mi amigo aduciendo argumentos y pruebas de lo que, desgraciadamente, es una verdad innegable, cuando se me acercó el dependiente presentándome la caja de píldoras.

Mientras yo pagaba, don Tadeo se levantó para marcharse.

—Por supuesto—dijo, acercándose al farmacéutico, con una sonrisa picaresca—que no la habrá usted dado polvo de ladrillo. ¿eh?

—Por Dios, don Tadeo—exclamó aquél con un gesto cómico;—¡entre amigos, cómo es posible! ¡Lleva quinina de la buena!

—Pobres de los que no sean amigos—dije para mí, guardándome la caja.

Al salir, tropecé con una cosa pequeña y blanca que rodó por el suelo, dejando un polvillo que rechinaba bajo los pies. Era un terrón de azúcar.

Sin duda al sacar don Tadeo el pañuelo del bolsillo, lo había dejado caer.

—¡Ah! picarón—pensé mientras salía;—¡predicas moral y afeas los vicios sociales, y aún no te has quitado tú el de robar en los cafés terrones de azúcar! Así va todo en este pobre país. Son vicios viejos y, por consiguiente, casi imposibles de desterrar. Vicios adquiridos en la infancia... ¡Tenía razón don Tadeo! ¡Aquí lo que hace falta no son cárceles, sino escuelas!

XI

HISTORIA DE UN COCHE

Cuando salí del taller donde me habían construído estaba tan nuevecito y tan flamante que daba gloria verme. El forro *capitoné* de mi caja, más parecía cofrecillo de joyas, que de un vehículo para transportar de un lado á otro carne humana.

Mis almohadones convidaban á reposar sobre la fina seda que los cubría, y la mullida alfombra del suelo prometía dulce calor á los piés ateridos por el frío.

Un tronco de soberbios caballos andaluces fué el primero que me arrastró, llevándome lejos de mi casa.—¿A dónde iremos?—me preguntaba con curiosidad, dejándome conducir dulcemente por aquellos fogosos animales.

No tardé mucho en saberlo. A los pocos minutos de carrera nos detuvimos delante de una iglesia. Allí había muchos coches esperando, pero (lo diré sin modestia) ninguno tan bonito como yo.

Los cocheros me miraban con atención impertinente como personas peritas en la materia.

Oí que algunos decían:—Ese es el coche de la novia,—ó—Es el regalo de boda que hace el novio.

Estas frases y otras por el estilo, me hicieron comprender de lo que se trataba. Efectivamente; al poco rato salió la gente de la iglesia, y sentí en mi estribo la ligera presión de un pié pequeño y elegante, calzado de raso blanco. Era la novia. Detrás salió el marido, un muchacho rubio y simpático que se sentó á su lado. El lacayito cerró la portezuela con estrépito y partimos á la carrera.

Sin querer, fuí testigo de los primeros transportes de aquellos enamorados, que se juraron, por la milésima vez, sin duda, amor eterno.

Mi dueña era muy guapa: delgada, pequeña, rubia, y con unos ojos azules, dulcísimos, que sonreían al través de las lágrimas.

¡Quién me había de decir que, al año escaso, aquella misma mujer que lloraba de felicidad en los brazos de su marido, había de humedecer el forro de mis almohadones con perlas vertidas de sus ojos!

¡Creedlo como lo digo! Al poco tiempo, mi dueña, á la cual antes siempre acompañaba su marido, salía sola, reclinada melancólicamente sobre mí, y más de una tarde, al volver del *Angel caido*, sentí sus lágrimas ardientes en la seda de mi *guaté*.

Yo tenía curiosidad por saber la causa de sus penas. No sé que habría dado por averiguarlo.

Por fortuna salí de dudas á poco. Una tarde en que la señora iba acompañada de cierta amiga íntima conocí el motivo de sus lloros. Estaban arruinados: el marido había perdido á la Bolsa casi toda su fortuna, y entre otras determinaciones que pensaban tomar, escuché el proyecto de venderme.

No sé cómo no me hice mil pedazos aquella tarde. La noticia de cambiar de dueño y de perder para siempre la compañía de aquella mujer tan dulce y tan hermosa, me dejó anonadado. También oí que la señora se quejaba de distracciones y desvíos de su consorte.

Aquella tarde fué la última que la llevé á paseo y que la ví. Al bajarse observé que me dirigía una mirada de triste despedida.

¡Fué la postrera que recibí de aquellos hechiceros ojos!

∴

Me compró un señor muy rico, banquero, solterón y antipático.

—Al menos—me dije,—con este ricachón estaré bien cuidado. Tendrá buenas cocheras y me tratarán con esmero.

El primer día que me dispusieron para salir, esperaba ver su figura ridícula cuando apareciese por la puerta, y ¡cuál seria mi asombro al encontrarme con que, en lugar del solterón antipático, me ocupaba una jóven bellísima y elegante, si bien de un aire llamativo y desenvuelto!

—¿Quién será esta mujer?—me pregunté contemplándola.

Iba sola, con la peregrina cabeza oculta por un sombrero exagerado y de caprichoso adorno. La cara, pálida ó pintada, con expresión altanera y burlona, el cuerpo indolente y hermoso, destacándose por oscuro sobre mi fondo beolan.

A las pocas tardes, noté que nos seguía otro coche á ciertas distancia y que mí ama hacía señas por la ventanilla. Una noche, de vuelta de paseo, nos detuvimos en una alameda solitaria del Retiro. Al poco rato, un hombre se presentó á la portezuela y subió. Me quedé pasmado al verlo. Era el marido de mi antigua dueña.

Por lo que hablaron me puse al corriente de aquel enigma. Aquella mujer era á la vez amante del solterón y del jóven que le hablaba.

Por ella se había arruinado y por ella era infiel á su mujer. Me produjo tal indignación lo que oía, que hubiera hecho trizas á los dos. ¡Y tenía la desfachatez de reirse en mis barbas, yo que sabía la historia de todo, y que conocía las tristezas infinitas de la otra desgraciada!

Muchas veces se repitió la escena y los coloquios amorosos. Algunas, el jóven calavera acompañaba á su amiga hasta su casa.

Vivía en la calle de Fuencarral.

Una noche, al oscurecer, era tal la aglomeración de carruajes y tranvías, que el cochero, aturdido, no supo dirigir los caballos y nos estrellamos contra un Rippert que subía la calle á la carrera.

Cada pedazo mío salió por su lado. Los vidrios de mis cristales hirieron en la cara á la belbad, mientras el galán salió con una pierna rota y una herida en la cabeza.

Yo salía hecho añicos, pero en medio de mi desgracia experimenté cierta alegría voluptuosa.

¡Mi antigua ama estaba vengada!

Su rival quedaba desfigurada para toda la vida.

XII

LA TRENZA RUBIA

Antes de morir, llamó la pobre mujer del pescador Ambrosio, á su hija mayor, y haciéndola sentar sobre la cama, le dijo éstas ó parecidas frases:

—María, hija mía, conozco que pronto moriré, y antes de dejaros para siempre, quiero hacerte un encargo, que tú seguramente cumplirás hasta donde tus fuerzas alcancen. No llores; ya ves que yo estoy serena; solo me apena dejaros á tí, y á tus hermanitos, sobre todo. Les hago falta; pero tú los cuidarás como yo misma... Esto es lo que deseaba encargarte.

Al llegar aquí, la voz de la moribunda se apagó sensiblemente, y tuvo que callarse. Solo se oían los sollozos de la niña, que se cubría el rostro con las manos.

Después de una pausa, la madre, haciendo un esfuerzo, separó las manos de María, y dijo atrayéndola:

—Te ruego que tengas valor: no llores por mí; yo voy á descansar y rogaré á Dios por vosotros. Eres

ya una mujercita y comprendes que mi vida tenía bien poco de agradable... Tus hermanitos y tú érais mi única alegría: tu padre...

Paróse de nuevo la enferma, mientras la niña hacía un movimiento de terror.

—Es preciso que lo quieras y lo respetes—continuó la pobre mujer, cuya voz se apagaba por momentos;—tiene sus defectos, es verdad; pero no es malo en el fondo, y tal vez algún día vuelva á ser lo que era cuando nos casamos. Por eso quería hacerte un encargo, mejor dicho, dos. El primero, que cuides de tus hermanitos, que ya no tendrán más madre que tú; el segundo, que quieras á tu padre y trates, en cuanto puedas, de separarlo de la vida que lleva. ¿Me prometes que lo harás?

La muchacha había caído de rodillas, y lloraba amargamente sobre las ropas del lecho.

Prometió, con entrecortada voz, cumplir lo que su madre deseaba, en tanto que ésta, poniendo la descarnada mano sobre la rubia cabeza de la niña, la bendecía, levantando los ojos al cielo.

Un instante después, los había cerrado para siempre.

.·.

La orfandad en que quedó María, luego de muerta su madre, fué completa, puesto que el padre, lejos de servirle de consuelo, constituía el motivo mayor de sus dolores.

El pescador Ambrosio era hombre rudo; pero

honrado y trabajador en los primeros años de su matrimonio. Vinieron después las temporadas sin trabajo (había sido calafate en un arsenal próximo á su pueblo) y tras los días pasados en la ociosidad y con malas compañías, nacieron las aficiones al juego y á la bebida, que acabaron por dominarlo.

Desde esta época, concluyó la tranquilidad en casa del pescador.

Su mujer era una mártir que soportaba sin quejarse los malos tratamientos y la miseria á que su marido la tenía sometida.

Jamás salieron de sus labios ni quejas, ni lamentos.

Murió tan dulcemente como había vivido; vivió esperando siempre el día de la rehabilitación de su marido, como el prisionero que sueña con el día de la libertad.

La heredera de todas sus desventuras fué María.

Tendría, cuando ocurrió lo que referimos, apenas catorce ó quince años. De fisonomía suave y tranquila como su madre, habría sido hermosa si una terrible viruela no hubiese desfigurado su rostro por completo. Después de esta desgracia, solo conservó la blancura transparente y diáfana de la tez, y un cabello rubio hermosísimo que, cuando lo soltaba, cubría como un manto su figura.

Aquella hermosa trenza de oro, que por lo regular llevaba caída á la espalda, era el mejor adorno de la niña, el orgullo de su madre, la admiración de todo el mundo.

La existencia de la pobre criatura fué contínuado sufrimiento, desde que la desgracia la instituyó en madre y amparo de sus hermanitos pequeños. Jua-

nuco y Petra la adoraban, pagándole con caricias los desvelos y cuidados que les prodigaba contínuamente.

Causaba admiración y pena ver á la tierna criatura, desde que faltó su madre, atender á las faenas domésticas. Ella lavaba y planchaba la ropa de todos, limpiaba la casa, guisaba... el dia que los pobres tenían que comer. El antiguo calafate no había alterado lo más mínimo su conducta con la viudez. Si salía á pescar y ganaba algún dinero, bien pronto volvía con los bolsillos vacíos y desahogaba el mal humor en aquellas inocentes criaturas, que temblaban de espanto solo al verlo entrar.

¡Cuántas noches de invierno pasó la infeliz María, sentada junto al frío hogar, esperando la vuelta de su padre, helada y muerta de pena, velando el sueño de sus hermanos!

A veces, si se quedaba dormida, los golpes dados en la puerta y la voz aguardentosa de su padre, la hacían saltar de la silla, como impelida por un resorte. Y era de oir los gritos, las frases soeces y brutales que se escapaban de labios del pescador, cuando tardaba cinco minutos en abrir.

—¡No sirves para nada!—le decía dando golpes en los muebles, (golpes que en ocasiones alcanzaban á la niña).—¡Eres una tonta, que no sabes más que lloriquear y hacer comedias! Tan bestia como tu madre, que nunca hizo nada bueno.

María bajaba la cabeza, y después de proporcionar á su padre lo que necesitaba, corría á su cuchitril, encerrándose para llorar y pensar en su madre. El recuerdo de aquella santa la confortaba y daba fuerzas para llevar adelante su cruz. Los momentos

en que el sueño la rendía eran los únicos felices de aquella triste existencia.

∴

La situación de la familia del pescador se fué agravando de día en día. Al principio vivían con suma modestia, pero iban saliendo adelante gracias á algunos ahorros que tenían y á los pocos recursos que el jefe de la familia agenciaba.

Pero llegaron las cosas á un extremo, en que casi faltaba para comer lo necesario, y en que ya no quedaba nada que vender.

Los sufrimientos de los pobres huerfanitos no podrían describirse.

María cavilaba sin cesar para ver la manera de sacarlos adelante, y unas veces haciendo encargos á las vecinas, otras prestándose á las haciendas más duras é impropias de su edad. conseguía que aquella familia no muriese de hambre.

Mas estos esfuerzos de su delicada naturaleza, concluyeron por alterar su salud, y llegó un día en que no podía trabajar, careciendo de fuerzas para todo.

Los niños miraban á la hermana mayor con sus caritas entristecidas, sin atreverse á pedirle pan. Sabían que no podía dárselo. El padre, que ya no tenía dinero para beber ni para jugar, los atormentaba con su presencia y con sus quejas y maldiciones, que aumentaban el terror y la angustia de los angelitos.

Un día, después de largas horas de meditación y

sombría tristeza, se levantó María de repente del rincón donde había estado acurrucada, y poniéndose por la cabeza el pañolillo negro, se despidió rápidamente de sus hermanos, que la miraban asombrados, y salió de la casa diciéndoles:

—Voy á buscar dinero.

Los niños la vieron alejarse con mezcla de inquietud y de esperanza.

¿A dónde iría? ¿Sería cierto que iba á traer dinero? ¿Que comerían siquiera un pedazo de pan?

El pescador, que había salido de su habitual modorra, también esperaba impaciente la vuelta de su hija. Empezaba á causarle espanto la miseria que le rodeaba y deseaba por instinto la vida.

La muchacha tardó poco en volver. Cuando se presentó en la puerta, vacilante, con la palidez de una muerta en la cara y próxima á desfallecer, todos corrieron á su encuentro.

Aún trató de sonreir la pobre niña, y dijo dejando caer unas monedas que llevaba en la mano:

—¡Ya tenemos dinero, hijos míos! ¡id á comprar pan!

Pero las criaturas, por un secreto instinto trataron de averiguar la procedencia de aquellas monedas y la causa de la congoja de María. Su padre también se adelantó á interrogarle.

De pronto un grito de asombro se escapó de sus labios.

El pañuelo que cubría la cabeza de María había caído al suelo, dejando al descubierto los cabellos en desorden de la niña, cortados casi á la raiz. La hermosa trenza de oro había sido bárbaramente mutilada y vendida por unas monedas.

Los niños tendrían pan á costa del sacrificio del último resto de su hermosura.

Hubo un momento de silencio. Algo grande y sobre natural pasó por la frente del pescador, al contemplar la doliente y sublime figura de su hija. Permaneció un instante confuso, como si padecieran horrible trastorno sus ideas y sus sentimientos, y, por último, cogió una mano de la niña y murmuró arrodillándose ante ella:

—¡Eres una santa! ¡Perdóname!

XIII

CUESTIÓN DE CONSUMOS

Se habían casado por amor y llenos de ilusiones; Rafael, creyendo que, ya marido de Aurora, moldearía á su antojo el carácter un tanto voluble y disipado de su mujer; y ella, convencida de que, casarse, equivalía á hacer un viaje por el extranjero, á tener joyas y trajes elegantes y un hombre siempre amante y rendido á los piés. Rafael era un muchacho ejemplar: inteligente, trabajador, pundonoroso. Adoraba á su mujer, y de tal manera quería complacerla en todos sus caprichos, que el proyecto aquél de educarla á su gusto no tenía visos de realisarse, á pesar de llevar algunos años de casado.

Vivía con los jóvenes, la madre de Aurora, que era una señora adorable. Había sido hermosa como su hija, y aún conservaba rasgo de una distinción y belleza poco comunes. Su trato era afable, indulgente, conciliador. Discul-

paba las faltas de todos, pensaba bien de todo el mundo y se sacrificaba por la felicidad de cuantos la rodeaban.

No pasaron inadvertidas á su clara penetración las nubes que, desde hacía algún tiempo, oscurecían el cielo conyugal. A veces había sorprendido alguna frase cruzada entre sus hijos, que le hicieron conocer, aunque ya se lo sospechaba, la causa de aquellos disgustos. Suspiraba y callaba; tenía su parte de culpa en los sinsabores del hogar, porque, en su desmedido amor por aquella hija única, olvidó educar su espíritu y hacerla una mujer seria y sencilla, en lugar de una chiquilla loca y casquivana.

—Tiene razón mi yerno—se decía pesarosa;—esa criatura acabará por arruinarlo.

Tal cariz iban tomando las cosas, que doña Angeles se decidió á poner en ejecución un plan formado en sus ratos de cavilaciones, á fin de que aquellas nubes se disiparan por completo.

Cierto día llamó á Rafael aparte y le dijo sencillamente lo que sigue:

—Sé que tú y Aurora tenéis disgustos, y conozco también la causa; por consiguiente, no te culpo á tí sino á ella, que no te merece. Sin embargo, mi hija no tiene mal fondo, y esas discordias podrían tener remedio...

Rafael, que respetaba y quería á doña Angeles, trató de ocultar la verdad de los hechos; pero ésta, con dulce sonrisa y cogiéndole cariñosamente una mano, le interrumpió:

—No la disculpes ni me niegues que ella es despilfarrada y caprichosa, sin pensar que todo lo que

gasta y lo que tira, lo ganas tú á fuerza de trabajos y desvelos. Has sido débil con ella sucubiendo á sus antojos, como yo lo fuí antes, y harto me pesa; pero todavía es tiempo de poner remedio y, si tú lo consientes, lo pondré.

—¿De qué manera?—preguntó Rafael con cierta incredulidad.

—Administrándote los fondos por espacio de un mes.

—¿Y usted cree?,..

—Creo que dará buen resultado.

Con efecto, doña Angeles propuso á su hija que le entregara el dinero que su marido le daba, y que ella se lo iría proporcionando á medida que se lo pidiese.

—¿No me negarás nada?—le dijo Aurora con el tono de niño mimado.

—Nada, te lo prometo.

—Si es solo por un mes, sea... ¡pero no me eches sermones, porque te parezca que gasto mucho!

.˙.

El primer pedido extraordinario, que Aurora hizo á su nueva administradora, consistió en veinte duros para un sombrero.

Doña Angeles se los entregó sin la menor resistencia envueltos en un papel.

Al abrirlo, vió la jóven con asombro que el papeli estaba escrito. Decía así:

«Dinero ganado por Rafael, á costa de muchas noches de fiebre en que escribía hasta el amanecer.»

Aurora se quedó pensativa. Despues, cediendo á su carácter ligero, murmuró encogiéndose de hombros y rompiendo el manuscrito:

—¡Bah! Apostaria á que estas son cosas de mamá. ¡Claro que el dinero se gana trabajando y no yéndose de paseo!...

Aquella tarde compró el sombrero y no volvió á acordarse de tal escrito.

Pocos días después, se repitió la escena de la petición de fondos y del papel con la advertencia. Se trataba de una cantidad más crecida para la adquisición de unos pendientes ¡Ah! eran unos pendientes encantadores.

Entonces el papelito contenía estas líneas:

«Este dinero costó á Rafael varios días de enfermedad, por haber salido á la calle, estando malo, para últimar un negocio que le valió precisamente esa suma.»

Aquel segundo aviso impresionó algo más á la jóven y casi estuvo á punto de renunciar á los zarcillos, devolviendo el dinero á su marido.

Pero... aquellas piedrecillas para las orejas las tenía delante de los ojos, deslumbrándola con sus mil facetas que despedían chispas de fuego. ¡Estaría tan bonita con ellos! ¡Rabiarían tanto sus amigas!... ¡Qué lucha sostuvo aquella cabecita, que no obedecía nunca más que á su capricho!

El resultado de aquella terrible batalla fué que el papelillo corrió la suerte de su compañero, quemado en la chimenea, y que los pendientes se compraron.

La niña antojadiza tranquilizó su conciencia, diciéndose muy enojada:

—También ese pobre Rafael se empeña en matarse. ¡Qué locuras hace trabajando de ese modo!

.·.

El tercer pedido, creyó Aurora que hallaría algunas dificultades en doña Angeles; pero ésta lo entregó, como siempre, sin la menor señal de disgusto.

Ella sentía como asomos de remordimiento de ser tan pedigüeña. Pero, ¡aquel era un mes terrible! ¿Cómo se presentaba en el baile de la embajada con el mismo collar que ya le habían visto mil veces? Era preciso... no otro, no; pero sí renovarlo, modificarlo un poco... mas ella economizaría al mes siguiente.

¿Qué diría el papelito en esta ocasión? ¡Casi estaba por no leerlo! ¡Le ponían de mal humor aquellos escritos, tan lacónicos como sentenciosos! Sin embargo, era curiosa y leyó:

«Dinero adquirido, no á costa de la salud, sino de algo más todavía: de la honra. Rafael firmó un pagaré que no ha satisfecho, y que le ha costado un lance personal...»

Al llegar aquí no pudo seguir leyendo: cayó desvanecida en una silla y, ocultando el rostro entre las manos, lloró. Después, aquella pecadora de diez y ocho años, arrancó los brazaletes de sus muñecas, las sortijas de sus dedos, corrió á su cofrecillo de joyas, y cogiéndolas todas, se dirigió precipitadamente al cuarto de su marido.

Allí se encontraba también doña Angeles, que al ver el estado en que se encontraba su hija, lo comprendió todo. Rafael se levantó para abrazarla.

—No me acaricies, no—dijo Aurora sollozando;—no lo merezco; he hecho tu desgracia, te he precipitado á cometer una locura. Soy una infame... ¡Perdóname!...

Y como viera el asombro pintado en el rostro de su Rafael, continuó depositando en manos de su marido todas las alhajas.

—Tómalas, véndelas no quiero nada para mí; toma también mis vestidos, cuanto quieras, y paga esa deuda que yo, con mis exigencias, te he obligado á contraer...

Rafael, ignorante de todo, le suplicó que se tranquilizase, y le explicara qué significaba aquello.

Doña Angeles entonces, con su dulzura habitual, explicó lo de los papelitos y el sistema que había empleado para curar á su hija de la manía de derrochar.

—En cuanto al pagaré y el lance personal—concluyó abrazando á su hija,—ha sido todo invención mía, á fin de apurar el último recurso. Afortunadamente, tu marido no debe nada á nadie; pero llegarías á arruinarlo si hubieras seguido como hasta aquí.

Aurora no sabía si reir ó llorar, y ambas cosas hacía á la vez, abrazando alternativamente á su marido y á su madre, y sin desprenderse de los brazos de ésta exclamó:

—¡Qué susto me has dado! desde mañana vida nueva.

Y volviéndose á Rafael, añadió:

—Por supesto, te advierto que no transijas en pa-

gar en la platería lo que me pidieron por añadir el zafiro. ¡Para eso, más vale comprar la joya de la cabeza!

Doña Angeles y Rafael soltaron la carcajada. Y Aurora, algo corrida, se ruborizó y bajó los ojos al suelo.

Rafael le levantó la cabeza, poniéndole la mano bajo la barba, y Aurora, al mirar á su marido sonreir, se echó á llorar.

XIV

PAISAJE CON FIGURAS

Todas las tardes, cuando el sol se ponía, los veía alejarse corriendo y persiguiéndose por el atajo que conducía á la vega. En el horizonte, de un blanco plateado, se destacaban por oscuro sus dos graciosas siluetas. Delgada y esbelta la de él, pequeña y atractiva la de ella. Iban ambos descalzos, con las curtidas piernas al aire, las cabezas descubiertas, dejando al viento sus rizos oscuros el muchacho, y la mal arreglada trenza de pelo rojo, que, al correr, le bailaba en la espalda, la muchacha.

Traje, el preciso para no andar desnudos; una saya corta y un corpiño sin mangas, ella; y él, camisa, pantalón y tirantes.

¡Que hermosos en aquel atavío primitivo! A veces los seguía de lejos, porque siempre interesa la alegría y la inocencia. Corrían por aquellos campos de Dios, saltando acéquias y rodando en ocasiones sobre la yerba; gritaban y reían como locos, por más que también tuviesen, por un *quítame allá esas*

pajas, sus riñas y altercados, manifestados en pellizcos y bofetones. Después, un incidente cualquiera, el hallazgo de una moneda en la plaza del lugar, por ejemplo, la vista de un saltamontes ó una cigarra, volvía á restablecer la paz entre los niños, olvidando lo pasado.

Como siempre, se encaminaban al mismo sitio; tuve curiosidad por saber á dónde irían con tanta constancia, y los seguí una tarde. A lo lejos oía sus gritos y carcajadas y veía la saya roja de la niña, como inmensa amapola en medio de los campos. Cruzábamos un terreno hermoso, en que las cepas, cargadas de frutos, estiraban sus brazos de sarmiento por la tierra; los verdes pámpanos cubrían los racimos de uvas negras que destilaban miel, mientras las blancas mostraban sus granos transparentes como cera, finos como raso, cubiertos del aterciopelado polvillo. Allá lejos se decubrían las eras con las rubias mieses ya segadas, y por los lejanos caminos percibíase el estridente chirrido de las carretas que se dirigían á los vecinos caseríos. Todo era calma aquella tarde: en el horizonte, el cielo plateado, donde se recortaban los árboles y los montes; á mis pies, la inmensa llanura, atravesada por mil arroyos que regalaban el oído con los frescos murmullos; y delante de mí, á cierta distancia, las dos criaturas correteando y saltando, como pájaros que salen por la primera vez del nido...

Ya cerca de noche, llegamos al final de nuestra jornada. Los niños se sentaron al filo de un barranco, con las piernas colgando fuera, y teniendo bajo sus plantas el extenso valle que empezaba á cubrirse de sombras. En las apartadas casas empezaban á brillar algunas luces, y en el cielo alguna estrella temblorosa.

Me oculté próximo á la pareja y escuché que hablaban y señalaban con el dedo algo invisible.

—Esta noche me toca á mí contar por arriba —dijo el niño, dirigiéndose á su compañera,—cuenta tú por abajo.

La muchacha empezó á contar, mirando al valle mientras indicaba con la punta de su índice las luces que brillaban en los hogares.

—Sabes—dijo de pronto, interrumpiendo á Pablo, que contaba á su vez las estrellas,—¿sabes que hay luz esta noche en casa del Indiano?

—¡Quita allá, boba! Si el Indiano se marchó cuanto há, muy lejos, muy lejos y Dios sabe si se lo habrán comido las fieras!...

—¡Las fieras, sí, estás fresco!—dijo la niña haciendo una graciosa mueca.—¡Un hombre como una torre... y más hermoso que el sol!

—¿Qué sabes tú de eso, tonta?—replicó el muchacho algo mohino.—¡Cuenta tus luces y déjame que cuente yo las mías!

Hubo un rato de pausa.

Después la niña habló de nuevo.

—¿Si tú hubieras oido—dijo con misterio las cosas que contaba el otro día del Indiano la tía Ambrosia?

—¡Pamplinas!...

—¡Cosas de brujerías, hijo; lo que oyes! Dicen que traen unos aderezos de piedras finas, que quitan la vista... pues ¿y trajes? ¡de lo mejor! ¿y onzas de oro?... de esas, creo que trae montones así de grandes—y para ponderar el tamaño de las pilas de monedas, la muchacha alzaba los brazos, levantándolos cuanto podía.

—¿Sabes que ya me estás cargando con el Indiano?—dijo el chico de mal humor.

—¡Cuatro veces me has equivocado en mi cuenta, con tus habladurías!

—Pues todo eso—continuó su compañera sin hacerle caso—será para su novia; digo, para su mujer, cuando se case... porque la tía Ambrosia contó á mi madrina, que venía al lugar para casarse con la chica más bonita que encontrara y...

Pablo se levantó bruscamente.

—Me voy—exclamó con sequedad;—estás esta noche fastidiosa de veras.

—¡Eso—repuso Virginia con tono zalamero,—y no me llevarás en brazos como anoche, cuando me quedé dormida... Pues yo no puedo andar... me pesa cada pie una arroba... tengo sueño.

Pablo se sentó de nuevo al lado de su amiga.

—Si me duermo, ¿me llevarás?—le preguntó la niña dejando caer con abandono la cabeza en el hombro del muchacho.

—Que te lleve el Indiano—contestó bruscamente.

—¡El Indiano me llevaría en coche!—exclamó la niña medio dormida y riendo alegremente.

Pablo levantó la varonil cabeza y miró con encono la lucecilla que brillaba en la casa de aquel hombre enriquecido en América. Su hermoso cuerpo se

extremeció con una nerviosa sacudida y se irguió con fiereza. Diríase que en aquel momento el niño era ya hombre, con tal bravura, y después de un rato de meditación, cogió una piedra que había al alcance de su mano y la arrojó con infantil encono hacia la lucecilla que brillaba lejos...

Después miró á su compañera, que dormía tranquilamente á su lado, con el abandono de la inocencia. Los ángeles deben dormir de aquel modo.

Contempló un instante la rubia cabeza apoyada en su hombro, y, trócándose todo su furor pasado en dulce melancolía, lloró sobre los cabellos de oro de la niña, y oprimió los labios sobre su frente.

Era su primera lágrima y su primer beso de amor.

XV

MAGDALENA

No se sabía de dónde había venido: unos decían que del Perchel, otros que de la Macarena ó de Triana; pero lo cierto es que jamás se vieron reunidos y armonizados con más arte, en un solo rostro, tanta sal y tanta dulzura, tanta fiereza á veces, y á veces aquellos chispazos de pasión...

Tenía unos ojazos negros, á que daban las oscuras ojeras algo de patético... si miraba cariñosa, cautivaba; si airada, se experimentaba una sensación extraña, mezcla de dolor y miedo. Todo en ella respiraba seducción y misterio: su andar lánguido, su voz quejumbrosa y de hermoso timbre, su cuerpo airoso, su mata de pelo sedoso y negro que, con gracia, sujetaba detrás de su cabeza.

Su pasado era un enigma; sin embargo, nadie le había preguntado quién era ni de dónde venía.

Traía la ejecutoria de su hermosura un no sé qué de arrogante y altivo que solía imponerse casi siempre.

Por apego á la costumbre ó por secreto refinamiento de coquetería, Magdalena salía algunas veces, envuelto el elegante talle en rico pañolón de Manila, que dibujaba de modo admirable su hermoso cuerpo. Ataviada como las hijas del pueblo, tenía sin embargo, aire de reina, y era la admiración de todos, cuando á la caida de la tarde se dirigía sola camino de las Ventas.

El tío *Espanta-pájaros* la miraba alejarse, mientras guiñaba el ojo maliciosamente. Al salir, solía entregarle la llave de la casa, mientras le decía distraída:

—Si tardo, cene V., padrino.

Oficialmente, el tío *Espanta-pájaros* tenía este parentesco con Magdalena, que, á decir verdad, hacía poco caso del tal personaje. En cuanto á él, dejaba en completa libertad á la joven y rara vez se permitía alguna ligera observación sobre su conducta, por demás extraña.

Una tarde, salió Magdalena más temprano que de costumbre. Era verano. De la tierra, recién mojada, se levantaba un vapor sofocante, y el polvo, apenas aplacado por las exíguas mangas de los carros, formaba una neblina que el sol doraba y que empeñaba la atmósfera.

Algunos coches empezaban á dirigirse al Retiro, cuando Magdalena emprendió el camino de las Ventas. Iba radiante de alegría y de hermosura. Los hombres que jugaban al dómino á la puerta de los ventorrillos, se volvían con admiración á su paso y más de un requiebro, atrevido ó soez, salía de sus labios, confundido con el olor de vino y de fritanga que se escapaba de las casas donde «se guisa de comer.»

Magdalena paseaba triunfante sus alegres miradas por aquellos lugares, no del todo extraños á su pasado. Tal vez ella había salido de una esfera más humilde que aquella; pero al presente le sonrió la fortuna y se encontraba muy superior á toda la gente que la veía pasar con admiración y simpatía.

¿A dónde iba? ¿A qué misteriosa cita acudía con aquel paso ligero y presuroso que imprimía tal gracia y tal encanto á su persona?... Dejóse atrás aquellas casas de donde salía el vaho insoportable de comidas y alcohol, quedó á un lado el Retiro y la Plaza de Toros, y allá lejos, donde apenas si existía alguna que otra casa en construcción, y donde la soledad era completa, penetró resueltamente en un merendero de esos que en días festivos se ven cuajados de gente, pero que á la sazón estaba desierto.

Un hombre la esperaba allí: parecía tener especial cuidado en ocultarse de la gente que pasara por el camino, y después de saludar á la joven, se colocó en el sitio más reservado del cenador.

—Tenía ánsias de verte—dijo la muchacha fijando en aquel hombre sus ojos enamorados,—¿qué tenias que decirme? ¿qué ocurre?...

El hombre, que era joven y de hermosa presencia, miró á su compañera con agradecimiento, y bajando la voz contestó, cogiéndole una mano:

—Magdalena, ¿me quieres mucho?...

—Con alma y vida, ya lo sabes—respondió Magdalena con prontitud.

Pues necesito de todo ese cariño que me tienes, para hacerte una confesión que me pesa en el alma, como si fuera plomo, y que siempre me ha faltado valor para hacértela.. Ya sabes que jamás te he hablado

de mi pasado, ni apenas si te he dicho quién soy: te ví y me enamoré de tí como un loco, y desde entonces te he seguido á todas partes y he minado la tierra para verte. Desde Sevilla te seguí á Málaga, desde Málaga á Córdoba y de Cordoba á Madrid... Todo lo he abandonado por tí, todo lo he olvidado; me he vuelto lo que se llama un mal hombre...

Al llegar aquí, la muchacha lo interrumpió con una sonora carcajada que mostró de repente la hermosa dentadura y los hoyuelos hechiceros de la cara.

—¡Con que mal hombre porque me quieres!—exclamó dándole un abanicazo en la mejilla.—¡Miren qué graciosito viene el niño esta tarde!

El amante de Magdalena movió la cabeza tristemente y repuso con seriedad:

—Me he portado mal, porque yo no debía engañarte á tí, ni mucho menos á otra persona á quien debía consideración y respeto, ya que no cariño... Magdalena... soy casado.

Lejos de sorprenderse ó irritarse la joven, alzó los hombros con cierto aire de indiferencia y dijo, envolviendo á su compañero en una de aquellas extrañas miradas que lo enloquecían casi siempre:

—Nunca pensé en que tú te casarías conmigo. ¿Quién te ha dicho que yo quería unir mi suerte á la tuya?

Y como viera que sus palabras causaban admiración en aquel hombre, continuó jugando distraidamente con los flecos de su pañuelo.

—Libre me encontraste y libre quiero ser toda mi vida. Para nada quiero tú nombre ¿te enteras? me basta tu amor y ese no puede quitármelo nadie: ¡ese sí que no consentiría que me lo robase tu mujer!

Y animándose por grados, al llegar aquí se colorearon las mejillas de la muchacha, y un relámpago siniestro cruzó por sus hermosos ojos.

—Nadie habla aquí de nuestro amor, Magdalena,—interrumpió el hombre vivamente.—Tu amor me ha llevado hasta las mayores locuras, bien lo sabes, y llegaré hasta el crimen si te empeñas.

—¡Vamos, á tí se te ha ido el juicio, Juan! ¿Me has llamado para meterme el corazón en un puño? No es cosa nueva que estés casado y que no quieras, á tu mujer... ¡Tarde empiezan tus escrúpulos!

Juan, por toda respuesta, sacó un papel del bolsillo y lo entregó á la joven.

—Esa carta te impondrá de si hay ó no motivo para estar como estoy. Lee, y tú dirás.

Cogió Magdalena con avidez la carta y empezó á leer en voz baja. A medida que avanzaba en la lectura, notábanse en su hermoso rostro señales marcadísimas de sorpresa, que después se cambiaron en tristeza y ansiedad. Una palidez mortal cubrió sus finas facciones al llegar al fin de la carta y, por último, dos lágrimas corrieron por sus frescas mejillas.

Devolvió sin decir nada el papel á su amante y permaneció largo rato pensativa.

—¿Es eso todo lo que tienes que decirme?—murmuró después de una pausa.

—Ya lo sabes todo, Magdalena—dijo Juan como descargado de un peso enorme,—mi suerte y la de esas criaturas están en tus manos. Lo que tú me digas, eso haré. Antes de verte me creía decidido á todo; Pero ahora... haré lo que tú quieras.

Magdalena por toda respuesta, se levantó lentamente y dijo mientras se disponía á marcharse:

—Hoy no puedo decirte nada. ¿Qué quieres que te diga? Estoy aturdida con las cosas que me has revelado esta tarde. No tengo más idea que una, y es que te he de querer sobre todas las cosas, que no te he de dejar por nada ni por nadie; pero... esa carta... Al llegar aquí se despidió bruscamente de su compañero, y dijo al alejarse:

—Mañana hablaremos de eso... no dejes de venir,—y se marchó apresuradamente sin volver la vista atrás.

***

Al día siguiente, á la misma hora que el anterior, entró Juan en el merendero donde hablara el día antes con Magdalena. No había nadie: una sombría tristeza se pintaba en su rostro, y se sentó en actitud meditabunda.

A poco rato se presentó el dueño del merendero, y le presentó una carta, mientras se recogía el pico del delantal debajo del brazo.

—Esto han traido para usted,—dijo alargándole el papel.

Cogiólo Juan con avidez y leyó. La carta, escrita con letra temblona y desigual, decía así:

«No me volverás á ver. Me has pedido consejo y yo te devuelvo á tu familia y á tus hijos... Trabaja para ellos: no los dejes morir en la miseria. La carta de ayer ha despertado en mi corazón un sentimiento que yo creía muerto hace mucho tiempo... ¡Yo también he sido madre, Juan! Hora es de

que te haga yo mi confesión. Me engañó un hombre que me abandonó después, dejándonos á mi hijo y á mí en la miseria. No quiero que tus hijos corran la misma suerte que el mío; este temor ha podido en mí más que el inmenso cariño que te tengo. Vuelve á tu casa, trabaja y ampara á esas criaturas inocentes, á las cuales debemos tu regeneración y la mía. Creo que Dios tomará en cuenta mi sacrificio y me premiará. Perdóname y olvida á la que fué tu

Magdalena.»

XVI

LA ÚLTIMA MUÑECA

Era una figura encantadora. El pelo negro, lacio (tal vez de seda), le caía en trenzas entretejidas con perlas diminutas. La blancura mate de la tez contrastaba no ablemente con la negrura azula la de la cabellera, y los hermosos ojos, entornados é inmóviles, daban al rostro una expresión interesante y melancólica.

En cuanto al traje, parecía vestida por las hadas. ¡Qué primor en aquellos bordados sobre la púrpura del vestido, qué sutileza en el tejido de la banda que le ceñía la breve cintura, qué minuciosidad y qué elegancia en todos los detalles! Calzaban sus piececitos unas á manera de chinelas morunas que dejaban descubierta la pierna hasta el sitio donde le llegaba el corto tonelete. Era su traje como de bailarina y odalisca, mezcla de oriental y de caprichos de la moda, pero todo lindo y reluciente como acabado de salir de la tienda. ¡Y sin embargo, tenía la muñeca muchos años! Desde aquel aciago día en que su

dueña cerró los ojos para siempre. fué colocada la bailarina bajo un fanal, en la misma actitud en que había quedado al espirar la niña. A la par se rompieron los dos organismos: cuando el corazón de su pequeña ama dejó de latir, estalló aquella complicada maquinaria que al mismo tiempo que hacía girar y danzar á la muñeca. arrancaban armonías de la cítara que tenía en la mano. acompañadas de píos de pájaros y sonidos de campanillas de plata. La última mirada de la enfermita fué para aquella odalisca tan deseada. y disfrutada tan poco tiempo. Aún quiso antes de morir. tocar con su dedito afilado el collar y los pendientes de diamantes que adornaban su cuello y sus orejas. Eran joyas de valor que la madre, con el afán de complacer á la niña, había hecho fabricar á propósito... Todo fué inútil. Murieron la niña y la muñeca: de la una y de la otra sólo quedó la materia. El alma de la primera voló al cielo; lo que era alma de la segunda, esto es, el sonido y el movimiento, se perdió también para siempre.

∴

Aquella familia, feliz hasta entonces. empezó á sufrir desde aquella época toda clase de tribulaciones y desgracias. Después de la muerte de la única hija, vinieron las pérdidas de intereses. los malos negocios y la falta de salud y tranquilidad. A medida que los recursos iban faltando se echaba mano, primero de las alhajas. después de las ropas y de los muebles. El padre de la niña muerta había enfermado á

causa de trabajos y privaciones; y la madre tenía que batallar, no sólo con los recuerdos de aquel pedazo de su alma que dormía allá en el cementerio bajo unas flores, sino también con la escasez y el pesar de ver á su marido enfermo y necesitado.

Más de una vez habían llegado las cosas al extremo de tener que pedir prestado para comer; pero ni al uno ni á la otra le había pasado por la imaginación la idea de echar mano de la muñeca para adquirir un pedazo de pan.

Aquella muñeca era sagrada para ellos. Era el único recuerdo que guardaban de la niña muerta, y habrian dado primero un dedo de sus manos, que arrancar un diamante del aderezo que la adornaba.

¡Cuántas veces la infelíz mujer, lloraba contemplando aquella odalisca indiferente, que le mandaba una fría sonrisa desde su casita de cristal!

Representaba la muñeca para aquella infeliz mujer, el recuerdo de todas sus dichas pasadas. Su hija, su posición desahogada y casi opulenta; la salud de su marido, la felicidad de todos. ¡Oh, ingrata y querida muñeca, cuántas lágrimas habías costado en tu voluptuoso abandono!

***

Un día llamaron á la puerta del infeliz matrimonio á una hora intempestiva. Hacía mucho tiempo que á aquella casa no iba nadie.

Un hombre de vulgar y desagradable apariencia entró en la sala con una niña de la mano.

Al verlo, los esposos se quedaron pálidos y consternados. Aquel hombre era un usurero sin entrañas, al cual debían respetable suma.

La escena que siguió á su entrada fué en extremo desagradable. El acreedor les reconvenía por su demora en pagarle con las frases más duras y descorteses que imaginarse puede. Ellos se disculpaban como podían; reprimiendo cuanto les era posible la indignación que les producía verse tratados de aquel modo, mientras la niña con curiosidad infantil contemplaba la muñeca.

—¡Papá, papá!—exclamó corriendo hacia el hombre que la acompañaba, y cogiéndole una mano—¡Mira que muñeca tan bonita! ¡Quién tuviera una igual!

El hombre con una sonrisa cruel, le dijo como la cosa más natural del mundo.

—Si la quieres, será para tí.

La madre al oirlo no pudo reprimir un grito de angustia.

—¡Ah!—exclamó, corriendo al fanal que guardaba su tesoro como para defenderlo.—Eso sí que no será.

—Muy pronto ha dicho V. *no*, señora. Usted hará lo que yo disponga y me dará la muñeca. Si no por las buenas, por las malas...

—¡Ni por las buenas ni por las malas!—dijo la mujer con energía.

—Pues, ¡á pagar lo que se me debe—replicó el prestamista con grosera acritud!—Elija Vd.: el dinero, los tribunales, ó la muñeca. Es un capricho de mi hija, y quiero que lo satisfaga!

—¡Es un recuerdo de la mia!—sollozó la pobre

madre anonadada—¡es una memoria de mi pobre niña muerta! ¡No me lo arrebate Vd., por piedad!

—¡Eh! ¡eh! pamplinas, tonterías, embelecos para engatusarme.—¡Pero yo soy perro viejo para creer en lagrimitas de mujeres! ¡Nada, nada! lo dicho. El dinero ó la muñeca.

Los dos esposos se miraron con angustia. No tenían ni un céntimo con qué aplacar á aquel hombre feroz. Además, conociéndolo, comprendían que no tendría caridad.

¿Quién podría pintar la aflicción de aquellos dos desdichados séres, cuando vieron sacar la muñeca de debajo del fanal? Sólo podía compararse su pena á la que sintieron aquel día en que vieron salir por la puerta la cajita blanca con cintas azules. El padre cerraba los puños con furor, mientras la madre se había dejado caer en una silla llorando amargamente.

Hubo un momento de silencio. La niña con la carita entristecida, cogió la bailarina que al cambiar de posición había lanzado una especie de gemido, escapado de la caja de música. Miraba alternativamente á su padre, á la muñeca y al matrimonio, y estuvo un rato pensativa.

Después llevó á su padre quedito junto á un balcón, y le dijo, con una seriedad impropia de su edad:

—¿Es ya mia la muñeca, papá?

—¡Tuya, quién lo duda!

—¿Puedo hacer lo que quiera de ella, verdad?

—¿Pues no te digo que es para tí? ¡Lo que quieras!

La niña no esperó más. Corrió á donde estaba la mujer llorando, y tras de un momento de vacilación

y cortedad, dijo muy colorada, mientras depositaba el juguete en la falda de la señora.

—No se aflija Vd., por Dios,.... Tome Vd. la muñeca.

La mujer la besó con trasporte y dijo acariciando sus cabellos.

—¡Dios te lo premie!

XVII

LA VISITA AL LEPROSO

En toda la comarca era conocida la terrible enfermedad que aquejaba al Padre Ceferino.

Afortunadamente para el pobre enfermo, no estamos ya en los tiempos magistralmente descritos por De Maistre; pero, no obstante, la noticia de mi proyectada visita al leproso, produjo honda impresión en cuantos tuvieron noticia de mis propósitos.

A la verdad, no era agradable ni lisonjera la empresa; mas me decidieron á ella antiguos motivos de agradecimiento hacia el anciano sacerdote y un deseo invencible de procurarle, con mi visita, algo de alivio y de consuelo á sus dolores.

El Padre Ceferino había sido en sus mocedades un valiente militar, que se batió simpre por su patria; algunos años después, se ignora por qué causa, abandonó la milicia y se dedico con gran fervor á la Iglesia.

El soldado de la patria se cambió en soldado de Cristo, y bajo la nueva bandera de la Iglesia militante, se destinguió de igual modo que se había distinguido anteriormente.

La enfermedad que le aquejó después, le obligó á renunciar á sus empresas místicas primero, y luego al trato con sus semejantes.

No es esto decir que el padre Ceferino estuviese condenado al aislamiento cruel y absoluto en que vivian antiguamente los enfermos de esta clase; pero el pueblo mostraba una gran repugnancia hacia el infeliz leproso, cuyo aspecto causaba tanto horror como lástima. El por su parte, procuraba aislarse de todo el mundo, pues, hombre de talento y conocedor de las flaquezas humanas, prefería privarse del comercio social, viendo que las gentes huian de él y evitaban su presencia.

.·.

Con estos antecedentes, emprendí una mañana el camino de su casa.

Habitaba el infeliz sacerdote en una calle empinada y estrecha, compuesta de casas sucias y miserables, á cuyas puertas asomaban chiquillos harapientos ó desnudos, y mujeres que cosían redes de pescar, sentadas en los escalones que daban acceso á las viviendas.

Las gallinas y los cerdos merodeaban en las inmundicias de la calle, llena de hoyos y ce-

nagosos charcos, y haciendo contraste con tanta miseria, de trecho en trecho, se veían sobre el mal blanqueado muro de algún huerto, pomposas ramas de árboles cargados de fruta, ó bien los brazos de una parra que extendía los sarmientos llenos de pámpanos á lo largo de la tapia.

Pregunté á un muchacho que me salió al paso, cuál era la casa que buscaba, y el rapaz, con cara de asombro, me preguntó si, en efecto, pensaba visitar al leproso.

—¿Quieres acompañarme hasta la puerta?—le pregunté, poniendo unas monedas en su mano.

Me contestó afirmativamente, tras un momento de vacilación. Las monedas le decidieron, sin duda, y echó andar delante de mí, no sin haberme dicho, con una entonación llena de miedo y de zozobra:

—Iré... pero, *hasta la puerta*, nada más.

∴

Con efecto, cuando llegamos á la casa, que tenía mejor apariencia que las vecinas, el chicuelo me la mostró con el índice, y mientras yo tiraba del cordón de la campanilla, que pendía al lado de la puerta, echó á correr y desapareció.

El mismo Padre Ceferino fué el que salió á mi encuentro.

La exclamación de alegría y de asombro que se escapó de aquellos labios, ya carcomidos y pustulosos,

me conmovió profundamente compensándome de la molestia de mi visita.

—¡Bendito sea el Señor! – dijo, levantando aquellos ojos, algo extraviados ya y medio ciegos. ¡Qué agradable sorpresa! ¡Verle á usted antes de morir!

—¡Morir! ¡quién piensa en eso!—repuse yo.

Nos sentamos en una salita modestísima, pero limpia.

El buen sacerdote vestía su traje talar, y llevaba las manos metidas en unos sacos de seda, negros, que ocultaban la terrible enfermedad, más acentúada, sin duda, en las extremidades.

En la cara tenía también señales marcadísimas de la horrible dolencia, que le daban aspecto más aterrador que repugnante.

Tras de las primeras exclamaciones de alegría, le sobrevino una congoja y aplanamiento grandísimos. Procuré animarle con frases de consuelo, y él hacía signos de asentimiento con la cabeza calva y granujienta, abriendo y cerrando mucho los ojos, de los cuales se escapaban algunas lágrimas.

—No me asusta la muerte—me dijo después de un corto silencio;—por el contrario, la deseo como fin de mis penalidades. Lo que me angustia es el aislamiento en que vivo. Verdad que yo me oculto de la gente; pero lo cierto es... ¡que ella no me busca tampoco! ¡Ni por caridad pasan por delante de mi ventana, para hacerme, al menos un amistoso saludo! Ni mis compañeros, ni mis amigos antiguos, ni aun mis parientes, han llegado una sola vez á mi puerta... Por eso, al

verlo entrar á usted, he creído que un ángel lo enviaba, por que conozco que he de morirme pronto, y le pedía á Dios que no me llevara sin haber tenido el consuelo de ver antes una cara amiga.

Prolongué mi visita lo que pude, pues al poco tiempo de estar junto al enfermo, la repugnancia se trocó en secreto bienestar, debido, sin duda, á la íntima satisfacción de cumplir un deber sagrado.

Cuando me despedí del sacerdote, extendió sus pobres manos entrapajadas, como si quisiera bendecirme ó estrecharme entre sus brazos.

No sé si sus labios murmuraban una oración ó una frase de cariñosa despedida; pero noté huellas de lloro en sus fofas megillas y algo húmedo también en mi rostro que empañaba mis ojos...

.·.

Al salir me encontré con el Nuncio de Su Santidad, á quien acompañaba un prelado. Iban á visitar al leproso.

Experimenté secreta satisfacción pensado la que tendría mi pobre amigo al recibirlos, y al propio tiempo al reconocer que, en ocasiones, los grandes cumplen con los deberes de humanidad, con lo que dan ejemplo á los pequeños y motivo á los adversarios para templar el encono de la animadversión.

No siempre, por desgacia, se disfruta de semejantes espectáculos.

.·.

Algún tiempo después pregunté por el Padre Ceferino, y me dijeron que había muerto.

La tierra, menos escrupulosa que los hombres, le ofreció caiñosa su materno regazo.

XVIII

LA INSTITUTRIZ

Debía llegar aquella misma noche. Los niños la esperaban con impaciencia no exenta de temor. Decían que era una inglesa implacable, severa, aunque justa, con sus discípulos; fiel cumplidora de todos sus deberes, y aficionada por lo tanto, á que cuantos la rodeaban los cumpliesen con la misma religiosidad.

Cierto qne estas condiciones no eran reprensibles ni mucho menos; pero ¡cuánto iban á recordar á la buena y graciosa Mlle. Josefine, aquella francesa tan guapa y tan indulgente, que no les enseñaba nada, cierto, pero que les dejaba en una libertad tan absoluta!..

Ya no más paseos por el campo, acompañados de aquel joven amable y decidor que les compraba dulces y chucherías, consintiéndoles correr y jugar, mientras él, con sus conversaciones, distraía á la francesa, que no se ocupaba de ellos maldita la cosa.

Ya no más sesiones de música por las noches, mientras los papás estaban en el teatro. Aquellas veladas tan agradables, en que los libros de estudio yacían olvidados en un rincón, y en que las horas se deslizaban entre la encantadora tarea de mirar estampas en los periódicos ilustrados, y escuchar algún trozo de novela de labios de Mlle. Josefine, en donde se hablaba de cosas enteramente nuevas para ellos, pero que hacían morir de risa ¡Es tan gracioso Paul de Kock!

Todo aquello concluyó, y ahora empezaría otra vida para los niños. ¿Cómo sería la nueva institutriz que iba á encargarse de la educación de ellos, mostrándoles horizontes desconocidos á aquellas imaginaciones infantiles?

La incertidumbre no fué larga.

A la hora indicada por el telegrama, ni minuto más ni minuto menos, paró un carruaje á la puerta del hotel, presentándose la institutriz en el salón donde se encontraba la señora con los niños. La primera impresión que todos recibieron, no fué muy consoladora. La figura de la inglesa era en extremo desagradable.

Alta, angulosa, desgarbada, sin gracia alguna en el cuerpo ni en la fisonomía, tenía el cabello rubio ceniciento, la boca extraordinariamente grande, y los grises ojos, pequeños y hundidos. Solamente al sonreir se animaban un tanto sus pupilas, mostrando en ellas infinita dulzura.

Pero esta misma risa, única señal de expresión en aquel rostro paralizado, parecía una contracción de músculos, una mueca de sufrimientos, más que una manifestación de placer.

Vestía con sencillez, y se notaba en sus rígidos movimientos de autómata, cierta elegancia que denunciaba á la mujer inteligente y distinguida.

El recibimiento que tuvo fué glacial. Los niños contestaron con temor á su saludo, y la señora, mal impresionada con el aspecto del aya, intentó, sin conseguirlo, hacerle una acogida agradable.

Misstres Emma, después de algunos minutos de conversación indiferente, pidió permiso para retirarse á su cuarto, y besando por segunda vez á los niños desapareció como una sombra.

∴

A la mañana siguiente la encontraron los niños sentada en la sala de estudio, bien alisado el rubio cabello, de traje negro, con cuello y puños blanquísimos.

Antes de empezar las lecciones, sentó á la pequeña Amelia sobre sus rodillas, y cogiendo las manos de Alberto, que la miraba asombrado con sus grandes ojos oscuros, les sonrió dulcemente, poniendo en su mirada aquella chispa de inteligencia y sentimiento, que era el único encanto de su insignificante persona

—Niños mios—les dijo, después de una pequeña pausa,—espero que hemos de ser buenos amigos, y deseo que me améis como yo os quiero ya á vosotros. No tengo hijos. Los perdí todos; espero que ocuparéis su lugar. Yo seré para vo-

sotros una madre. Sed buenos y ayudadme á llevar á cabo mi empresa.

Los niños se miraron y miraron á Missis Emma, que pugnaba por contener en sus ojos pequeñitos una lágrima, que al fin rodó por la mejilla.

Ellos no comprendieron aquel secreto desconsuelo; pero desde aquel instante se disminuyó la antipatía hacia aquel personaje que creían tan temible.

Sin embargo, los esfuerzos de la inglesa por atraerse el cariño de los pequeños, fueron infructuosos por espacio de muchos días. Los resabios de la educación pasada, la falta de disciplina en el estudio y el engreimiento con distracciones impropias de la infancia, eran obstáculos contra los cuales se estrellaba la buena voluntad de Missis Emma, que trabajaba incansable por modificar los efectos de una educación viciada y defectuosa.

El recuerdo de aquella dichosa Mlle. Josefine, que sin cesar tenían presente los niños con cualquier motivo, era también otro escollo para los propósitos de la pobre institutriz.

Más de una vez los chicos se le insurreccionaron, resistiéndose á cumplir un castigo ó una tarea impuesta con justicia por la inglesa.

Entonces tenía que echar mano de toda su energía, de la rectitud invencible de su carácter, para dominar á los revoltosos y restablecer el imperio de la ley.

Estos esfuerzos de carácter proporcionaban á Missis Emma profundos disgustos, pues su lucha no se reducía solo á los niños, sino á la madre, á la cual molestaban las contínuas querellas, acostumbrada á la paz agradable, aunque perjudi-

cial, que le proporcionaba la institutriz anterior.

A pesar de las contrariedades, el temperamento de acero de la inglesa se sobreponía á todo, llevando su empresa adelante con valor y constancia dignos de encomio.

A veces el recuerdo de su pasado hacia desfallecer á la valerosa mujer, que se encontraba aislada y como abandonada en el mundo.

Sus hijos muertos; su marido ausente, Dios sabe si para toda la vida; su bienestar é independencia perdidos; todas las alegrías de su vida, en una palabra, se fijaban en su imaginación con tenacidad desconsoladora, robándole tranquilidad y esperanza.

Mas pasados estos momentos de desaliento, volvía incansable á la tarea de educar aquellos niños, que contínuamente le recordaban á los suyos y á los cuales cobró grandísimo cariño.

¡Cuántas noches pasó á la cabezera de alguno de ellos enfermo, con el mismo desasosiego de solícita madre! ¡Cuántas horas dedicó al estudio á fin de ilustrar aquellas tiernas inteligencias. sin producirle enojo ni cansancio! ¡Cuántas, por último, lloró sobre las cabecitas de los niños dormidos, pensando en el día de una separación forzosa!

Este día llegó al cabo de algún tiempo. Una mañana recibió la inglesa carta del marido, en que le anunciaba su vuelta del viaje á la India y la llamaba á su lado, por hallarse gravemente enfermo, deseando una reconciliación.

Missis Emma, olvidando los resentimientos pasados, voló al lado del esposo á donde el de-

ber la llamaba. La despedida de los niños fué ternísima. Habían llegado á adorar á la pobre inglesa, que pagó los primeros desvíos con cariño inmenso.

Los abrazó mil veces, y ya metida en el coche que había de conducirla á la estación, les besó de nuevo, encargándoles que no la olvidaran. Las pobres criaturas vieron alejarse el coche con los ojos llenos de lágrimas.

∴

Algún tiempo después recibió la madre de los niños un pliego de luto, sellado con lacre negro. Venía de Inglaterra y contenía un testamento y una carta.

La carta decía así:

«Queridos niños Amelia y Alberto: Próxima á morir, quiero despedirme de vosotros y mandaros un recuerdo para que no me olvidéis.

»Mi marido que falleció á poco de venir, me dejó una modesta fortuna que me habría procurado vida agradable. Yo os ruego á vosotros, y á vuestra madre, que la aceptéis en recuerdo mío. Asimismo, os envío los retratos de mis hijos, que era lo que más amaba en el mundo.

»Conservadlos con cariño y rezad alguna vez por mí.—*Emma.*»

XIX

EL TRAJE DE BODA

Hacía mucho tiempo que conocía á Mauricia y, sin embargo, nunca me había atrevido á hablarle.

En el lugar la tenían por loca. y muchos, faltos de sentimiento y caridad, se reían de ella. A mí siempre me había causado respeto aquella mujer melancólica y callada, que vivía ajena á toda lo que la rodeaba y con el pensamiento fijo en otra parte.

Mauricia era una muchacha más bien fea que bonita. Su fisonomía tal vez habría sido simpática y atractiva si hubiese sido dichosa; pero. en realidad, su figura resultaba insignificante, sobre todo, cuando no hablaba ó se animaba por un asunto que llamase su atencion, ó excitase su fantasía. Cuando ocurría esto, sus ojos dulces y claros brillaban con luz interior iluminando el semblante, embellecíéndolo á manera del rayo de sol que rompe las nubes y alegra de repen-

te la tierra. Su voz era dulce, reposada, armoniosa. Su carácter apacible, jamás se exaltaba por nada. Solamente una cosa le hacía perder su tranquilidad, produciéndole una excitación horrible. La sospeha de que se burlasen de ella.

¡Y eran tan inhumanos con la pobre joven! Muchas veces, cuando la contemplaba desde mi ventana (era vecina mía), oía decir á las amigas y los muchachos que pasaban por su puerta:

—¡Mauricia! ¿cuándo concluyes el traje de boda?

Y otros, más crueles, añadían, conteniendo apenas la risa:

—¡Borda, borda sin descanso; no te falte tiempo para concluirlo!

Al escuchar estas inconvenientes palabras, Mauricia recogía precipitadamente un envoltorio de seda, puntillas y bordados, y cerrando de golpe su ventana, se metía dentro de la casa, murmurando no sé qué frases incomprensibles.

Estas muestras de hostilidad hacia aquel pobre ser inofensivo y enfermizo, me producían indignación contra aquellos desalmados, y piedad en favor de aquella mujer desconocida.

No sé de qué modo hice conocimiento con ella; á fuerza de vernos todos los días, por espacio de mucho tiempo, éramos ya conocidos antiguos, sin habernos hablado jamás.

La primera vez que entré en su casa la encontré dedicada, como de costumbre, á su extraña obra.

Era una confección estrambótica, en que lo ele-

gante se confundía con lo extravagante. y complicado Debía ser trabajo de mucho tiempo, por lo ajado y descolorido de algunos bordados, que representaba pájaros y flores de extraño dibujo y de ejecución incomprensible.

Le pregunté qué era aquello que bordaba con tanto afán, y ella, con gran candidez y sin la menor turbación, me dijo levantando sus azules ojos:

—Es mi traje de boda.

—¡Cómo!—exclamé sorprendido.—¿Se casa usted?

Una extraña sonrisa contrajo entonces sus labios marchitos, y clavando la aguja en su bordado se aproximó á donde yo estaba, y me dijo con algo de extravío en la mirada

—Puedo casarme mañana y no puedo casarme nunca. Espero á mi prometido, que marchó á América, todos los días, y como puede venir de un momento á otro, trabajo sin descanso en mi traje de boda.

—¿Y usted cree que vendrá pronto?—le pregunté, por conocer algo de aquella singular historia.

Tuvo un momento de vacilación, en el cual algo sombrío pasó por su frente. Las pupilas amortiguadas se animaron; y aquel rostro descolorido y marchito tomó de repente una expresión particular.

Después de un momento de silencio, Mauricia volvió á su trabajo con prontitud, murmurando con profunda convicción:

—¡Oh, estoy segura de que, tarde ó temprano, volverá!

Cuando pasados unos minutos volvió á levantar la cabeza, observé que su rostro había vuelto á su expresión habitual, dulce y tranquila. Nada había ya en él que indicara pasión ni inteligencia. Era un espíritu muerto. encerrado en un cuerpo que aún vivía al calor de una idea, de una esperanza, de un sueño.

.·.

Como me interesara la hitoria de aquella muchacha, pregunté pormenores de ella.

Me dijeron que era muy buena, hija de familia honrada y huérfana de padre y madre.

Vivía acompañada de una anciana, que la asistía y cuidaba cuando se agravaba su mal.

Padecía una enfermedad, más bien moral que física, que había trastornado algo su razón.

Algunos años antes, un joven que acertó á pasar por el pueblo la enamoró, abandonándola al poco tiempo. Aquel desengaño perturbó la inteligencia de Mauricia, que cayó en un estado de indiferencia é idiotismo... Su manía era la seguridad de que volveria su amante para casarse con ella.

Siempre lo esperaba: jamás desmayó aquella esperanza firme y decidida, ni perdió la fe en el hombre que la había engañado. Trabajaba con afán en su traje de boda, creyendo siempre que no tendría tiempo de acabarlo, y aquella obra de tantos años fué como la tela de Penélope, hecha y deshecha cien mil veces.

De esta manera se pasó la pobre muchacha los mejores días de su vida. Su salud se resintió, al fin, de aquel contínuo aguardar y de aquellas intermitencias de dudas é ilusiones. Su pobre naturaleza languidecía visiblemente y llegó un día en que apenas si podía dedicar algunos momentos á la eterna obra de su vestido de novia.

Yo la acompañaba muchas tardes, por que me interesaba la suerte de la pobre criatura. Ella encontraba gran placer en hablar conmigo, porque yo tenía no sé si la crueldad ó la caridad de alentar sus ensueños. ¿Hice mal? Creo que no: á lo menos no tengo remordimientos por haberle proporcionado los únicos momentos de felicidad que tuvo en el resto de su vida.

¡Con qué fuerza nerviosa oprimía mi brazo, cuando acercando su rostro demacrado, en que ya no había más que ojos, me decía con expresión de loca!:

—¿No es verdad que volverá?...

Y yo se lo aseguraba conmovido y temblando, creyendo que una negativa podría causarle la muerte.

∴

El desenlace de aquel ignorado drama no se hizo esperar. Una tarde entré en su casa y la hallé tendida en la cama. La impresión que me produjo no la olvidaré nunca. Estaba ataviada con sus galas nupciales. Su rostro, blanco como la cera, se confundía con el raso ajado del traje que la envolvía á manera de mortaja. La falda, extendida hasta cubrirle los

piés, se veía sembrada de aquellas aves y flores caprichosas, hijas de su imaginación extraviada. Ostentaba en la cabeza la corona de azahar, entre el pelo revuelto que le caía por los hombros, produciendo todo el atavío un conjunto á la par interesante y grotesco.

Cuando entré, la vieja que la asistía lloraba y movió la cabeza en señal de desconsuelo.

—Ha querido vestirse de boda, porque asegura que hoy ha de venir. Ahora duerme... ¡quién sabe si despertará en la eternidad!

La miré conmovido. Había en aquella mujer algo que imponía compasión y respeto. La dramática figura de la joven, cuya vida había sido un poema, tenía un no sé qué en aquella suprema hora que la transfiguraba por completo.

Dormía, al parecer, tranquila; dulce sonrisa vagaba por los descoloridos labios. Mucho tiempo la contemplé en silencio.

∴

Cuando al oscurecer abrió los ojos, me encontró junto á su lecho. Apenas se veía; solo se destacaba entre la sombra de la habitación su vestido blanco.

Al ver un hombre á su lado, Mauricia se incorporó y dió un grito.

—¡Tú!—exclamó extendiendo los brazos hacia mí:—al fin viniste; al fin te veo. ¡Ya no me importa morir!

Me quedé como petrificado. Me tomaba por un novio; ya no conocía. Hubo un momento de silencio, en que ella, con mirada extraviada y vidriosa, se reía, como una histérica, sin dejar de extender los brazos hacia mí...

No tuve valor de sacarla de su engaño; era el único momento de felicidad que le quedaba, y corrí á su lado.

Un instante después, sentí que sus manos crispadas se aflojaban y pasó sobre mi rostro una ráfaga ténue de su aliento. ¡Había muerto en mis brazos!

XX

UN CHICO ANIMADO

No es difícil encontrarlo en cualquiera parte. En las reuniones de confianza, esas en que no se traspasan los límites del comedor, y todo lo más los pasillos, es el héroe de la fiesta.

La noche que no asiste á la *soirée*, se nota un vacío, imposible de llenar.

La señora de la casa se lamenta con los tertulios de su ausencia.

—¡Qué lástima, que no venga *Fulano!*—exclama cuando habla con algún invitado *nuevo en la plaza;—¡es un chico tan animado!*

Las muchachas también notan la desanimación cuando falta.

El es quien inventa los juegos de prendas más divertidos, las *sentencias* más graciosas, los acertijos más extravagantes y complicados.

¡Si se trata del baile, nadie como Fulano sabe dirigir un cotillón, ni enredar mejor las figuras, ni bailar con más gracia!

Es cosa de morirse de risa con sus ocurrencias.

¿Pues y en la lotería?

¡Qué modo de trabucar los números, de hacer trampas y de ganar dinero!

—Fulanito, no corra usted tanto—grita una viudita joven, á quien parece *se dedica;*—con esas prisas, se me pasan los números. ¡Qué demonio de chico!

Por lo regular, su figura es insignificante, casi ridícula. De su misma fealdad saca á veces motivo para sus gracias. Hace el pasayo é imita el burro y otros animales á la perfección.

Cuando saluda, adopta las actitudes más cómicas que darse puede. Por lo regular remeda á alguien, pues claro está que el prójimo no ha de escapar mejor parado de sus sátiras que él mismo.

.·.

Los establecimientos de baños son ancho campo para sus proezas. Allí encuentra mil motivos que le hacen indispensable y solicitado.

Si se hace una expedición, él lleva el burro más ridículo y poltrón de todos. Su figura en el jumento no cabe más cómica. El ancho sombrero de playa, si es puerto de mar, ó el pequeñín de paja, con cinta de color, si se encuentra en baños minerales, adorna su desgraciado semblante, dejando fuera el mechón de cabellos,

que se riza sobre la frente, como la última expresión de la coquetería y de la moda.

Si es alto, siempre busca cabalgadura pequeña, á fin de que las piernas le lleguen hasta el suelo y hacer de este modo más grotesca la figura.

Si el jumento es corredor y se porta bien durante el camino, son de ver las fiestas y los halagos que le prodiga al llegar. Lo abraza, lo acaricia, hasta lo besa, con los más cómicos transportes de cariño.

Las niñas se desternillan de risa con sus gracias, no siempre del mejor gusto.

Porque estos graciosos *de profesión*, no reparan en nada con tal de decir una agudeza. Los hay tontos, pero inofensivos, que se limitan á hacer reir, sin molestar á nadie, y no hay duda que esos son los menos intolerables. Mas, los intencionados, que no perdonan ni la honra, ni el decoro, ni la desgracia, para mantener la hilaridad de su auditorio, deberian recibir la mayoría de las veces enérgicos correctivos.

Un pobre señor, á quien encontré en ciertos baños, donde se hallaba también uno de esos *chicos animados*, se lamentaba conmigo de esta especie de calamidad que les habia caido encima.

—Créame usted—me decia el bueno de mi amigo;—tiemblo cuando me encuentro á uno de esos tipos en estos establecimientos. Estando ellos, no se puede vivir en ninguna parte. ¡Qué ruido, qué algazara, qué intranquilidad! Nadie está libre de sus bromas, más ó menos pesadas, de sus sátiras, de sus inconveniencias. ¿Qué

creerá usted que hicieron conmigo en los baños de Ledesma, ¡varios de estos condenados? Pues ataron las ropas de mi cama con una cuerda que introdujeron por debajo de la puerta, y cuando yo, descuidado, hacía la reacción del baño, ¡cataplúm! tiran de la manta y me quedo tiritando encima del lecho. ¿Ve usted qué gracia? Me costó la broma una enfermedad. Pues, otra vez (como me veían así, confiado y francote, la tomaban conmigo), me pusieron en mi copa, agua de Loeches, en lugar de la que todos bebían en la mesa. ¡Qué diversión tuvieron todos á costa de mis náuseas y mis gestos al gustar la pócima! Fué una diversión aquel día la hora de la comida. ¡Todo dirigido é inventado por aquellos jóvenes tan chistosos! Se lo repito á usted, les temo y les huyo como á la peste, y me iré, si señor, me iré de aquí si...

No pudo continuar: una lluvia copiosísima nos anegó á los dos, dejándonos hechos una sopa.

Al mismo tiempo, oímos una carcajada de todos los bañistas, que nos miraban haciendo gestos y señas detrás de las puertas.

En una de ellas, los graciosos, con una manga de riego en la mano, se preparaban para darnos segunda ducha.

Mi pobre amigo salió corriendo, en medio de la risa general, y creo que no paró hasta Madrid.

Yo desaparecí también de la escena, renegando, en mi interior, de *los chicos animados*, que tantas molestias proporcionan y que divierten á los necios.

Cierto que, de vez en cuando, encuentran la horma de su zapato. Y entonces se quedan chicos, chiquititos y sin ánima, porque les han roto el alma.

Con lo que reímos mucho los que no somos partidarios de los bufones.

XXI

MI LAVANDERA PORTUGUESA

Sería buen modelo para pintor. Tiene, como todas las campesinas de esta región, algo de la mujer india en su andar resuelto y arrogante, en la gallarda apostura de sus cuerpos esculturales, fornidos y enjutos, en los que se adivina una musculatura de acero y una agilidad y fuerza poco comunes en el sexo débil. Su rostro, curtido por el sol y por el aire, no puede llamarse hermoso; pero tiene cierta fiereza en los negros ojos, y algo de severo y grave en la expresión de la fisonomía que atrae.

Cuando se ve á estas mujeres caminar por el campo, con los piés por lo regular desnudos, las sayas remangadas sobre las caderas, el talle cubierto por un gabán sin gracia alguna, que apenas marca las formas, pero que esto mismo imprime cierto recato y severidad á la figura; la bien modelada cabeza oculta bajo el pañuelo de vivos colores, que cubre el sombrero redondo

de anchas alas, nos hacemos la ilusión de contemplar mujeres de otra raza, más privilegiada que la nuestra, en la que se armonizan admirablemente la elegancia y la fuerza, la robustez y la agilidad.

Uno de estos tipos es mi lavandera, á quien ocurrió la siguiente historia, que parece un cuento.

El primer día que vino á mi casa, la encontré llorosa y abatida.

Preguntéle la causa de su llanto, y ella, en breve y entrecortada frase, me contó que un hijo suyo, tonto, casi idiota, había desaparecido de la casa, ignorándose su paradero.

La pobre mujer pintaba su pesar con gráfica expresión, y como si pidiese disculpa por sentir tanta pena hacia ser tan inútil y desgraciado.

—Ya ve el señor—decía suspirando,—el pobre muchacho era tonto, es verdad, pero... ¡era mi hijo! y para una madre, claró está, todos los hijos son iguales... Por su misma desgracia, lo quería más que á ninguno de sus hermanos.

—¿Lo han buscado por todas partes?—le pregunté participando de sus temores de que no pareciera.

—Por todas partes, mío señor,—respondió llena de desconsuelo.

Procuré consolarla, y la mujer partió cargada con el envoltorio de mi ropa.

.˙.

A los pocos días supe que unos pescadores de

la Lagoa de Obidos habían encontrado el cadáver de un jóven que no pudo ser identificado.

Todo el mundo supuso, incluso mi lavandera, que el muchacho ahogado era el chico imbécil. La versión tenía visos de verdad, pues nada más verosímil que el idiota, bien con la idea de pescar ó de bañarse, se hubiese aventurado á entrar en la Lagoa, encontrando en ella la muerte.

La madre no tenia consuelo, según decian. Había querido ir á la playa para abrazar por última vez el cadáver del hijo adorado, pero personas caritativas le evitaron la cruel despedida, reteniéndola á duras penas en su casa.

El entierro se hizo con ostentación, dada la mísera posición de la familia. Mas el trágico fin del muchacho interesó á todo el mundo, y unos más, y otros menos, contribuyeron á dar decorosa sepultura al cadáver del pobre tonto.

.˙.

Ya había olvidado la historia de la *camponesa* y el trágico fin del muchacho, cuando un día se me presentó la lavandera en traje de fiesta, luciendo los más vivos colores en su vestido y pañuelo, y ostentando en las orejas los *brincos* de filigrana de oro, de cuyo metal eran también la cadena y relicario que rodeaba su garganta.

Me quedé maravillado cuando la ví. Tenía el agraciado rostro tal expresión de contento, que

desde luego comprendí le había ocurrido algo grande y extraordinario.

Poco tiempo duró mi curiosidad. La pobre mujer, llorando de alegría, me presentó á un muchacho que había quedado á la puerta del cuarto, y me dijo adivinando mi sorpresa.

—¡Mire, señor, no había muerto! ¡Este es el hijo que yo había llorado perdido!

Y como viera que no salía de mi asombro, continuó, acariciando la cabeza del *garoto*, que daba vueltas entre sus manos al picudo gorro de punto.

—Lo confundieron con otro... ¡y yo que no pensaba verlo más!... Un vecino que vino de Alcobaza, me dijo al verme tan afligida: «No llore por su hijo, señora Francelina, el mozuelo vive, lo he encontrado en el mercado esta mañana: yo se lo traeré...» —No hemos podido averiguar dónde ha estado: *¡coitadinho!* ni él lo sabe tampoco... pero está vivo, y todo lo pasado ha sido como un mal sueño!

La buena mujer reía y lloraba á la vez, con gestos entre patéticos y cómicos, mientras el chico nos miraba con ojos frios é impasibles, en que no brillaba ni una chispa de sentimiento ni de inteligencia.

Lo miré con pena.

—¡Vamos á ver si tienes juicio—le dije dándole palmadas en el hombro—y no das disgustos á tu madre, con esas escapatorias! Es preciso tener formalidad.

Una sonrisa estúpida fué su única respuesta.

Cuando los ví alejarse, ella radiante de alegría

y el muchacho á su lado, indiferente, siguiéndola como un autómata, pensé que tal vez habría sido una suerte para los dos que el pobre idiota hubiese resultado, en efecto, ser el muerto de la Lagoa.

—¿Qué te espera en el mundo—me dije,—pobre criatura desheredada? Casi parece una crueldad desear que vivas...

Después pensé en su madre, y comprendí que aquella existencia triste y miserable servía aún para algo. Comparando la sublime alegría de la camponesa al presentarme á su hijo vivo, con el dolor de haberlo perdido, recordé aquella frase tan sincera que compendiaba el inmenso amor de todas las madres:

—Es verdad que es idiota; es decir, *casi* idiota; pero... ¡es mi hijo!

Y me alegré de que viviera el muchacho.

XXII

MARIPOSA

Todos conocian por este nombre á la hija del tío Trigo, aquella Mariquilla, de pelo colorado y ojos negros, que saltaba como una cabra, de pequeña, y revolvía ella sola más que los cuatro hijos que le habían quedado á su padre.

Era Mariquilla blanca en extremo, algo pecosa, sobre todo en la diminuta nariz, que tenia frecuentemente fruncida con un gestillo que le hacia mucha gracia. La boca grande, fresca y encarnada como granada abierta; los dientes apretados, blancos é iguales cual gargantilla de perlas. El cuerpo proporcionado, aunque todavía pequeño y en embrión, como cuadraba á sus quince primaveras no cumplidas, y, por último, aquella hermosa cabellera cobriza, le daban un encanto tan irresistible como justificado.

Debía su sobrenombre á aquel contraste maravilloso del color del pelo con el de la tez y los ojos, que formaban un conjunto parecido al

de esas gatitas moriscas, de los propios matices, que en Andalucía dan el nombre de *mariposas*.

Todos la llamaban por este nombre, ninguno por el suyo verdadero; y muchas veces las comadres, que la veían bullir y revolverse en el círculo reducido de aquel pueblo de cuatro casas, decían, mirándola con tanto cariño como indulgencia:

—¡Ay! ¡mariposa! ¡Cuando tu eches á volar!...

A la verdad, la vida monótona y sedentaria del villorrio, era estrecha para aquella imaginación vivísima y exaltada, sedienta siempre de algo nuevo, con el eterno anhelo de lo desconocido y lo extraordinario, y pronta continuamente á romper con la rutina que le cortaba los vuelos y entorpecía todos sus proyectos.

Sus amores con Perico, el hijo del boticario, no eran bastante aliciente para satisfacer á la niña caprichosa. Se conocían desde pequeños; habían jugado juntos y crecido al mismo tiempo, por más que Pedro le llevase á Mariquilla algunos años.

Cuando fueron mayores, y ya, ni al uno ni á la otra entretenían los juegos infantiles, empezaron á jugar al amor.

Ya no corrían ni se pellizcaban como antes, ni mucho menos se besaban cuando, después de una riña, hacían las amistades. Sin perder la fraternal confianza que siempre había reinado entre ellos, comenzaron las reservas y cortedades, los ratos de embarazoso silencio, en que ninguno de

los dos sabía cómo reanudar la conversación empezada y cortada de repente por una frase atrevida ó por algún concepto extraño.

Los padres de los muchachos conocían y apadrinaban aquellos amores, que, andando el tiempo, tendrían la solución natural y deseada por todos. El tío Trigo no esperaba sino casar á la chica, para irse con los hermanos pequeños á Madrid, donde pensaba establecer una industria y dar carrera á los hijos mayores. Para el pobre viudo era una carga el cuidado de Mariquilla, y veía gustoso aproximarse el día de la boda, que lo libraba de cuidados y responsabilidades.

De las dos familias, la persona menos entusiasmada con el casamiento, era Mariposa.

Tomaba aquellas relaciones más como pasatiempo que como el prólogo de una existencia nueva al lado de un hombre á quien debía fidelidad y cariño hasta la muerte.

La idea de morir en aquel pobre lugarón, cerrado al horizonte por una barrera de montañas, no era, para aquella imaginación meridional, muy halagüeña que digamos.

—¡Si al menos—solía decirse á solas, cuando pensaba en su próximo casamiento,—Perico me llevase á Madrid!

Se conformaba difícilmente con la idea de no ir á la corte, donde, según decían, eran las mujeres tan hermosas, los hombres tan galantes, y había casas altas, altas como la torre de la iglesia, y cafés iluminados como para decir misa mayor.

Decididamente, era enterrarse en vida su casamiento con Perico; pero la queria tanto, y le pintaba con tan vivos colores su desesperación si la boda no se llevase á cabo, que concluía siempre por resignarse con su suerte y aceptar las cosas como se le presentaban.

* * *

Pasado algún tiempo, Perico empezó á notar señales de frialdad y de indiferencia en su novia. Al propio tiempo, las largas ausencias de ésta de su casa, por las tardes y aun ya entrada la noche, empezaron á alarmarlo poniéndolo en cuidado.

—A tí te pasa algo, Mariposa—solía decirle cuando de vuelta de sus excursiones, hablaba con la hija del tio Trigo por la reja.—¿Qué asuntos tienes pendientes que tanto sales de la casa?... ¡Si yo fuera tu padre no saldrías!

—¿Celosito tenemos el niño?—replicaba ella con risa burlona y tono indiferente.—¡Pues temprano empiezas! ¡No seas bobo! Si no te quisiera, no iría á casarme contigo!

—¿A dónde vas?—interrogaba Pedro con enojo.

—No seas caviloso: á nada malo. Ya lo sabrás algún día.

Después de estos ó parecidos coloquios, renacía de nuevo la confianza en el corazón del muchacho, que era bueno y leal.

Una frase cariñosa, una mirada, una lagrimita de-

rramada á tiempo, era suficiente para restablecer la paz entre los enamorados.

* * *

Pocos días antes de la boda corrió la voz por el pueblo de que Mariposa había desaparecido.

Lo que pasó en el corazón de Perico no puede describirse.

No quería creerlo al principio, y sólo dió crédito á su desgracia cuando vió la aflicción del atribulado padre, que pagaba bien caro su descuido y sobrada confianza para con Mariquilla.

—¡Deshonrada, deshonrada!—gritaba el pobre anciano yendo de un lado á otro como un insensato.

Con efecto, Mariposa, la mariposa de alas de oro y anillos de terciopelo, había volado no se sabía dónde. Seguramente que, en su primer aleteo, habría perdido el polvillo dorado de sus alas... ¡Quién sabe qué manos desconocidas la habrían aprisionado de nuevo!

El tío Trigo, desesperado, huyó á Madrid con sus hijos.

Perico, pasados los primeros momentos de aplanamiento y de furor, sentó plaza, alistándose para la guerra del Norte, que estaba en toda su fuerza por aquella época.

Nadie supo en el pueblo qué fué de Mariposa ni de Perico. La primera, aseguraban todos que había huído con un caballero rico, que habitaba no lejos del lugar.

Algunos decían que la habían visto en Madrid, muy elegante y paseando sola en una magnífica carretela.

Los hombres sonreían con marcada malicia, y las madres que tenían hijas de su edad, murmuraban compasivamente:

—¡Pobre Mariposa!

. . .

Algunos años después, á la terminación de la guerra carlista, se encontraba Perico en una ambulancia, gravemente herido en la cabeza. Una fiebre violenta lo tenía completamente postrado y casi sin conocimiento.

Cierta noche en que el delirio le tenía medio loco, pidió un poco de agua á la hermana de la Caridad que velaba á su lado.

Un grito de asombro se escapó de sus labios, al reconocer la mujer que le alargaba el vaso.

—¡Tu aquí!—exclamó sin dar crédito á lo que veía.

La religiosa había caido á sus piés y lloraba amargamente con el rostro sepultado entre las ropas del lecho.

—Perdóname, perdóname—murmuraba la infeliz entre sollozos.—He sido muy mala contigo, pero harto he pagado mi error. Te engañé, te abandoné y huí con un malvado que me olvidó al poco tiempo. Yo no habría sido una mala mujer, si aquel hombre que me deshonró no me hubiese abandonado... Así y todo, el recuerdo tuyo y de mi padre, me llenaban de remordimientos la

conciencia, y arrepentida de mi falta, sin valor para volver al pueblo á implorar tu perdón y el suyo, tomé este hábito de religiosa, el cual llevaré lo que me quede de vida.

Una larga pausa siguió á las últimas palabras de Mariposa.

La gran debilidad y la sorpresa de encontrar allí á aquella mujer, siempre adorada, habían puesto al pobre Perico en estado gravísimo.

Algunos minutos después, alargando la mano demacrada y poniéndola sobre la frente de la religiosa, dijo con voz apagada y moribunda:

—Levántate... te perdono. Por tí me hice soldado, y por tí he buscado la muerte. No podía vivir sin tu cariño, y ya te encuentro demasiado tarde. Muero contento. No llores por mí, pobre Mariposa; te he visto, ¡y ya soy completamente dichoso!

Pocos momentos después, cerraba sus ojos para siempre.

Mariposa, después de llorar sobre el cadáver de Perico, emprendió la marcha valerosamente hacía otra ambulancia, donde debía prodigar sus cuidados á nuevos heridos. Y andando el tiempo se embarcaba para América.

XXIII

EL PRIMER CUMPLEAÑOS

¿Te acuerdas? Era á fines de Marzo. Los almendros estaban ya en flor; empezaba á verdear el césped de los jardines y corria ese airecillo sofocante y revoltoso con que suele obsequiarnos la llamada Primavera de Madrid.

Aquel dia se notaba asi como algo de fiesta en la Naturaleza: en las calles los organillos llenaban el aire de cantos populares, los chicos correteaban, persiguiéndose como pájaros, y los pájaros, juguetones como chiquillos, piaban en los tempranos brotes de los árboles ó se arriesgaban medrosos á descender al suelo andando á saltitos tras el grano de semilla ó la migaja de suculento pan.

Por los pasillos de aquella casa de espaciosos corredores, con vistas al jardin, también corrian los pequeñuelos haciendo resonar el piso de madera con sus zapatitos de charol, percibiéndose asímismo algo que parecia gorjeo de aves, rumores fujitivos de risas y besos que

resonaban en el corazón inundándolo en gozo y rejuveneciendo el alma.

¡El primer cumpleaños! ¡Era el primer cumpleaños de la niña!

Hacia poco tiempo, un año que espiraba, aquella criatura que traía revuelta la casa, era solo una esperanza, una ilusión, un ideal, un sueño. Nació con las primeras flores. En este lapso de tiempo, aquel ser que vajeaba en la cuna, se habia convertido en una personita que casi andaba sola, que decia *papá* con grandes gritos, y comia huevos y chocolate dejando indelebles huellas en toda su cara y todo su traje.

Se llamaba Angeles. Sus padres habían recidido al ángel con alegria inmensa. La madre, jóven y hermosa, acojió á aquel pedazo de su ser con frenesí hasta ver en ella una compañera en la soledad para el porvenir, pues el marido, por sus ocupaciones y vida especial, la tenia un tanto abandonada. Por Angeles renunció á la vida social, concretando su existencia á aquella criatura.

. . .

Al despertarse con el alba, encontró la niña próximos á la cama muchos juguetes, golosinas y chucherías, que manos cariñosas apartaron la vispera.

¡Cómo brillaron los ojitos negros de Ángeles al contemplar aquellos *nenes* que sucesivamente señalaba con el dedo! La madre espiaba detrás de las cortinas del pe-

queño lecho. ¡Qué risas, qué algarabía de sonidos extraños salían por entre los pétalos de la diminuta boca! Después de tantas sorpresas, los trajes nuevos, las flores, el cochecito tirado por perros... Por la noche había fiesta para la gente formal y grandes invenciones para la gente menuda. Vendrían los primitos de Ángeles y traerían aquel *Brasil*, aquel perrazo grande, grande, de Terranova, que le causaba tantos recelos y tanta atracción, no sabiendo si llorar ó reir cuando él le lamía las manos ó ladraba desaforadamente.

* * *

Todo aquel cielo de proyectos se empañó con una nube de tristeza.

La pobre niña de la viuda que habitaba en la bohardilla estaba muy malita.

—¿Cuál de ellas?—preguntó la madre de Ángeles con ansiedad.

—La que también cumple hoy el año, la que nació pocas horas después de Ángeles—le contestaron.—¡Si la viera la señora! ¡Parte el corazón verla en aquella cama!

—¿La ha visitado el médico? ¿Qué dice?

—Que si fuera rica... se salvaría; pero... los pobres...

—¡Oh, entonces se salva!

Y sin esperar más la madre de Ángeles, subió las escaleras con su hija en brazos y sin sentir el cansancio en la ascensión desde el principal al sotabanco, cuando

sin la carga de su niña le fatigaban los pocos peldaños que tenía su cuarto.

Tocó con los nudillos en la puerta numerada. Las dos madres, al encontrarse frente á frente, se estremecieron: la una de alegría, como si una suprema esperanza invadiera todo su sér; la otra de pena al contemplar las huellas del estrago que puede causar en un rostro de mujer la enfermedad de una hija.

Aquella pobre viuda había sido hermosa. Su fisonomía dulce y resignada revelaba algo extraño como si la razón hubiese huído detrás de aquellos expresivos ojos y la sangre hubiese dejado de circular bajo la transparencia de aquella tez blanca como la cera.

Nuestra dama dejó en brazos de la viuda su hija y pasó adentro exclamando:

—¡Dónde está!

La pobre mujer recibió á Ángeles conmovida, la besó y moviendo tristemente la cabeza como desesperada, respondió:

—No, no me ha dado esperanzas el médico.

En un rincón, sobre mísero lecho, cubierta con un mantón hecho girones, se hallaba la enfermita, á la cual el sopor de mortal letargo daba apariencias de muerta.

Su carita descolorida y demacrada conservaba, no obstante, rasgos de su primitivo encanto. Los rasgados ojos entreabiertos, los ralos mechoncillos rubios que cubrían la nacarada frente, la embellecían á pesar de su triste estado...

¡Qué desolación la del fondo del cuadro! Todo estaba en carácter, hasta la soledad; los otros dos niños se los habían llevado las vecinas.

Y sin embargo, en medio de aquella miseria, en medio de aquella tristeza, el sol mandaba un rayo de luz como nota de alegría, el aseo de todo quitaba repugnancia al espectáculo, y cuatro tiestos colocados en el antepecho de la ventana, resucitaban aquella estancia amenazada por la muerte.

Como pájaros á los que se abre la jaula acudieron los otros dos pequeñines, que entraron silenciosos al ver á una visita tan extraña, y embelesados tocaban los avalorios del vestido de la señora, y apenas si se atrevían á más que á señalar con la punta de los dedos aquellas galas. También ambos parecían flores marchitas. Al reparar que su madre tenía en brazos á otra niña que no era su hermana, rompieron á llorar. Entonces, Angeles, que todo lo había mirado con asombro, pasó á los brazos de su madre, con lo que cesó el llanto y volvió á reinar la calma, acariciadas aquellas cabecitas despeinadas por las manos de la viuda, colocada entre ambos querubines.

Angeles, más en su centro, se aventuró á señalar alternativamente cosas y personas, y con sus gritos intraducibles insistía con sus manecitas extendidas en señalar los tiestos.

Después de todo género de consuelos, añadió la vecina del principal á la viuda:

—No hay que afligirse. La niña se salvará. No carecerá de ninguno de los cuidados necesarios en el caso. Por eso he subido para ver lo que le es preciso y enterarme por mí misma. Médicos, botica, gentes que la ayuden á cuidar á ese angelito, todo lo tendrá.

Y acercándose á la cama, puso de pié junto á ella á la pequeña Angeles é hizo que le acercara á la enferma

su carita. Angeles abrió sus húmedos labios y los posó en la pálida mejilla de aquélla.

¡Qué contraste la leche y el ambar, el jazmín y la rosa al lado del jaramago y el lirio!

Al separarse aquellas dos figurillas, abrió la mano Angeles y unas monedas de oro rodaron entre los pliegues de tantas envolturas en el hatillo de la infeliz paciente.

La pobre enlutada no podía hablar. La emoción la embargaba... Paseó la vista por la habitación para ofrecer un recuerdo de cumpleaños á Angeles, y fué derecha á la lucana, donde una vara de jacintos, recién abierta, mecía sus flores.

—No tengo otra cosa con qué pagar todo el bien que usted me ha hecho y todos los consuelos que me ha traído—dijo la viuda ahogada por los sollozos.

Angeles tomó la rama de jacintos y empezó á hablarle en su lenguaje incomprensible.

* * *

Bajaron al principal, donde toda la familia esperaba á Angeles, que fué objeto de alegrías y extremosos afectos. La niña no soltó la vara de jacintos, que le servía de látigo para sacudir juguetes, y, sin abandonarla, se durmió en brazos de su madre.

Alguien preguntó qué significaban aquellas flores.

—Es la recompensa de una buena acción—dijo la madre de Angeles.—¡Dichoso el que celebre siempre su cumpleaños de este modo!

XXIV

LA LEYENDA DE DON JUAN II

Cuenta la historia, que, allá por los años de 1483, reinaba en Portugal don Juan II, hijo de Alfonso V el *Africano*, y marido de doña Leonor de Lencastre, piadosa y caritativa Reina á la cual debió su país grandes beneficios y mercedes, en particular los baños de Caldas de Rainha.

Las sangrientas hazañas del Rey don Juan han pasado á la posteridad, cubriendo de vergüenza y luto su reinado. Dícese que era hombre tan vengativo y cruel, que mandó asesinar á varios súbditos y parientes suyos, que se habían levantado contra él, y que por su misma mano asesinó á su cuñado don Jorge, hermano de doña Leonor.

Estas y otras proezas causaron á la infeliz Reina mil amarguras y disgustos que le hicieron dedicarse con más ahinco á sus obras de caridad, fundando hospitales, rescatando cautivos, instituyendo hermandades, edificando conventos, dedicando, en una palabra, su vida entera al bien, para olvidar así sus propias desventuras.

Y como la historia dejó algunas lagunas en la existencia de aquel Rey sanguinario, que llenó de luto su reinado, justo es relatar algunos pormenores que ponen en claro ciertos hechos inexplicables y extraños al parecer.

.˙.

En todo Portugal era conocida, por su belleza, doña Ana de Mendoza, dama de honor de doña Juana, hermana del Rey.

De tipo completamente español, era alta, elegante, graciosa en sus maneras y atractiva en toda su persona. Al reir, mostraba una sarta de perlas entre los labios de raso color de fuego, y unos hoyuelos encantadores en las mejillas de palidez mate y misteriosa.

Era instruída, inteligente, de imaginación vivísima y comprensión rápida. Si amaba, atraía con mil seducciones al que quería hacer su esclavo; quien la veía una vez, no podía olvidarla.

Mas todas estas cualidades eran el lecho de rosas que cubre la boca de un abismo. El corazón de doña Ana era frio, indiferente, tornadizo como su voluntad. Su carácter de acero no tenía término medio. Amaba ó aborrecía. Cuando llegaba á odiar, no perdonaba nunca. Como la sirena, atraía con el irresistible encanto desus hechizos, los cuales solían dar la muerte.

El Rey la vió y la amó.

Largas y extremosas fueron estas relaciones, anuda-

das por un hijo, llamado D. Jorge, nacido en Abrantes el año 1481.

Dado el rudo carácter de D. Juan, no era fácil que inspirase grande amor á ninguna mujer y mucho menos teniendo las cualidades de doña Ana. Así no es de extrañar que ésta entregase su corazón y su voluntad á otro que satisficiera mejor sus aspiraciones.

Este hombre fué precisamente D. Jorge, hermano de la Reina doña Leonor y, por consiguiente, cuñado de D. Juan II.

No pasó mucho tiempo sin que el Rey conociese la infidelidad de su amante.

Una noche en que doña Ana no lo esperaba, se presentó inopinadamente en el hermoso castillo que ésta ocupaba, cerca de Santarem, donde por aquella época se encontraba la corte, y viendo que un hombre se deslizaba cautelosamente á lo largo del muro, entró furioso en el camarín de la dama, y con descompuestas frases le pidió cuenta estrecha de su conducta, jurando vengarse si lo engañaba.

No era doña Ana mujer que se intimidase por nada, y en un momento de despecho contó al Rey la verdad de todo, confesando que, con efecto, D. Jorge era su amante.

El Rey calló y salió del castillo jurando vengarse; al día siguiente mandó llamar al Infante á palacio, y con el pretexto de reprenderle por haberse rebelado varias veces contra su obediencia, allí, delante de la corte, con su propio puñal, le dió muerte.

No paró en esto la ferocidad del Rey tirano, puesto que, no contento con aqnella acción, que dejó anonadados á los palaciegos, mandó degollar en la plaza de

Elvas al Duque de Braganza, D. Fernando, sin que bastaran los ruegos de la piadosa Reina para evitarlo.

* * *

Muchos otros crímenes registra la historia de aquel terrible Monarca; pero todos empezaron á tener justo castigo, en las desgracias que le sobrevinieron más adelante.

Ya dijimos que la corte se encontraba en Santarem, por cuyo motivo había grandes fiestas y alegría. Entre las diversiones que tuvieron lugar, se cuenta el torneo, en el cual, queriendo el Príncipe D. Alfonso, hijo del Rey y de doña Leonor, correr á la par de D. Juan de Meneses, el caballo que el heredero del trono montaba, cayó de tal modo y con tal violencia, que, lanzado el ginete, quedó sin sentido veinticuatro horas, al cabo de las cuales falleció, siendo llorado por sus padres y por el pueblo, que le adoraba, y para el que era esperanza.

Esta muerte hizo pensar mucho á los supersticiosos, pues en aquella época estaba muy en boga el augurio (más africano que portugués) de que siempre que aparecía alguien en la playa sacudiendo las suelas de los zapatos, era señal de desgracia; y aquel día, precisamente en el momento en que el Príncipe se preparaba á correr, un muchacho que desembarcaba, al saltar de la lancha á la orilla del río Tajo, sacudió en aquella forma su calzado.

No es posible describir el desconsuelo de la pobre madre, que tenía el alma despedazada por los disgustos

anteriores, y veía desaparecer para siempre á su ídolo, al único consuelo de su triste vida.

No fué menos apenado D. Juan, que, sin duda, comenzó á sentir el gusano roedor de los remordimientos por sus pasadas infamias, y veía en la temprana muerte de su hijo, duro castigo á sus crímenes.

* * *

Después de la muerte del Príncipe permaneció don Juan varios días encerrado en sus habitaciones, presa de mortal melancolía que minaba su salud visiblemente.

Por consejo de cierto viejo judío, sabio en el arte de curar, recetóle como droga moral al Rey que llamase á su hijo natural D. Jorge, á cuya madre había desterrado después de los sucesos referidos. El Soberano pidió á la Reina que amase á D. Jorge como hijo propio, manifestando deseos de que le sucediese en la realeza. Mas doña Leonor, aunque acarició á D. Jorge, que de nada era culpable, se resistió á lo de la sucesión, por no querer desheredar á su hermano D. Manuel, á quien de derecho correspondía la Corona.

La negativa de doña Leonor á las pretensiones de D. Juan, unida á los disgustos mencionados, minaron su salud de tal manera, que se temió un fin desgraciado. La bondadosa Reina, viendo que se acercaba el momento de la separación definitiva, perdonó también al que había amargado su vida con infidelidades sin cuento é iniquidades monstruosas, y tuvo valor y resigna-

ción cristiana para endulzar los últimos días del Monarca.

Por último, el día 25 de Octudre de 1495, falleció D. Juan II, en Alvor, un domingo á la puesta del sol, siendo trasladado su cuerpo después de algún tiempo á Batalha.

.˙.

Después de su muerte, corrió el rumor de que doña Ana de Mendoza, antigua amante del Rey, unida con los parciales de D. Jorge, á quien aquel había asesinado, trató de dar la muerte al Rey por medio del veneno hábilmente administrado; y ya hemos visto cómo se cumplieron los deseos de aquella mujer hermosa y vengativa, que jamás volvió al teatro de sus aventuras.

De este modo murió aquel Rey, temido y odiado, cuya vida fué continuada serie de rencores y de perfidias.

XXV

LA GUARDESA

No es historia. Es más bien cuento ó leyenda, que oí de boca de unos viajeros en uno de mis últimos viajes á Portugal. Aseguraban que era cierto; que ellos mismos habían conocido á la heroina de la novela, una aragonesa digna descendiente de Manuela Sancho, por su valor y por sus bríos.

Decían que era mujer hermosa la tal guardesa. Alta, morena, fornida; enjuta de carnes; el cabello negro, como los ojos, que tenían un mirar apasionado y penetrante. La boca grande, séria, con un ligero pliegue en la comisura de los labios, pliegue que se repetía en la unión de las dos pobladas cejas que coronaban las traidoras pupilas.

En muchas leguas á la redonda se hablaba de la guardesa, casada hacía algunos años con un peón caminero, que vivía en su casilla cerca del apeadero de Malasaña.

Dícese que cierta tarde estaba la mujer sentada en el pequeño jardín que rodea la casa, cuando vió venir

cuatro ó cinco guardas del monte inmediato conduciendo á un hombre en unas parihuelas formadas de troncos de árboles. Era un cazador herido, que, no pudiendo ser trasladado á su casa en aquel estado, lo llevaban á la de la guardesa, para que le prodigara los cuidados indispensables á tan grave enfermo.

Era joven y guapo. Un aristócrata inmensamente rico, sin familia, que repartía su tiempo entre la caza, los toros y las mujeres. La entrada de aquel hombre á la moda, calavera y descreido, debía llevar la perturbación á la honrada y tranquila vivienda.

La enfermedad fué larga y penosa; pero la guardesa hizo tales prodigios de solicitud y de desvelos, que el herido fué arrancado de las garras de la muerte, más por el celo que por los recursos de la ciencia.

Cuando estaba ya en convalecencia, gustaba oir contar á la que fué su hermana de la caridad, los accidentes de la enfermedad, las noches de delirio, pasadas al lado de su cama escuchándolo, ó bien las horas de aplanamiento y sopor, en que parecía que la vida se le escapaba. Y era de oir, aquella mujer de palabra breve y elocuente, de corazón grande y apasionado, cómo explicaba sus terrores, sus inquietudes, sus ratos de dudas y esperanzas, pasadas á la cabecera de aquel herido, que la casualidad había llevado á su hogar, para que ella, á fuerza de cuidados, lo salvara.

Estas conversaciones llevaron al ánimo del enfermo profunda gratitud, y tras del agradecimiento, claro está, vino el amor. No se rindió tan fácilmente, como tal vez creerán algunos, la guardesa. Aquella mujer (que dicho sea de paso no amaba á su marido), era ó había sido hasta entonces honrada; pero aquellos meses de contínuo trato y de intimidad con otro hombre de superiores

condiciones y educación, habían dado al traste con su severidad y mas tarde lo dieron con su decoro y con su honor.

.˙.

Aquellos amores fueron breves. El amor de la aragonesa habría sido eterno; pero el joven calavera no podía dedicar toda su vida á una mujer que llegó á hastiarle á los pocos días de conseguir su correspondencia.

No tardó mucho tiempo la pobre en expiar el castigo de su falta. A poco de haberle confesado que le amaba, empezó á notar la frialdad de su amante, y cuando una mañana fué á buscarlo á su cuarto, vió que había desaparecido sin despedirse de ella ni decirle palabra.

La desesperación de la guardesa puede comprenderse fácilmente. No era mujer que se desahogaba con las lágrimas: era su temple tal, que no lloró; pero aquel desengaño y la infamia de aquel hombre echaron para siempre una sombra de luto en su alma y una nube de tristeza sobre sus ojos. Disimuló, sin embargo, su pesar, y aquella mujer, que después de darle la vida al hombre que la engañaba, le había dado su honor, solo soñó desde entonces en la esperanza de vengarse El amor se trocó en ódio en aquella alma de acero. Para la aragonesa no había mas que dos caminos: amar ó aborrecer.

.˙.

Pasó mucho tiempo, y nadie supo del herido, que nunca volvió por los alrededores.

Una noche se hallaban varios cazadores en la puerta de la casa, esperando el paso del ferrocarril, cuando la guardesa, que estaba cerca, oyó nombrar á su antiguo amante.

Un temblor nervioso agitó todo su cuerpo, y disimulando su ansiedad escuchó.

—¡Es un loco ese chico!—decía uno con risa entre burlona y estúpida.—Se empeña en arruinarse por esa mujer. ¿Creerán ustedes que le ha exigido ella que le pongan un tren especial, solo por el placer de viajar de un modo extraordinario?

—¿Es posible?—exclamaron todos con asombro.

—Tan posible, que si estuviésemos aquí mañana, lo veríais todo por vuestros propios ojos.

La guardesa oía sin respirar, pálida como una muerta. Al enterarse que el hombre que la había engañado amaba á otra, todos sus furores, ya amortiguados con el tiempo, revivieron con fuerza; y en aquella voluntad tenaz y decidida, comenzó á batallar la idea de la venganza.—¡Ah! no, no tendría piedad. Que la hubiese abandonado, tal vez lo habria perdonado la aragonesa; pero que amase á otra mujer, verla pasar en aquel tren, quizás en sus brazos, eso era superior á sus fuerzas.

Toda la noche la pasó en una agitación horrible. A la mañana siguiente una hora antes de la en que aseguraron que pasaría por allí el tren especial la guardesa abandonó la casa no volviendo á ella hasta pocos minutos antes de hacer la señal.

Su aspecto causaba lástima. Parecía en extremo fatigada, y cuando sonó el silbido de la locomotora tuvo que apoyarse en un poste telegráfico para no caer.

Apareció al fin la máquina arrojando columnas de humo y envuelta en blanco penacho de plumas.

En el único coche que traía, se veían en la ventanilla un hombre y una mujer. Los dos reían alegremente al pasar por delante de la casa, el hombre extendió el brazo como para mostrarla á su compañera.

La guardesa no pudo menos de dar un grito al reconocerlo. ¡Era él!

Extendió el brazo con la bandera arrollada, en señal de que la vía estaba expedita, mientras cerraba los ojos, que antes habían mirado aquel tren con expresión de loca.

Aquel momento de angustia fué instantáneo. El tren siguió su vertiginosa carrera, mientras la guardesa, desesperada, caía al suelo sin sentido.

. . .

Dos horas despues empezó á correr la noticia de que el tren había descarrilado. Fueron llegando guardas y y peones con pormenores del suceso, y se decía que los que iban en el tren estaban gravemente heridos; quizás alguno muerto.

Todos estaban admirados. ¿Cómo no se había sabido el estado de la vía, y se había dado paso al tren especial? Buscaron á la guardesa, pero nadie la encontró. Había desaparecido.

Estaba en el pueblo inmediato donde se presentó al juez.

Cuando se vió delante de él, se adelantó con paso resuelto, y con ademán tranquilo le contó el suceso.

—Señor juèz—concluyó, con la voz algo temblorosa, —yo he sido la causante del descarrilamiento. Levanté los rails. Teniendo en mi mano el camino de su felicidad, ¿había de procurarsela? Préndame, porque supongo que él ha muerto, y sin él ¡que me importa la vida!

XXVI

LA EDAD DE LAS ILUSIONES

Se cree, generalmente, que no hay más que una: de los quince á los veinte ó veinticinco años, por término medio. Yo creo, sin embargo, que por fortuna, esa edad dura toda la vida.

Y digo *por fortuna*, por que no encuentro que existan satisfacciones ni alegrías, comparables á las que las ilusiones nos proporcionan.

Por lo común, los goces materiales, y aun los del espíritu, están amargados por mil sinsabores y contrariedades que aminoran el placer producido.

Solo en la fantasía, que nos crea risueños panoramas de felicidad, es donde no existen ni el roedor de los celos, ni la inquietud de la duda, ni el amargor de los desengaños.

Jamás encontramos en la realidad la imagen de la mujer amada, tal como la ilusión nos la pinta. Podremos hallar en nuestro camino séres adorables que reunan todas las perfecciones soñadas; pero ninguno será como aquella beldad que el adolescente entrevió en sus primeros sacudimientos amorosos, que el hombre ma-

duro ideó en medio de sus desencantos y que, hasta el anciano, ambicionó para recreo de su vista ó para apoyo de su vejez.

Eso de los que dicen que *ya no tienen ilusiones*, es una mentira como un templo.

Conocí á cierta dama á quien cruel é incurable enfermedad tenía postrada en el lecho, tal vez para toda la vida.

No conservaba sino cortísima renta, salvada milagrosamente de su ruina (había sido inmensamente rica); carecía de parientes cercanos. Sus hijos y su marido habían muerto.

Decía, á todo el que quería oirla, que para ella todo había concluido en el mundo, todo le hastiaba; en una palabra, no tenía ilusiones con nada. Y no obstante, todos los días, á la hora próximamente en que el médico (un señor de años) la visitaba, adornaba su cabeza, desprovista de cabellos, con coquetona cofia de cintas de colores, con lo cual creía embellecer su marchito semblante, que nunca había sido hermoso.

Aunque decía lo contrario, se había forjado la *ilusión* de que el doctor estaba perdidamente enamorado de ella. Hallábase, pues, en la plenitud de la *edad dichosa*.

* * *

La prueba más palpable de que la ilusión es el tesoro más hermoso del hombre, está en que jamás la dicha

gustada es tan intensa como la creada por la fantasía.

Toda la vida la pasamos persiguiendo un ideal. Unos sueñan con la gloria, otros con la riqueza, otros con el amor.

Creemos que moriríamos de placer, sí llegásemos á lograr nuestros deseos.

No obstante, muchas veces vemos satisfechas nuestras aspiraciones y, sin embargo... no nos morimos. Y es que el corazón es muy pequeño, lo mismo para gozar que para sufrir. Llega á cierto extremo y de allí no pasa. La ilusión, en cambio, como el espíritu, es infinito.

Jamás encontrará diques nuestro pensamiento; nunca se agotarán los fantasmas constantes de nuestra imaginación. Allí donde no llega ni la razón, ni la voluntad, llega la ilusión embelleciéndolo todo.

¿Qué le importa á la fea carecer de atractivos, si se figura que no lo es y que puede encontrar el amor de los hombres?

¿Y á aquella que ya pasó de los cuarenta sin encontrar marido, pero que cree firmemente que cierto doncel le hace la corte y llegará á casarse con ella?

Hay señoras de edad que se dedican á proteger á los enamorados, con la ilusión solamente de que estos las atiendan y las adulen y aparenten obsequiarlas, aunque sea por la cuenta que les tiene.

Cierto que tales tipos provocan la hilaridad... pero... ¡son, en cambio, tan felices!

Por el contrario, la ilusión de otras personas produce efectos saludables, á más del bien que en sí encierra.

Jamás el novel autor escribe con más entusiasmo, que cuando espera el aplauso de la mujer hermosa.

Nada importan las noches de insomnio, los disgustos con el empresario, las luchas con los artistas, las con-

trariedades sin fin que llueven sobre su cabeza; se creerá suficientemente compensado si *ella*, aquélla pálida hermosura, de ojos de hurí y cabellos de seda, se inclina conmovida al verlo aparecer en la escena y le arroja desde el palco una mirada, ya que no le sea dable arrojarle un ramo de flores...

Si el de las ilusiones es militar, se dejará matar con alegría con tal de que aquella *ingrata* que lo dejó por otro, sienta remordimientos por su maldad y derrame una lágrima á su memoria.

Los viejos se vuelven niños, cuando, á pesar de sus años, están aún en la edad de las ilusiones.

Aquel pobre D. Tadeo, amigo mío, á quien nunca conocí más debilidad que la de robar terrones de azúcar en el café, murió de una pulmonía, porque á sus setenta años le dió por salir á cuerpo gentil en el invierno; y murió contento, porque oyó decir que *á su edad* nadie tenía mejor talle ni aire más marcial y distinguido.

¡Oh, dulce edad de las ilusiones! Yo te saludo reconocido, porque, merced á tu bien bienhechor influjo, no he roto ya estas cuartillas, convencido de que no pueden servir para nada.

Y continuaría de buena gana filosofando, como el *Doctor Faustino*, de Juan Valera:

«¿Por qué, señor, las perdices no serán todo pechuga?»

¡Feliz edad la que llaman *de las ilusiones*! ¡Feliz aquella otra en que uno se cree en el período de la *pérdida* de las mismas!...

¡Felices, en suma, sean todas las edades!

XXVII

EL DESMEMORIADO.

No se ha conocido tipo igual. Se casó, y la noche de novios, en lugar de irse á su nueva casa con su mujer, se marchó distraído á la antigua morada de soltero.

Salir á la calle sin sombrero, ponerse una zapatilla en el pie derecho y una bota en el izquierdo, fumar el cigarro por la parte encendida y guardarse la cerilla que le sirvió para encender, en el bolsillo, son cosas tan corrientes en D. Homobono, que no merecen tomarse en cuenta.

¡Cuántas veces veíamos venir al excelente amigo con el entrecejo fruncido, la boca seria, la frente pensativa y con un pañuelo en la mano con un nudo en cada punta!

—Lo que á mí me sucede—nos decía con acento compungido,—no le sucede á nadie. Eché este nudo para acordarme de una cosa, y este otro para que no se me olvidara lo que su compañero quería decir... ¡y así, sucesivamente, en las cuatro puntas!...

Mas, lo notable es, que pasados estos accesos de desaliento, sostiene que su memoria no es tan mala como parece.

Hay que temblar cuando al buen señor le ocurre alguna cosa grave. Si lo véis cien veces en esos momentos, os referirá otras tantas lo ocurrido.

—Voy á contarle á usted lo que me pasa—exclama en cuanto le echa á uno la vista encima.—¡Se va usted á quedar pasmado!

—Pero, don Homobono—decimos con la mayor amabilidad posible,—¡si ya me ha referido V. todo eso!

—¿De veras?—contesta con la mayor candidez;—¡pues juraría que no se lo había dicho á nadie! ¡Qué cabeza!

* * *

No es posible que llame á sus hijos (que son seis) por sus nombres. Si se acuerda de alguno de estos, lo trabuca, aplicándoselo á otro. Jamás se acuerda de la edad que tienen, de la época en que nacieron, ni de la carrera que estudian.

Una noche en que había llevado á sus hijas á una *soirée* (el pobre señor era viudo), se olvidó de ir á última hora por ellas.

Ya empezaban á impacientarse con la tardanza del papá, por más qué, conociendo la flaqueza de su memoria, achacaban á esto, y no á ningún accidente, el retraso de D. Homobono.

Con efecto; cuando ya se habían marchado todos los contertulios y los dueños de la casa discutían lo que

debía hacerse con las señoritas abandonadas, se presenta el buen señor, apuradísimo, sudoroso, á medio vestir y pidiendo mil perdones.

Todos prorumpieron en una sonora carcajada al verlo presentarse de aquel modo, pues, á más, el pobre señor, en su atolondramiento, había olvidado quitarse el gorro de dormir, que conservaba al entrar en el salón.

—Perdonad, señores—decía don Homobono, confuso como un colegial;—acabada de acostarme cuando recordé que había dejado aquí á mis hijas. Es un olvido imperdonable, lo conozco; más espero que no ha de repetirse.

* * *

Ultimamente, encontramos un día á don Homobono en un estado tal de preocupación y pesadumbre, que sospechamos le había ocurrido algo muy grave.

En pocas palabras nos contó el motivo de su disgusto.

Había perdido, ó le habían quitado, un resguardo de sumas entregadas en depósito en la Caja de Ahorros, que importaban una cantidad respetable.

El pobre señor estaba inconsolable.

—¡Mis hijos van á volverme loco—exclamaba con voz compungida;—como tengo esta cabeza, creerán que lo he perdido por mi falta de memoria. ¡Ya ve usted los ahorros de tantos años tirados á la calle!

Creímos, con efecto, que don Homobono había perdi-

do el documento, ó por lo menos, que lo había guardado en algún sitio que ya no recordaba.

A los pocos días volvimos á encontrarlo, con cara de Pascuas, los ojillos relucientes y bromista y decidor como nunca.

No nos dejó tiempo de preguntarle la causa de tan inusitada alegría.

—¡Pareció, pareció!—exclamaba lleno de gozo.—¡Es la primera satisfacción que me proporciona mi falta de memoria! Yo no recordaba que había sacado ese dinero; el dependiente de la Caja me sacó de mi error, cuando fuí á contarle lo que me ocurría, y después he caido en la cuenta de que ese dinero lo empleé en papel del Estado, depositándolo en el Banco de España. Vea usted el resguardo. Seguro está que se me pierda. No se separa de mi jamas.

Todos le dimos la enhorabuena y examinamos el resguardo,

Mas al desdoblarlo, no pudimos contener una exclamación de asombro.

¡Era un papel en blanco!

XXVIII

EL PERRO Y EL NIÑO.

Una inmensa gritería se oyó en la desierta calle. Las gallinas y los pollos que merodeaban en la yerba que crecía entre los guijarros, salieron á todo correr arrastrando el ala, y resbalándose en las mal unidas losas de la acera por la velocidad de la huida. Al mismo tiempo, varios gatillos que jugaban y se lavaban al sol, emprendieron una precipitada fuga, refugiándose en los portales que aun no había cerrado el miedo, pues al oirse el vocerío que se apróximaba calle abajo, los vecinos pacíficos, que tomaban el fresco á las puertas de sus viviendas, habían cerrado presurosos, á las voces cada vez más próximas y angustiosas, que gritaban:

—¡Un perro rabioso, un perro rabioso!

A medida que el tumulto crecía, abríanse con estrépito balcones y ventanas, por donde los curiosos vecinos, ya puestos á salvo de las furias caninas, veían el espectáculo á la vez repugnante y aterrador que ofrecía la calle.

Venía primero el acosado perro, jadeante, cubierto de sudor, y blanquecina baba le caía de su entreabierta boca. Era un animal que habría sido hermoso, si la enfermedad y la miseria no hubiesen manchado su piel y adelgazado tan horriblemente su cuerpo.

La bien modelada cabeza pendía de su cuello, rodeado por un pedazo de cordel, con tal cansancio y pesadumbre, que casi tocaba el hocico al suelo.

Los ojos inyectados y vidriosos miraban torvamente á su alrededor con expresión siniestra, y buscaban, en su veloz carrera, un agujero donde meterse, una tapia por la cual pudiese trepar, ó un abismo por donde tirarse de cabeza.

Venía acosado por las estrechas calles del pueblo, perseguido por una turba de muchachos y hombres armados de palos, látigos y chuzos, con los cuales intentaban darle muerte. Mas el pobre animal, con un poderoso instinto de conservación, huía cuanto le permitían sus ya cansadas fuerzas, esquivando los golpes, y á veces amenazando á sus perseguidores, que al verlo con intenciones hostiles retrocedían asustados.

Gritos de espanto y de furor se escapaban de aquellas gargantas enronquecidas. Los vecinos parapetados en sus casas, animaban á los que estaban en la calle, mientras los perros, asomados á los balcones, ladraban furiosamente á su compañero, como deseosos de lanzarse sobre él.

Había uno, sobre todo, el falderillo de la Marquesa, que asomado descaradamente á la ventana de su casa, atolondraba con estrindentes ladridos, capaces de taladrar oídos de bronce. Era un perrito cubierto por fina manta de paño grana, siempre tembloroso, haciéndose el cojito, y con más melindres y mimos que un niño mal

criado. ¡Qué diferencia entre el galguito, que solo comía sopas de leche y golosinas, y el pobre perro vagabundo, á quien la miseria y el abandono habían llevado á aquel extremo!

* * *

Apaciguado un tanto el tumulto, mientras se tomaban medidas para dar caza al animal rabioso, volviéronse á levantar los ánimos, al notar de nuevo movimientos poco tranquilizadores en el enemigo.

La causa del sobresalto había sido, que próximo al lugar donde se había parado el perro, rendido de fatiga, se había abierto una puerta, que dió paso á un niño de pocos años.

Un grito de angustia resonó en la calle con la aparición de la criatura.

—¿Dónde está la madre de ese niño?—gritaban todos horrorizados.—¿Quién ha dejado esa puerta abierta?

Nadie contestaba á las preguntas. La casa parecía desierta, pues ni por las ventanas, ni por la puerta, se veía alma viviente. Solamente el niño, hermoso, confiado, sonriente, se había quedado suspenso á pocos pasos de la puerta, comiéndose un pedazo de pan que llevaba en la mano.

Tendría cuatro ó cinco años apenas: rubio, gordinflón, con los grandes ojos azules un poco asustados, con el cabello ensortijado y revuelto, parecía un querubín, una aparición sobrenatural, un sueño.

Todos le reconocieron en el acto. Era el hijo de la señá María, la pobre viuda del albañil, que sin duda estaría en el río lavando, mientras su hijo dormía ó jugaba en la casa. Muchos habrían querido salvarlo, pero ninguno se atrevía á atravesar el trozo de calle que les separaba. Entre ellos y el niño se encontraba el perro rabioso que al ver aparecer á la criatura, se había levantado del rincón donde se echara y dirigido lentamente hacia ella.

Nueva exclamación de terror resonó en medio del lúgubre silencio que reinaba en la calle.

—¡Entra en la casa!—gritaban todos con angustioso acento.—¡Cierra la puerta! ¡corre que te va á morder!

El niño, aturdido ó indiferente, no se movía de su sitio. Tenía la aureola sublime de la inocente víctima sacrificada, la candorosa sonrisa del que desafía el peligro ignorado, del temerario que busca la muerte.

Entre tanto el perro, animado por el repentino silencio, marchaba despacito hacía el niño, mirando de reojo si alguien lo seguía, con paso entre receloso y astuto.

Nadie respiraba: ya no se oían gritos, sino sollozos y plegarias.

El niño, entre tanto, lejos de huir, había dado algunos pasos hacia la fiera, que ya se encontraba cerca. Un momento más, y ya no había remedio.

De repente una voz infantil resonó con dulce acento en la calle.

—¡Moro, Moro!—gritó el niño reconociendo al animal; —¡toma!—y alargando el brazo presentó al perro el pedazo de pan que tenía en la mano.

Esta nueva imprudencia impresionó á todos.

—Va á hacerlo pedazos—decían estremecidos al ver al animal junto al niño.

Mas al contrario de lo que se creía, el noble perro miró al que lo llamaba con ojos dulcísimos en que todo furor había desaparecido; de repente lanzó un gruñido de satisfacción, y con una delicadeza extremada cogió el mendrugo, sin rozar siquiera la mano que lo sujetaba, y lo engulló en el acto.

Concluído el festín, el animal agradecido pegaba grandes lametones en la cara y las manos de la criatura, que á su vez se reía y lo acariciaba, mientras la gente aplaudía y gritaba llena de entusiasmo.

La fiera estaba dominada. Una caricia y un pedazo de pan habían aplacado al enemigo, cuya única enfermedad era el hambre.

El niño fué vitoreado y acariciado por todo el mundo; y el perro estuvo tan obsequiado por todas las vecinas, que, salvado milagrosamente de haber muerto de hambre, estuvo á punto de sucumbir de indigestión.

XXIX

TARDE DE OTOÑO

(Fantasía descriptiva)

Empezaba á oscurecer. Los árboles de la Castellana, amarillentos ya y medio secos, dejaban caer sus hojas arrugadillas y oscuras que el viento arremolinaba sobre la arena del paseo, confundiéndolas con pedacillos de papel blanco, cáscaras de avellana y huesos de fruta.

Eran las últimas convulsiones de aquellas pobrecillas, tan verdes y lozanas pocos días antes. Aquel mismo aire las había mecido sobre su tronco, y las había adulado murmurándoles al oido mil ternezas y requiebros, y ahora, porque las veía viejas y marchitas, las atormentaba sin piedad, arrastrándolas por el suelo, azotándolas con su violento soplo y mezclándolas con todas las inmundicias de la calle.

Coquetas empedernidas en sus *verdes años* se habían

dejado llevar del menor soplo de brisa, que les había suspirado amores, y á la vejez pagaban, como las mujeres casquivanas, sus pasadas locuras, sufriendo el desprecio de los mismos que las habían obsequiado antes.

Sin poderlo remediar, me atraía poderosamente el movimiento incesante de las hojas, las cáscaras y los papeles, que unas veces volaban revueltos en reducido círculo, con rapidez vertiginosa, otras salían esparcidos, como numerosa familia que se disuelve ó se separa indefinidamente, hasta que el soplo de la suerte los reune de nuevo. La gente que paseaba pisaba aquellas pobres hojas, que durante las calurosas tardes del estío, la había preservado de los rayos del sol, prestándole fresca y dulce sombra.

Ahora no las necesitaba para nada; el sol calentaba poco, y sino las miraba con enojo porque ensuciaban el paseo, las oía quejarse bajo sus plantas con la voluptuosa complacencia de quien pasea sobre alfombra de flores.

No llamaban menos mi atención los pedazos de papel menudos é iguales que acompañaban en sus vuelos á las hojas. Eran, sin duda, cartas rotas que el viento, en sus giros caprichosos, había reunido en un mismo lugar, Dios sabe de qué sitio arrancadas. Tal vez volaban reunidas la carta amorosa, con la esquela de un acreedor que pide dinero; la cita de la esposa infiel, con los renglones temblorosos de la amante abandonada que pide pan para su hijo... Había en ellos letras menudas y desiguales de mujer elegante, renglones caprichosos trazados sin duda, por insegura mano; timbres de colores con corona de oro, y franjas de luto que denunciaban alguna desgracia. Todo se mezclaba y confundía entre los remolinos de polvo, con las cáscaras y los huesecí-

llos de fruta que recordaban las meriendas infantiles, los juegos de los niños y el placer de unos momentos. Al día siguiente la escoba municipal barrería todos aquellos despojos de dichas y dolores pasados, llevándolos á la fosa común. Aquello era como el aquelarre final de muchas grandezas y muchas alegrías, que unos días después no serían mas que polvo.

* * *

A lo lejos, en el paseo, se distinguía larga fila de carruajes que rodaban lentamente. Allí iban las hermosas á la moda, con sus trajecitos recien traidos de Bayona y Biarritz, ocultos los esbeltos talles con los abriguillos de verano, que pocos días antes las habian preservado de las húmedas brisas marinas, ó del frio seco de las montañas.

Alguno que otro sombrerillo de paja con flores y lazos de colores era la nota alegre de aquel conjunto gris y monótomo, que una ligerísima niebla envolvía, embelleciéndolo, á manera del ténue velo que la mujer hermosa echa sobre su rostro, aumentando sus hechizos.

Como fondo de todo, un cielo gris con tonos pálidos de topacio al horizonte, sobre el cual campeaban algunas nubecillas violáceas. Los árboles, destacándose por oscuro sobre el cielo, y la interminable hilera de carruajes, allá, á lo lejos, paseando en el inmenso escenario, ante el grandioso espectáculo de la naturaleza que muere, con la indiferencia que los comparsas de

los teatros asisten impasibles á la patética terminación de un drama ó una tragedia.

. . .

Ya hacía rato que había oscurecido, y sin embargo, yo continuaba sentado en uno de los bancos del paseo, abismado en mis pensamientos.

Los paseantes habían desaparecido, y solo alguno que otro coche rezagado cruzaba rápidamente por la alameda con los farolillos encendidos, que hacían, á lo lejos, el efecto de los fuegos fátuos que lamen la superficie de los pantanos.

Me disponía á retirarme también cuando un pelotón de gente, entre la cual se veían algunos agentes de orden público, se dirigió á donde yo me encontraba.

Sorprendido con la llegada del grupo, me levanté para enterarme de lo que era, y ví que traían una mujer desmayada, que depositaron sobre el banco.

Era una mujer joven todavía, demacrada y harapienta, que tenía aspecto de muerta.

—¡Está desmayada!—decían unos.

—No: está agonizando: está muerta:—contestaban otros rodeando á la infeliz.

Los agentes de la autoridad separaban con trabajo á los curiosos que, sin cesar, engrosaban el grupo. Uno de aquellos fué á buscar un coche para conducirla á la Casa de Socorro. El otro quedó velando á la mujer que no se movía.

Profunda piedad se apoderó de mí al contemplar la pobre criatura abandonada, que tal vez tendría madre, marido, hermanos, y que, no obstante se encontraba á merced de gentes extrañas, que experimentaban ante su desgracia más curiosidad que compasión.

Pregunté al policía pormenores de aquel incidente, y me contestó que, á pocos metros de donde nos encontrábamos, la había hallado, tendida en el suelo presa de un síncope. La recogieron sin conocimiento y la condujeron al banco.

No supe más. El agente añadía que creía haber visto correr á un hombre cuando ellos llegaron al lugar del suceso, que tal vez habia estado momentos antes ablando con ella. Eran suposiciones suyas.

—Historia de amoríos—añadia con maliciosa sonrisa;—¡como uno ve tanto!

La llegada del coche cortó las reflexiones filosóficas del respetable representante de la autoridad.

Se llevaron á la pobre mujer, que no daba señales de vida y se disolvió el grupo.

Yo emprendi el camino de casa.

Preocupado con aquel incidente y con las frases que acababa de escuchar, empece á forjar en mi imaginación una novela en que natural mente la heroina era la mujer desmayada...

Entre las mil combinaciones é historias que bullían en mi cabeza, siempre prevalecia la idea de la mujer abandonada. Sin duda el agente tenia razón. Habia allí algo de amores; una ruptura, un desengaño, el desenlace de algún drama. Algo, en fin, que terminaba; que se deshacía que se rompia para siempre. Y yo, preocupado con mis impresiones de aquella tarde otoñal, asociaba la figura de la mujer desmayada al espectáculo de la natura-

leza que moría, como complemento del cuadro que se habia extendido á mi vista pocas horas antes.

—Será hermana de aquellas hojas que rodaban por el paseo—decia en mis reflexiones.—Brillaron un dia con los esplendores de la juventud y la hermosura, y bastó un soplo de aire para arrancarlas de su trono y arrastrarlas por el suelo. ¡Pobre mujer abandonada! Para ella ha llegado también el otoño de la vida. Está enferma, desfigurada, pobre, y como ya no sirve para nada, el mismo que la halagó un día, la deja relegada al olvido...

Y filosofando de este modo, entré en un café que hallé al paso; pues con tanto cavilar y forjar dramas en mi mente, se me había abierto un voraz apetito.

XXX

FLORENCIA

Así llamaban á aquella muchacha de ojos negros como la noche. Aseguraban las poquísimas personas que de antiguo la conocian, que su verdadero nombre era otro, y que *Florencia* era nombre de guerra. Porque aquella criatura, que, en momentos dados tenía recatos y candideces de monja, era bailarina de la Opera, menos todavía, *figurante*, de esas que se exhiben medio desnudas en los bailes de espectáculo, cubiertas de talco de lentejuelas; que exponen por un pedazo de pan su hermosura y sus formas, las cuales precisamente han de ser intachables.

Cierto que, á veces, estas infelices, que cuando desnudan sus carnes del raso y el oropel prestado por el empresario, se cubren con los andrajos de una miseria mal disimulada, si se las encuentra de día, no causan la admiración que produjeron ante los reflejos de las luces *Drumon*, habilmente combinadas, y los cambiantes de los mil colores que llenan la escena deslumbrando al

espectador. Suelen verse sus mejillas descoloridas, los ojos rodeados del círculo oscuro que dejaron la vigilia y el cansancio, sus formas no acusan la redondez y la exuberancia propias de la juventud y el bienestar; mas estos pequeños defectos, que de día se notan, desaparecen en la escena, gracias á los algodones y al colorete.

La noche que encontramos á *Florencia*, se hallaba en uno de los descansos del baile, rodeada de admiradores, en el saloncillo del Real. Jamás había estado tan bella como en aquel momento. Su fisonomía, naturalmente melancólica y pensativa, aparecía entonces nublada por sombría tristeza. El traje blanco, sencillo y vaporoso, que apenas cubria el principio de las piernas y el final del escote, hacia resaltar su pelo negro, recojido sin pretensiones detrás de la cabeza.

Escuchaba con invencible indiferencia las bromas de mal gusto de unos, los conceptos y gracias de subido color que le dirijian otros, mirando sin cesar á la puerta de entrada como si esperase á alguien.

Sus adoradores recibian con muestras de extrañeza sus desvíos de aquella noche. Siempre fue amable y risueña con ellos; habia seguido sus bromas, y aun decian malas lenguas que dispensado favores á varios, por mas que todo el amor de su vida se consagró á uno solo. Su belleza, su gracia y un cierto instinto, no diré de pudor, pero al menos de orgullo ó dignidad mal entendida, habia sido aperitivo para excitar el deseo de aquellos calaverillas, acostumbrados á conquistas fáciles y hechos á cotizar el amor como se cotiza un objeto cualquiera.

No hacía mucho que la muchacha escuchaba distraída la conversación de los amigos, cuando la puerta del saloncito se abrió dando paso á un hombre.

Era joven, bien parecido, vestido con elegancia, aunque con la afectación propia de los que desean aparentar una posición que no tienen. Su aspecto simpático, aunque frío, denunciaba al que comparte la vida entre los bastidores del teatro y la casa de juego.

Al verle entrar, Florencia se levantó bruscamente del diván donde se hallaba sentada y corrió á su encuentro, dejando con la palabra en la boca á sus conocidos, que se miraron con aire de inteligencia.

Cuando llegó al lado de aquél, y apenas contestando á su saludo, le hizo una seña y salieron del salón. En el primer pasillo se detuvieron. Florencia estaba muy agitada, y al preguntarle el joven qué tenía, apenas pudo articular palabra. Después de un momento de silencio, dijo mirándole fijamente:

—Me han dicho que te casas. Yo me muero...

Se había puesto muy pálida, y su figura, apoyada en la ahumada pared del pasillo, donde lucía un mechero de gas, adquiría, con aquella luz indecisa, una poesía admirable.

—¿Otra vez empiezas con tus cavilaciones?—contestó el joven con despego.—¿Quién te ha inventado la historia? Alguna envidiosa, de seguro.

—Ahora no se equivocan—repuso la bailarina.—Antes de que lo diga la gente, lo noto yo en tu indiferencia. ¡Ya no me quieres!

—¿Mimos tenemos?...

—La verdad. Tú sabes que á nadie he querido en el mundo más que á tí. Y te he querido, lo digo con orgullo, por tí solo. En medio de mi miseria, de sobra sabes que jamas he recurrido á tí...

Un gesto de disgusto del amante cortó la frase de los labios de Florencia.

—No me parece generoso—le dijo—que me eches en cara que yo, en cambio, te he pedido auxilio en mis apuros...

No lo digo por eso—exclamó ella con desdén.—De lo hecho no me arrepiento... Haberte querido, ¡eso sí que me pesa!

—No tienes razón...

—Júrame que todo es mentira...

Iba á pronunciar el falso juramento, cuando el maestro se apareció en el pasillo llamando á Florencia.

—¡Niña, niña! ¿Qué distracciones son estas?... ¡A escena, corriendo, que va á empezar el baile!

No tuvo tiempo la muchacha sino de enjugar precipitadamente sus lágrimas; y, estrechando las manos de su amigo, partió á escape.

Nadie conoció en su rostro lo que pasaba en su alma. Estuvo bella como nunca, con la eterna sonrisa en los labios, con la mueca con que las infelices que deben distraer al público, ocultan sus dolores y sus desventuras.

* * *

Con efecto, no habían engañado á la bailarina cuando le anunciaron que su amante se casaba.

Desde aquella noche no volvió á verlo más. Un casamiento ventajoso que aseguraba su porvenir y le permitia liquidar con sus *ingleses*, le hizo renunciar, por el

momento á su vida de bastidores y dedicarse por algún tiempo á ser persona formal.

Terribles fueron para Florencia los primeros meses de su desengaño. El día lo pasaba llorando. Por la noche cubría su rostro con la mascarilla de albayalde y arrebol, que disimulaba los estragos de su pena.

Una noche se estrenaba cierto baile de espectáculo en el teatro de la Zarzuela. Ella, á quien su creciente hermosura daba puesto preferente en todos los cuadros, debía aparecer representando no sé qué alegoría.

Con efecto: al concluir el primer acto y en la mutación final, la aparición de la joven produjo una tempestad de aplausos.

Allá arriba, casi junto á las bambalinas, y rodeada de brillantes resplandores, se destacaba la figura ideal de Florencia, medio desnuda, y despidiendo chispazos de diamantes la reducida túnica que mal velaba su hermoso cuerpo. Llevaba luminosa estrella en la cabeza y sujetaba en una mano, que aprisionaba un alambre de seguridad, un foco de luz eléctrica.

Jamás baile alguno fué recibido con el entusiasmo que aquél cuadro final. A cada movimiento de la joven, que adoptaba actitudes distintas, los espectadores prorrumpían en gritos de frenesí.

De pronto, una formidable exclamación de terror se escapó de todos los labios. La bailarina, que se le había visto desconcertada en un momento dado, había vacilado sobre el reducido taburete donde estaba colocada, y tras un instante de perplegidad, había caído desde lo alto de las bambalinas al escenario. La recogieron medio muerta, enmedio de espantosa confusión, sin que nadie pudiera explicarse el motivo de tan desgraciado accidente.

Solo algunas personas conocieron la causa del desconcierto de *Florencia*, que le produjo tan desastrosa muerte.

En uno de los palcos del proscenio había visto á su antiguo amante que, ya casado, asistía con su mujer al espectáculo, y que sin pestañear, presenció después el trágico fin de aquella desdichada.

XXXI

COSAS DE LA EDAD.

Nada mejor en el mundo que *tener cosas.*

Ya se pueden cometer las mayores excentricidades, las acciones más reprensibles, las faltas más garrafales, si tenemos la suerte de que la gente nos las perdone todas, aplicándonos la frase sacramental de

—¡Cosas de Fulano!

Lo cual quiere decir que no nos toman en serio.

Y realmente, poco importa, con tal de qne, escudados con ello, nos sea permitido hacer cuanto se nos antoje, decir lo que nos parece y reirnos á nuestra vez del mundo.

—A mí—solía decirme cierto amigo—me importa muy poco el qué dirán. Mis parientes aseguran que no pueden hacer carrera de mí, porque no vivo como ellos. Dicen que soy muy raro, que no cumplo con nadie, que digo lo que siento, aunque sepa que desagrado á quien me escucha, que doy bromas pesadas... en fin, *¡mis cosas!* Yo me río y los dejo hablar hasta que se hartan.

Afirman que no vuelven á mi casa, que reñirán conmigo, que me pagarán del mismo modo... ¡Bah! ¡simplezas! Al fin y al cabo, todos me perdonan, porque yo hago el bien que puedo; no soy malo en el fondo, no tengo más que ciertas rarezas, manías naturales de hombre solo, desocupado; en fin, *son cosas* mías, á que no hay que dar importancia.

. . .

Además de *las cosas* que en general tienen algunos toda la vida, hay las *cosas de la edad.*

Entré un día en casa de una señora amiga, la cual, después de algunos años de matrimonio, había tenido un hijo en quien cifraba toda su dicha.

La casa, desde que vino al mundo el angelito, se había convertido en un infierno, si es que en aquel lugar se usan los muebles patas arriba, las alfombras llenas de recortes de papel, juguetes rotos y otros *excesos*, y las paredes cubiertas de rayas y monigotes, muestras precoces de las habilidades del niño en el arte de Apeles.

En suma, que aquella morada silenciosa, arreglada, modelo de orden y limpieza, se había trocado en una revolución continuada, que no daba lugar de reposo ni á la vista ni al espíritu.

La madre, desconcertada, se lamentaba con una amiga de la perturbación que su heredero había traído á la familia.

—Y lo peor de todo—añadía—es que su padre se

pone de un humor de todos los diablos, cuando entra en casa y no la encuentra como acostumbraba á encontrarla antes. Se desespera si el niño llora, si rabia ó si arma ruido con sus juegos, que, á decir verdad, no tienen nada de pacíficos. Asegura que así es imposible vivir, que los hijos quitan la tranquilidad y la vida, y concluye por marcharse á la calle... ¡Esto es lo que más me desespera! ¡Qué enemigos de chicos!

La señora con quien hablaba mi amiga, mujer de experiencia y de años, se sonreía con benevolencia al escuchar las quejas de la madre, y le contestaba con la mayor tranquilidad del mundo:

—Amiga mía, desde que nacemos no hacemos sino causar dolores y molestias á nuestros padres. Todos los chicos son iguales. Yo he tenido ocho y siempre me ha sucedido lo que á usted.

No hay que darle vueltas. Son *cosas de la edad*. Ya se irá corrigiendo.

* * *

Pasó mucho tiempo, y cierto día encontré á mi amiga en la calle, de riguroso luto. Se había quedado viuda con tres hijos. Le pregunté por ellos y por su suegro, con el cual vivía.

La pobre señora dió un suspiro y me empezó á contar sus desventuras. Su hijo menor, que contaba quince años, la tenia desesperada, pues le había dado por los toros y no estudiaba ni asistía á clase, ni soñaba más que con Mazzantini y Frascuelo, con la corrida del do-

mingo y las críticas de *Sobaquillo*, que las aprendía de memoria á fuerza de leerlas. Se peinaba como los toreros, se vestía imitando sus trajes, y durante la comida le daba las grandes jaquecas, sobre si Frascuelo estuvo mejor que Lagartijo en los quites, sobre si dió la estocada arrancando... por fin, que no se le podía sufrir al angelito con su afición al arte taurino.

—Todo eso no vale nada—le dije por consolarla;—esa afición le pasará cuando sea mayor y tenga más juicio y una educación más sólida. A esa edad á todos nos ha dado por algo. Déjele usted con sus toros. Después de todo ¡son cosas de la edad!

—Pues, ¿y lo que me sucede con Carlitos?—prosiguió la buena señora, que parecía encontrar alivio á sus penas comunicándolas.—Ese tiene veinte años. También le ha dado su manía por los amores, y aquí lo tiene usted que ha perdido dos años de la carrera por sus locuras y sus devaneos. No piensa más que en acicalarse, en vestirse como un Príncipe, en la cita que tiene con Fulana, en el teatro donde va á ver á Zutana. ¿Los libros? que duerman en un rincón. ¿La carrera? que se la lleve pateta. Lo que él quiere es gastar y triunfar, derrochando los ahorros que, á fuerza de trábajo, nos dejó su padre. Le aseguro á usted que si esas son también cosas de la edad, ¡es lo único que me hacía falta!

Le aseguré, como lo creía, que, con efecto, todos hemos tenido esa época de locuras y devaneos, propia de los pocos años.

—Es muy joven—le dije, por decir algo; deje usted que tenga 25 ó 30 años y ya verá usted.

—Veinticinco ó treinta—me interrumpió, dando un fuerte suspiro;—¡está usted fresco! Esa edad tiene precisamente mi hijo mayor, y es el que más disgustos me

da de los tres. Le ha dado por la política; se empeña en ser Diputado, en hablar en los clubs, en *salvar á la patria*, en una palabra, y aquí me tiene usted condenada á vivir siempre oyendo discursos; á estar en contínuo sobresalto cada vez que se habla de jarana ó de alterarse el orden público; pues sus ideas, más que avanzadas, lo tienen siempre en primera fila en materia de revoluciones y en lo que toca á volverlo todo patas arriba. Mi casa parece un Ministerio; ¡qué modo de llamar á la puerta! ¡Qué de cartas y recomendaciones y conferencias! Por supuesto, que solo pára en ella para dormir y medio comer. Tengo tres hijos y puede decirse que, con la manía de cada uno, vivo sola en el mundo.

—¡Al menos—dije, con la idea siempre de animarla un poco,—tiene usted á su lado una persona de respeto y experiencia, que la consolará á usted y le hará más llevaderas sus contrariedades!

—¿Lo dice usted por mi suegro?—contestó haciendo un expresivo gesto de disgusto;—ese es el peor de todos. Tiene ochenta años, está sordo, medio lelo, y su carácter, naturalmente desagradable, se ha agriado con los años de un modo tal, que se hace de todo punto insoportable. Ahora le ha dado la manía por creer que si alguna vez nos reimos ó hablamos de algo que con su sordera no comprende, se le figura que nos burlamos de él, y aquí nos tiene usted condenados á seriedad y mutismo perpetuo, si no queremos exasperarlo y que el mundo se nos venga encima.

—¡Cosas de la edad!—le dije sonriendo al despedirme, viendo que la buena señora no concluía nunca el relato de sus cuitas.—¡Esa es la única que ya no tiene remedio! Son las últimas manías que padecemos: las de los ochenta años.

Cuando me separé de mi amiga, iba diciendo para mis adentros:—Cosas del uno, cosas del otro, del de más allá... ¡Pero, señor! ¿en qué edad de la vida no se cometerán tonterías y locuras? Desde la cuna hasta el sepulcro, la existencia es una continuada serie de absurdos y necedades. Lo cual no es extraño, puesto que, parodiando la frase de Calderón, bien podría decirse que «la tontería mayor del hombre, es haber nacido.»

XXXII

VISITA A UN ASILO-MODELO

Tras una hora escasa de camino por magnífica y ancha carretera, á que espesos y corpulentos árboles daban apacible sombra, llegamos á las puertas del Asilo de pobres, de que era director un íntimo amigo mío.

El aspecto general del edificio predispone, desde luego, de un modo excelente, al efecto que produce su interior, tanto en la construcción y distribución de todas las dependencias, como en la limpieza, orden y disciplina de los asilados.

Consta el edificio de dos pisos, á los que centenares de anchas ventanas dan luz á torrentes y toda la ventilación necesaria á la aglomeración de la gente que dentro de sus muros habita.

La nota más saliente del Asilo es la limpieza. Mentira parece que un local en que viven cientos de asilados no tenga aspecto desagradable de hospital, ni de cárcel, ni de cuartel. Todo allí es risueño, aseado, cómodo en su misma modestia y se respira un aire puro y sano, lo

mismo en los anchos corredores, que en los interminables salones que sirven de dormitorios, enfermería, lavabos, etc., etc.

El interior del Asilo es una hábil combinación de patios, entre los cuales se levantan pabellones con ventanas á uno y otro lado, destinados cada uno á su uso, con la debida separación de hombres y mujeres, que no se ven para nada, ni para comer, ni para pasear, ni aun para asistir á la capilla, en la cual cada sexo tiene su nave separada.

El día en que visité el Asilo era domingo, por cuya razón todas las dependencias de trabajo estaban desiertas. Pregunté á mi amigo cuántos operarios tenía para la construcción de vestuario, mobiliario y limpieza, y quedé maravillado al oirle, con la mayor naturalidad del mundo que no tenía ninguno.

—¡Cómo!—exclamé sorprendido,—¿es posible que sin un ejército de trabajadores se pueda tener el edificio en este estado y construir todo lo que aquí se construye?

—Aquí los operarios—me contestó—son los mismos asilados. Ellos limpian la casa, hacen sus ropas, su calzado, sus muebles y sus camas. Aquí no hay nadie que no trabaje. Desde la gente joven, que se dedica á ejercicios que requieren fuerza y agilidad, hasta los viejos que no pueden moverse, todos se ocupan en algo. Los jóvenes trabajan en carpintería, herrería y demás oficios rudos; los menos inteligentes en la limpieza del establecimiento; los viejos, que no pueden hacer nada... mondan patatas. Hasta los ciegos, por no tenerlos en la ociosidad, turnan en el ejercicio de darle á una bomba... Bien es verdad—continuó sonriendo—que también todos disfrutan *sueldo*. Unos más, otros menos, no hay ninguno que, además de la comida, la casa y la

ropa, no esté gratificado por su trabajo. De este modo todos están contentos y encuentran más aliciente en trabajar algo.

Hablando de este modo, llegábamos á la enfermería, en la que poquísimos enfermos ocupaban sus lechos.

¡Cuánto os recordé, alcobas de Madrid, malsanas y pestilentes, en su mayoría! Al penetrar en la interminable sala destinada á los hombres, no se notaba ni el hedor de los enfermos ni el olor á medicinas, propio de estos lugares.

Una sencilla y bien combinada ventilación, no sólo por las ventanas, sí que también por ventiladores en el suelo y en el techo de la sala, mantenían la atmósfera pura, saturada de aromáticas emanaciones del campo y exenta de todo vaho malsano y repugnante.

—¿Cómo has hecho—pregunté—para que esta gente, acostumbrada á otros hábitos, se amolde á esta ventilación que muchos tildarían de exagerada? ¿Tienes enfermos y dejas abiertas las ventanas?

—Esto no es una cárcel, amigo mío—me contestó el Director riendo;—al que no le acomoda se marcha. Mas, el que está en el Asilo, tiene que amoldarse, no sólo á estas medidas higiénicas, sino á las de aseo que tengo prescritas. Aquí se baña todo el mundo cada tres días lo más tarde. Al llegar los pobres, se les fumiga en un cuarto separado de todos. Sus ropas, después de fumigadas, también se guardan, y se les da traje nuevo, y luego pasan por las manos del peluquero, barbero, etc., etc., etc., que los deja dignos de reunirse á sus compañeros.

—¿Y cómo os arreglais para bañar tanta gente?

Abriendo la puerta de otro salón, mi amigo me sacó de dudas. Penetramos en una sala en cuyo centro, y ro-

deado de barandilla, se bajaba á un recinto cuadrado, donde se veían seis ú ocho baños de gran tamaño, provistos de esponjas y pedazos de jabón. Grandes grifos de agua fría y caliente proveían las bañeras de zinc que se vertían en el mismo suelo, donde había varios desagües. Allí se bañaban la tercera parte de los asilados cada dia, operación que se repetía en otra parte del edificio con las asiladas.

Después de este salón, encontramos el de lavabo y tocador, que sorprendia agradablemente por su limpieza y sencillez. Una gran pila de mármol blanco, estrecha y larga, provista de grifos en su centro, servía para lavarse en agua corriente, de diez y ocho á veinte personas á la vez.

Las toallas son largas tiras de lienzo, colgadas de un cilindro cerca del techo. El que desee paño limpio, tira de la tela, y así, sucesivamente, va dando la vuelta el pedazo que está unido por ambas puntas.

El tocador, fijo en la pared, se repetía veinte ó treinta veces en el cuarto. Allí las asiladas podían acicalarse, aunque con gran dificultad, pues, tal vez á propósito, las lunas de los espejos dejaban mucho que desear, por ser de vidrio, de esos que repiten el semblante haciendo muecas.

.˙.

Revisadas las dependencias de arriba, bajamos á los talleres. Nada faltaba: imprenta, herrería, tahona, zapatería, sastre... y una escuela.

—¿Cuáles son los maestros de tantos oficios?—pregunté.

—Los mismos asilados—contestó mi amigo.—Aquí sólo hay una profesora de instrucción primaria y un profesor, que no son de la casa; los demás cargos los desempeñan pobres, educados en este Asilo, que se van sucediendo conforme sus antecesores fallecen ó se marchan. Todo el que lo desea puede aprender un oficio: carpintero, zapatero, peluquero, impresor... A la par que prestan sus servicios al establecimiento, aprenden insensiblemente la manera de ganarse un jornal el día que quieran salir de la casa.

Pasamos revista á los almacenes de vestuario y de provisiones, matadero, material de incendios, y, por último, la cocina.

Aunque después de haber visto la célebre cocina del monasterio portugués de Alcobaza, en la que, entre otras singularidades, existía un estanque para criar y conservar el pescado fresco; aunque después de esto, repito, parece que nada debe asombrar en este género, nos llamó la atención el orden y limpieza, que junto con la luz y la alegría reinaban en aquella dependencia.

Seis ú ocho enormes marmitas hervían en la gran hornilla de hierro semi circular que ocupaba la mitad de la sala. En el centro una grúa sirve para transportar las marmitas desde el fogón al suelo, y ya en él, se vierte el contenido en calderos más pequeños, en los cuales se transportan las viandas hasta los refectorios.

Una alimentación sana y abundante, de la cual presentan todos los días un plato al Director para su aprobación, sirve para mantener suficientemente á centenares de pobres, que, de no estar allí, habrían muerto quizás de hambre y de miseria.

Al salir del establecimiento, para visitar los bonitos jardines que lo rodean, se dirigían las asiladas á la capilla, donde como domingo rezaban el rosario.

Era conmovedor ver los grupos de aquellas infelices, á quienes la misma suerte hacía doblemente hermanas, servirse las unas á las otras, con solicitud y con cariño. Las jóvenes guiaban á las ancianas torpes y achacosas; las niñas pequeñas se dejaban conducir por las mayores, que les servían de madres... Tal vez las pobrecitas no habían conocido más que aquéllas...

Todos saludaban á mi amigo con el más cariñoso respeto; todos parecían contentos y felices.

Cuando á la caída de la tarde regresaba á mi casa, recordando todas las impresiones del día, dos aspiraciones completamente nuevas y extrañas bullían en mi cabeza.—Una de dos—pensaba,—ó hay que ser pobre de solemnidad y refugiarse en esta casa, ó inmensamente rico para poder fundar muchos Asilos-modelos. Y... naturalmente, en la disyuntiva, creo que el lector votará conmigo.

XXXIII

DON JUSTO BENDITO

Era lo que se llama *un alma de Dios*. Aún parece que lo estoy viendo. Viejecillo, consumido, con las afeitadas mejillas algo hundidas por la carencia de dientes y muelas; los cabellos escasos, pero cuidadosamente peinados hácia adelante, á fin de cubrir la lustrosa calvicie que amenazaba invadir el resto de la cabeza.

Tenía los ojillos grises y juguetones; mas aquella travesura, digámoslo así, de sus pupilas, no era hija precisamente de una alegría inusitada, sino que, á fuerza de querer ser agradable y afectuoso, tenía impreso, lo mismo en sus miradas que en su sonrisa, cierto sello de alegría, demasiado constante para ser siempre verdadera.

Vestía sin elegancia, pero con pulcritud y decencia. Jamás variaba de traje: siempre lo ví con los mismos pantalones, color de ceniza (si la ceniza tiene color), el mismo chaleco de cuadros, la corbata y levita negras, y el sombrero de copa con velillo, que, á juzgar por la

forma, debía ser el primero y el único, y aun el último de toda su vida. La sola variación que sufría este equipo consistía en un gabán color de pasa, que en los días crudos de invierno echaba sobre la raída levita, y una bufanda ó tapabocas que se liaba alrededor del cuello y se perdía bajo el ala, algo más pronunciada de lo que la moda exigía, de su sombrero.

Y del mismo modo que su forma exterior, nunca cambiaba de aspecto el interior, digámoslo así, de don Justo.

Era siempre de exacta igualdad en sus ideas, en sus acciones, en sus deseos, en sus gustos.

Nadie, ni aun sus íntimos amigos, lo habían visto incomodado.

No discutía jamás; jamás imponía ni demostraba su opinión ni sus aficiones. Se conformaba con los demás y complacía á todo el mundo con la sonrisa eterna en los labios, aun cuando este afán de complacer constantemente le costase un sacrificio casi siempre.

En una palabra, pasaba por la vida pidiendo perdón de haber nacido ó disculpándose de no haberse muerto todavia.

* * *

Como distintivo del carácter de D. Justo, notábase, á poco que se estudiase al personaje, un fondo de honradez y rectitud á toda prueba. Y hasta tal punto llevaba lo que para él era una religión, que si alguna vez se había arriesgado á disentir de la opinión de la generalidad

era cuando le hablaban de ciertos asuntos relacionados con su conciencia ó su delicadeza.

Hijo de un acaudalado comerciante, habría nadado en la opulencia, si al morir su padre y conocer, por escritos y documentos privados, que la fortuna heredada fué adquirida por medios poco lícitos, no la hubiese hecho, como vulgarmente se dice, *mangas y capirotes*, quedándose sin una peseta.

La riqueza ocultada á la Hacienda, la declaró al hacerse dueño del capital; lo que del contrabando procedía, se devolvió al fisco; los bienes mal adquiridos, se restituyeron á sus dueños; los negocios pérfidamente amañados, se deshicieron renunciando él á lo que en conciencia no le pertenecía. En suma, que á los dos meses de entrar en posesión de la herencia, el bueno de D. Justo necesitó pretender un destino para comer, y gracias que un amigo, el único que no lo creía loco, pudo conseguirle una credencial de seis mil reales.

* * *

Atenido á tan corto sueldo, tuvo que vivir quien podía haber nadado en oro. Cuando alguien le hablaba de esto, cambiaba de conversación en seguida y procuraba no dar explicaciones.

—Al fin y al cabo—solía decir á sus íntimos,—se trata de una cosa que no favorecía á mi padre... No me gusta hablar de este asunto. Los que me den la razón, se la

quitan á él, y los que aplaudan su conducta me tendrán por loco...

Y argumentaba como un libro D. Justo. Muchas personas que no comprendían su manera de ser, lo tachaban de raro, por lo menos. Harto habría tenido que luchar con la gente, si se hubiese propuesto convencerla de que lo que él hacía era lo moral y lo justo. Mas se conformaba con que le perdonasen su honradez, con tal de que nadie se creyese aludido con el ejemplo.

Al relatarnos algunas veces sus impresiones, cuando el reparto aquel de su herencia, solía decirnos, mientras una ráfaga de alegría, propia de una conciencia tranquila, inmaculada, cruzaba por sus ojos:

—No negaré á usted que me costó trabajillo lo que hice. ¡La carne es flaca, ¡claro! y quedarse de repente con el cielo y la tierra, y por añadidura con la seguridad de que nadie agradece lo que uno hace, no es grano de anís!... Pues, á pesar de todo, le aseguro que la noche que repartí la última peseta, dormí... ¡como un patriarca! Y no fueron aquellas las últimas batallas sostenidas —continuaba, animándose con sus recuerdos.—¿Creerá usted que ahora mismo, en mi pobre destino, también se ha introducido la serpiente, ofreciéndome el fruto prohibido?... ¡Cuántos negocios podía yo haber hecho, sin que se enterase la tierra! ¡Cuánto dinero me han ofrecido simplemente por *no hacer nada!* Pero, á Dios gracias, ¡hemos salido adelante del atolladero sin sucumbir!...

Y se frotaba las manos, arrugadillas y secas, con indefinible alegría, sin perder aquella expresión angelical y plácida de su risueño semblante.

* * *

Hace algunos años volví á encontrar á D. Justo, á quien había perdido de vista por algún tiempo. Me llamó la atención que, á pesar de ser verano, había modificado su traje el abrigo color de pasa que usaba en los grandes fríos. Su rostro, aunque conservando su habitual expresión de bondad, estaba demacrado y pálido.

Le pregunté qué le ocurría, y me contestó, dando un suspiro, que había adquirido una enfermedad bronquial, de la cual dudaba curarse.

—El médico me ha recomendado unos baños... ¡Sí, sí! ¡Para baños están los tiempos! ¡Con seis mil reales y descuento, vaya usted á veranear!..,

No sé de qué manera, formulé vagamente un ofrecimiento de ayudarle en lo que mis fuerzas alcanzaran. El bueno de D. Justo me estrechó las manos conmovido, sin articular palabra; mas, reponiéndose enseguida y haciendo un cómico movimiento de satisfacción, sacó su cartera y me mostró un paquete de billetes de Banco.

—En cuanto á dinero—me dijo bromeando y colocando los papelillos verdes y encarnados ante mis ojos,—¡estoy rico!

—¡Cómo!—exclamé.—¿Le ha tocado á usted la lotería?...

—¡Buena lotería nos dé Dios! Yo no juego á nada—dijo guardando la cartera.—De estas loterías me han caido varias en mi vida. La suerte ó el enemigo se empeña en favorecerme, dándome riquezas que no puedo aceptar. Este dinero que ha visto usted, no es ni puede ser mío.

—Pues entonces, ¿de quién es?

—No lo sé. Lo encontré en la calle.

Y acto seguido me contó, que yendo una mañana

muy temprano á su casa, después de haber velado á un amigo enfermo, tropezó con la susodicha cartera delante del Casino, entre unos papeles rotos. En vano había hecho pesquisas para encontrar á su dueño; nadie le había dado indicios para inducir siquiera quién pudiera ser el amo de aquel caudal.

—Cansado de indagar y de inquirir, fastidiado con esto, que para mí es un cuidado permanente, resolví anunciar el hallazgo en *La Correspondencia*. ¡Quién sabe si los sacrificios que me cuesta el anuncio servirán para restituir la suma á alguno que la pierda al monte aquella misma noche! Crea usted que esta idea me desanima. ¡Pero, cuando por el contrario, pienso que quizás el desgraciado que la perdió, recobre con ella la felicidad, acaso la honra, todos los sacrificios me parecen pocos!

Admirado del honrado proceder de aquel hombre, murmuré algunas palabras de entusiasmo, y me despedí animándole á que continuase en su empresa y recomendándole al mismo tiempo que cuidase de su salud.

—Más fácil es—me dijo al irse—que el dueño de estos billetes los recupere, que yo recupere aquélla. ¡Esto me lleva al hoyo!

Y, con efecto; no habían pasado quince días, cuando supe que el pobre de D. Justo Bendito había entregado su alma á Dios.

Murió tan apaciblemente como había vivido. Aun después de muerto, me dijeron que conservaba aquella sonrisilla bondadosa que en vida iluminaba su marchito semblante, como el rayo del sol que dora la tierra seca y la embellece. Muerto ya, aquella sonrisa parecía una mueca: tal vez la expresión de su desdén por las miserias de la vida.

Dijeron los médicos que, sin duda, habría curado de la enfermedad bronquial, tomando los baños que le habían recomendado. Mas él se resistió tenazmente, alegando su falta de recursos.

∴

Cuando sus parientes más cercanos abrieron el armario donde guardaba la poca ropa que tenía y buscaban algún documento que les indicara su última voluntad, encontraron la cartera intacta con los billetes de Banco y un papel escrito en que á sus parientes recomendaba eficacísimamente como su última que buscasen al dueño de aquella riqueza, custodiada por él con verdadera religiosidad hasta su muerte.

Mis últimos informes me permiten asegurar que sus herederos legaron á sus hijos una fortuna, tan mal adquirida como la que él recibió de su padre, el comerciante probo, íntegro, y modelo en la honrada clase.

XXXIV

LA NIÑERA

Llegó á Madrid siendo una chiquilla. Sus padres, pobres labradores de la Almunia (era aragonesa), la mandaron con un pariente lejano que traía melocotones para la feria de Septiembre y que se brindó á acompañarla á la corte.

—La chica ya sabe manejarse—le dijo la madre al entregársela.—Puede ponerse á coser y planchar como la que más... Que lo diga, sino, D. Evaristo; desde que vino al pueblo nadie le ha cuidado la ropa como ella... Mi trabajo me ha costado; pero tengo la satisfacción de que he hecho de ella una mujer de provecho.

En este punto puede asegurarse que el cariño maternal cegaba á la buena mujer, pues cuando llegó á Madrid Rosalía (que así se llamaba la muchacha) no encontró, á pesar de sus habilidades, cabida en ninguna parte.

—No te queda más recurso que meterte á niñera—le dijo una huevera de la calle de Cuchilleros amiga suya;

—eres muy pequeña para primera doncella, y si entras de segunda te reventarás trabajando. Tú ya has bregado con tus hermanos pequeños y te darás buenas trazas. Sigue mis consejos y hazte niñera.

Dicho y hecho. A los pocos días entró al cuidado de los niños en una casa de la clase media, donde inauguró su carrera de sirviente.

Era Rosalía por esta época una muchacha tosca, pero vivaracha. Tenía el cuerpo pequeño y fornido; la tez tostada y de subido color en las mejillas, especialmente; los ojos pequeñines, y la boca fresca y de labios abultados y rojos. Si se miraban sus muñecas y sus brazos solamente, se creía encontrar después una estatura jigante y vigorosa: mas el defecto mayor de Rosalía consistía en ser muy baja de cuerpo, defecto por el cual la habían desechado en varias casas donde pretendió entrar antes que en aquella donde al fin la recibieron.

—Eres muy pequeña—le habían dicho en todas partes—y no tienes *representación* para llevar los niños á paseo.

Ella se había quedado triste al ver que su manera de sér física fuese obstáculo para desempeñar una ocupación á la cual la inclinaban su afición á las criaturas y su insuficiencia para otros cargos.

Al fin vió el cielo abierto cuando la recibieron en aquella casa de gente *cursi*, eso sí, mas honrada.

—Es preciso que te peines de otro modo—le dijo la señora el primer día;—aquí no se llevan esos rodetes ni esas trenzas de esterilla que usan en tu tierra. Tienes que cortarte el flequillo y ponerte moño alto. Bien alto, ¿sabes? á ver si pareces mayorcita. Yo te haré un gorrito de terciopelo para que salgas con él, y te daré un *polisón* viejo... Es necesario que te afines, mujer, y dejes ese aire de paleta...

Los deseos de la señora se cumplieron, y Rosalía á los pocos días ya parecía otra, peinada y vestida según ella le había recomendado. Sin embargo, por más que se estiraba y subía el pelo á la coronilla y aumentaba los tacones, su estatura ganaba muy poco.

Cuando salía con el niño en brazos (era el rapazuelo de pocos meses), la capa y los faldones de la criatura casi le arrastraban por el suelo.

La cara coloradota se ocultaba entre el pañuelo bordado que, echado sobre el hombro, cubría la cabeza del infante y el pico de la capa que le subía por el otro lado...

Los primeros días, con la nueva *vestimenta*, el vaivén de coches y tranvías, el bullicio de las calles, la mareaban y no sabía por dónde iba. La pobrecilla no estaba acostumbrada á tanto movimiento, como criada en los tranquilos valles de la Almunia; así es que cuando volvía á casa y se ponía su vestidillo de percal y su toquilla al cuello (esas toquillas granate ó azul *gendarme* que hacen las delicias de las cocineras), se encontraba completamente á sus anchas.

Entonces eran de ver los bailes con el niño en brazos, las canciones de la *Gran vía*, desde la «Pobre chica» hasta el «Caballero de Gracia», las fiestas y ruidos distintos con que mareaba al pobre angelito.

Mas estas manifestaciones del carácter infantil de Rosalía, no duraron mucho tiempo. Al principio se hallaba muy contenta con el cargo que desempeñaba, y no creía que existiesen en el mundo otros horizontes para ella que aquellos que vislumbraba en su vida tranquila y modesta, que era casi un paraíso. Pero un día se introdujo la serpiente bajo la forma de una paisana suya, llamada Brígida, murmurándola al oído frases

de sentido misterioso, aunque de forma harto vulgares.

—¡Chica!—le dijo su amiga, cuando la encontró en la calle de Fuencarral, á donde había ido Rosalía á un encargo;—¿todavía estás de niñera?... Pues hija... ¡lucida estarás! ¡Si me hicieras caso, bobona, otro gallo te cantara!

No sabemos qué contestó á aquella *Menegilda,* Rosalía, que contemplaba absorta el lujo inusitado de su amiga; los botones niquelados del gabán, el velo de blonda y el manguito en que sepultaba las manos; pero algo debió decirle que no convenció á Brígida, pues ésta, como si se tratase de ganar una alma para el cielo, continuó con calor de este modo:

—Desengáñate, chica, de esa manera siempre serás una pobretona... Todas hemos hecho lo mismo; pero ¡qué caramba! no nos hemos de estar toda la vida con los niños á cuestas, y sin libertad para nada. Yo me hice doncella, y ya ves que no he echado mal pelo... tú no seas tonta, lo que hay que ser es primera doncella. Yo le hago los encargos á la señora, que tiene mucha confianza conmigo... y puede tenerla, ¡eso sí!... Sabe una cada *lío,* que tiembla el orbe; pero, hija... eso vale dinero, y á mí, dénme callar y vengan duros... ¡Luego, cuando una, vamos, no tiene así mal ver, los señoritos beben los vientos por nosotras!... ¡Tú, no seas boba! ¡Sabe Dios qué suerte te estás perdiendo por no hacerme a mí caso!

Algo muy grande debió pasar en la cabeza de Rosalía, después de la conversación con su amiga, pues se quedó tan preocupada y absorta, que en la casa no podían hacer carrera de ella.

—¡Pero criatura!—le decía su señora admirada;—¡pa-

rece que te has caído del techo! A tí te pasa algo, no me lo niegues. ¿No oyes al niño que llora? ¿qué haces que no le cantas y lo entretienes? ¡Quisiera yo saber en qué estás pensando!

En realidad, ni ella misma lo sabía. Tenía una confusión tal en su imaginación, de *primeras doncellas,* de botones niquelados, manguitos de pieles y señoritos que se enamoran de las criadas, que no sabía lo que le pasaba. La cuestión de amores la levantaba de cascos, pues ella jamás se había mirado al espejo á derechas, ni había pensado en agradar á nadie.

Cierto que un día el aguador, un muchacho como un castillo, que acababa de llegar de la tierra, se quedó mirándola embobado, mientras derramaba la cuba en el suelo, y le dijo con sonrisa estúpida:

—¡Qué colores tienes, chica... y qué puños!...

Y ella que era naturalmente záfia y arisca, le demostró enseguida la fuerza de estos últimos con un bofetón de padre y muy señor mío, mientras le decía roja de coraje (porque hay que advertir que el galáico se propasó un tanto):

—¡Animal, que estás echando el agua fuera! ¡Buena has puesto la cocina!... Y, á mí...

Y estas fueron sus únicas escaramuzas amorosas, hasta entonces.

Decidida á mudar de ocupación, tropezó desde los primeros momentos con una dificultad gravísima: no sabía planchar camisolas.

Dedicóse desde aquel día con grande afán á este difícil mecanismo de la plancha, y á escondidas de su ama hizo sus ensayos, auxiliada de la cocinera. Mucho gastó en almidón y *borrás* (!) y grandes sudores le costó el aprendizaje; pero, como una voluntad firme hace mi-

lagros, á los pocos días de este ejercicio. Rosalía era una notable planchadora.

Todo salía á pedir de boca. Ya no faltaba más que casa donde encontrase el puesto apetecido. Esto no sería difícil; la misma Brígida se lo había asegurado mil veces. Era, pues, cosa hecha su *ascenso*.

Y sucedió, que, un día en que la señora la mandó á unos encargos, salió Rosalía con el mejor vestido que le habían dado para pasear con el niño, el abrigo de paño de los días de lujo, y hasta creo que el gorrito de terciopelo metido en el bolsillo, y... hasta la fecha. No volvió á aparecer por la casa; ¡como que no había llevado el baul por la óptima razón de carecer de este embeleco!

La señora estaba furiosa contra ella.

—¡Todo, todito se lo ha llevado la muy pícara!—decía indignada;—¡hasta los dos duros que le dí para que me comprara unas botas!

Y.....

.. Nadie supo más de Rosalía. Es posible que ande por ahí transformada en señora, como su amiga Brígida; ¡quién sabe si habrá hecho fortuna ó se habrá perdido para siempre como tantas otras!... Tal vez su misma ama se haya codeado con ella sin conocerla. Yo, por mí, sé decir, que cuando tropiezo, por esos mundos de Dios, con una muchacha bajita de cuerpo, regordeta, con las mejillas encendidas y los ojos pequeñines, digo para mí, siguiéndola con la vista:

—¿Si será esa Rosalía?

XXXV

LA CRUZ DE ORO

Cristina era una muchacha muy linda y muy discreta, pero de escasa fortuna.

Huérfana de padre desde tierna edad, y atenida á la corta viudedad que le quedara á la que le dió el sér, vivió siempre en una modestia extremada; mejor dicho, en esa estrechez angustiosa de la clase media, mucho más dolorosa que la declarada mendicidad.

A pesar de su modestia y vida retirada, no faltaron á la hija de la viuda adoradores; y no iba una vez á paseo ó al teatro (á donde solían llevarla unos parientes acomodados), sin que hiciera alguna conquista.

Era Cristina lo que se llama una *mujer hermosa*.

Alta, arrogante, de formas esculturales y ojos grandes, obscuros y de intensísimo mirar.

Tenía su belleza un tanto llamativa, cierto no sé qué que atraía, lo mismo que su risa y su voz, que era como música soñada.

Su madre decía muchas veces, mirándola y moviendo tristemente la cabeza:

—Siento que seas tan hermosa.

Y, á la verdad, no había por qué abrigar temores, ni juzgar la hermosura de Cristina como peligro para su virtud.

La muchacha era buena, sencilla, cariñosa, por más que su carácter turbulento y alegre obscureciera algunas veces sus excelentes cualidades.

Al fin, y dadas las condiciones que quedan apuntadas de Cristina, hizo ésta á los veinte años lo que se llama *un casamiento loco*. Esto es, que entregó su mano á un hombre joven, guapo, elegante, inmensamente rico, y... perfectamente tonto.

Todo el mundo celebró la boda, y todas ó casi todas las mujeres envidiaron la suerte de Cristina.

Los periódicos hablaron extensamente de los regalos que el novio le había hecho, de los trajes salidos de los talleres de *Wort*, de los trenes, de los caballos, del suntuoso hotel que los recién casados ocuparían en la Castellana; todo fué comentado y descrito con los más mínimos detalles, encomiando al propio tiempo la hermosura de la recién casada (lo cual no era extraño), y la distinción, talento (!) y riqueza del marido.

Lo que ningún periódico describió ni nadie supo, fué el regalo que la madre hizo á Cristina pocos momentos antes de ir á la iglesia para casarse.

Estaba la buena señora muy conmovida, y, á pesar suyo, no podía mostrarse tan satisfecha como el caso requería.

Cuando su hija se disponía ya á salir, ataviada con el riquísimo traje de novia, llamóla aparte, y con vivísima emoción la dijo estas palabras:

—Ya sabes, hija mía, que mis recursos no me han permitido hacerte ningún regalo en esta solemnidad. No quiero, sin embargo, que carezcas del recuerdo de tu madre en este día...

Y desprendiendo de su cuello delgada cadenita, de donde pendía una cruz pequeña de oro, la colocó sobre el pecho de su hija y cerró el broche diciendo:

—Nunca me he separado de ella y quiero que tú la conserves toda la vida... Guárdala en mi memoria, no te la quites jamás: y si algún día te encuentras sola en la vida, si sientes vacilar tu virtud y no te encuentras digna de llevarla, besa esa cruz y acéptala con valor si te parece pesada...

Cristina, por toda respuesta, besó la cruz de oro y abrazó llorando á su madre.

Media hora después se unía para siempre al hombre que, impaciente y enamorado, la esperaba para llevarla al altar.

. . .

La dicha de los recién casados se nubló bien pronto, con el fallecimiento de la madre de Cristina, que ocurrió pocos meses después de los desposorios.

Con este motivo, cesaron la fiestas y recepciones que se venían sucediendo contínuamente desde la boda; el hotel quedó silencioso y triste, con la gran cancela del jardín cerrada, los criados y porteros de riguroso luto, y enfundadas las grandes arañas y mecheros de gas del soberbio vestíbulo.

Al principio, Luis, el marido de Cristina, acompañaba y consolaba á su mujer contínuamente y hacía la misma vida de retraimiento y soledad de ella.

Pero, pasados los meses primeros de su luto, empezó á cansarse de aquella monotonía, y poco á poco fué desertando del hogar doméstico.

Al principio fueron las juntas para tratar de su diputación (quería ser padre de la patria)... Después enfermedades de amigos á quienes era preciso asistir; luego convites, reuniones donde tenía que ver á los hombres de su partido...

Ultimamente, ya no buscaba pretextos para ausentarse de casa. Se iba porque quería, porque se aburría soberanamente al lado de su esposa, que no hacía más que llorar.

Claro está que él no la quería. El capricho, ilusión, ó lo que quiera que fuese, lo habían hecho casarse con una mujer á quien no apreciaba, ni amaba verdaderamente, y sobre todo, á quien no podía perdonar que fuese en todos sentidos superior á él.

La misma resignación de Cristina, no exenta de cierto orgullo desdeñoso, lo sacaba de quicio.

—Preferiría que mi mujer me armase un escándalo cada día—solía decir á sus amigos íntimos,—á verla encerrada en ese silencio que llega á veces hasta el desprecio!

. . .

Cristina, por su parte, languidecía en medio de aquella atmósfera glacial de su casa, abandonada de su ma-

rido, sin madre, sin hijos que la consolasen, sola en el mundo.

Las decepciones de Luis la habían herido mortalmente, No faltó alguna amiga caritativa que se cuidase de ponerla al corriente de ciertas distracciones de su marido, que hablaban muy alto en contra de su fidelidad para con ella...

—Si quieres—le habían dicho atizando sus celos y su rabia,—podría decirte el nombre de *ella*, la calle donde vive, la casa, todo...

Cristina la había obligado imperiosamente á que callara y la arrojó de su casa.

—¡Quién sabe si ésta también!...—se había dicho, viendo salir á la oficiosa amiga, con una mirada de odio.

No tenía á quién confiar sus amarguras. Cierto que no faltaba algún amigo de su marido que procurase consolarla y recibir sus confidencias. Pero ella los había alejado á todos de su lado. Quería ser honrada á toda costa, y ya que en aquella batalla que sostenía quedasen pedazos de su alma no quería dejar también girones de su honra.

* * *

Pero las cosas llegaron á tal estado, que la virtud más acrisolada se habría visto en peligro.

Luis se pasaba los días y las noches enteras sin ir á su casa. Trataba á su mujer de un modo indigno, y

cuando ella, por apurar todos los medios, se quejaba de su abandono, lloraba y le suplicaba que no la dejase sola, expuesta á mil peligros, él, con el cinismo mayor del mundo, se había encogido de hombros y había exclamado volviéndole la espalda:

—Te cansas en balde. Mientras más te incomodes, peor lo haré. Tus lágrimas me importan poco... ¡si se tratara de otra!...

Cristina había lanzado un alarido al oir estas frases, como si hubiese sentido azotada su mejilla. Se levantó roja de indignación, con los hermosos ojos extraviados y los labios temblorosos.

Decidida á poner término á aquella existencia indigna, estuvo dudando un momento entre tirarse por un balcón á la calle, ó arrojarse al vicio de cabeza...

Precisamente sobre su tocador estaba aún abierta la undécima carta de un adorador suyo, que era precisamente amigo íntimo del marido.

En ella le suplicaba que asistiese aquella noche al baile de la embajada.

«—Yo se lo ruego á usted—decía en uno de sus párrafos.—Puesto que no quiere usted recibirme en su casa, no deje de asistir á esta fiesta. Tengo que revelarle grandes cosas.»

Ya comprendía ella que aquello era un lazo que le tendían; que ir al baile equivalía á asistir á una cita...

—¿Y qué importa?—se dijo de repente, guardando la carta.—Él me precipita; ese hombre me interesa... ¡Sea!

Tiró de la campanilla y empezó á desnudarse febrilmente.

—Marieta—dijo á la doncella que se presentó,—mi vestido de baile... pronto... ¿cuál?... el que tú quieras:

¡el más elegante, el más bonito! Saca mis alhajas, la corona de brillantes, la *rivière*, todo lo mejor que encuentres; pero pronto, ¡por Dios! ¿Qué haces ahí mirándome con esa cara de tonta? Dí á Pedro que enganche, y ven enseguida á vestirme.

Marieta desapareció sin pronunciar palabra, mientras Cristina desabrochaba su traje de casa. Temblaba de frío la infeliz, y sus dedos crispados no atinaban con los botones del vestido.

Desnudábase delante de un espejo que retrataba su bella y doliente figura, que nada había perdido del irresistible encanto de otras veces. Maquinalmente dirigía á él sus asombradas miradas, tal vez preguntándose por qué siendo joven, hermosa, discreta, no la amaba ya su marido.

Al fin cayó al suelo su elegante traje de casa y apareció su busto, velado aún por la finísima batista de la chambra, cubierta de encajes. También era preciso quitar aquella prenda para poner el cuerpo escotado. Empezó á deshacer los lazos de cinta maquinalmente, sin dejar de mirar al espejo... De pronto, un grito se escapó de sus labios. Había visto en el cristal, y al descubrir sus hombros desnudos, una cosa pequeñita que brillaba sobre su nacarino pecho. Era una crucecita de oro: ¡la cruz que le dió su madre el día de la boda!

Algo muy grande pasó por el alma de aquella infeliz, que cayó de rodillas llorando amargamente.

Aquella cruz pequeñita y delicada en la forma, era la cruz de su vida, muy pesada y dura para sus hombros.

Recordó las palabras de su madre; *si sientes vacilar tu virtud, besa esa cruz y acéptala, aunque te parezca pesada.*

Cristina la desprendió de su cuello resignada y la besó mil veces, murmurando entre sollozos:

—¡Madre, madre mía! ¡Madre de mi alma!

∴

Pocos momentos después se oyó la voz de Marieta en la antecámara, que decía á un criado:

—Avise usted á Pedro que no enganche. La señora se queda en casa.

XXXVI

DOÑA INÉS

(CUENTO)

I

Ya hacía tiempo que en el convento de las religiosas de *** habían tocado á silencio, cuando la campanilla de la puerta por donde de día entraban las educandas, se agitó precipitadamente, poniendo en conmoción á las hermanas.

La puerta á donde llamaban se encontraba al final del largo pasillo, donde se hallaban las habitaciones de la portera y demás dependencias.

Aunque las religiosas, según su orden, no tenían clausura completa, la llegada de un desconocido que llamaba con tanta premura y á tales horas, no pudo menos de alarmarlas.

Corrió la hermana portera á la celda de la Superiora á consultar lo que debía hacer, y recibiendo orden de averiguar quién llamaba, salió precipitadamente, mientras la campanilla sonaba de nuevo.

No pasaron cinco minutos, y la portera se presentó otra vez en la celda de la religiosa.

—Es una mujer, una señora—dijo—que desea hablar con la señora Superiora.

—¿Te ha dicho quién es?—preguntó ésta algo inquieta.

—Se obstina en ocultar su nombre, reverenda madre. Trae, además, un velo muy espeso echado á la cara, y parece estar muy alterada.

—¿No le has dicho que de noche no es costumbre recibir á nadie en esta casa?

—Sí, madre. Pero me ha rogado diga que se trata de un asunto de suma importancia y que es indispensable que os hable esta noche.

La Superiora, tras un momento de duda, cerró el libro de oraciones que tenía en la mano, y como obedeciendo á secreto instinto, se levantó diciendo á la portera, que esperaba en la puerta:

—Que pase esa señora.

Oyéronse á lo largo del pasillo los pasos vacilantes y pesados de la monja, que murmuraba, no se sabe si una censura por aquella visita inoportuna, ó una plegaria, y abriendo la puerta á la desconocida, la indicó el camino hasta la celda, sin pronunciar palabra.

* * *

Cuando quedaron solas las dos mujeres, echó atrás la tapada el velo que le cubría el rostro, y se abrazó á la Superiora sollozando amargamente.

Era una mujer muy joven, casi una niña. Sus facciones, dulces y delicadas, aparecían marchitas antes de tiempo, no se sabe si por falta de salud ó por disgustos prematuros. Iba vestida de riguroso luto, y la negrura del traje hacía más diáfano el blanco nacarado de la tez y la pureza inmaculada de la frente cruzada de venas azules.

Los primeros momentos de aquella entrevista fueron silenciosos. Sin embargo, las dos mujeres se entendieron sin hablar, y la religiosa no preguntó nada.

—He venido—comenzó la joven con voz mal segura—porque prometí buscarla cuando me viese en algún peligro que yo no pudiera arrostrar por mí sola. Ese momento ha llegado. Estoy á dos pasos del abismo y vengo á que me aconseje y me salve.

La religiosa cruzó sus manos afiladas y blancas sobre el pecho y miró á la enlutada con expresión dolorosa.

—¿Y tu marido?—preguntó temerosa.

La joven hizo un gesto de despecho y de duda, y contestó, con más enojo que pesar:

—Mi marido no me quiere; peor aún... ¡ama á otra!

—¿Cómo lo sabes? Serán calumnias.

—¡Es verdad! y además tengo quien desea probármelo.

—¿Quién?

—Un hombre que me ama; me lo ha prometido.

Al oir esto, la religiosa se cubrió el rostro con las manos, murmurando tristemente:

—¡Oh, Dios mío, Dios misericordioso!

—Teneis razón en invocar á Dios—continuó la joven agitadísima;—sólo Él puede darme el remedio á mi mal. Debo confesarlo todo, madre mía. Me habeis educado, formado mi corazón é ilustrado mi inteligencia, y debéis

saber lo que se ha hecho de la semilla que con tanto cariño sembrásteis en mí. Yo soy una mujer casi culpable. Mi cuerpo es puro todavía; pero mi alma, debo declararlo aunque ofenda la santidad de estos lugares y la castidad de vuestros oídos, mi alma está sedienta de amor, de venganza, de olvido. Mi marido me engaña, y... ¡sabeis cuánto lo quería! Hay un hombre valiente, apasionado, que me persigue hace mucho tiempo. Sus más temibles armas contra mí son mi misma soledad y los desdenes de mi marido. He resistido mucho; pero hoy me brinda con la certeza de mi desgracia, á la par que con la perspectiva de una existencia venturosa á su lado, y ya no tengo fuerzas para luchar: sucumbiré...

La Superiora ahogó un pequeño grito al oir á la joven, y atrayéndola á sí, como queriendo defenderla, exclamó llena de angustia:

—¡Hija mía, hija mía! No hables de ese modo. ¡Mil veces morir primero!

—Eso, eso es lo que deseo—respondió la enlutada con algo de loca en la mirada;—no hay más que dos caminos: ó seguir á ese hombre, ó... morir.

Hubo un rato de pausa. La Superiora meditaba profundamente, fijas sus tristes miradas sobre la pálida figura de la joven.

De pronto, tras un rato de vacilación dolorosa, se levantó de su asiento, y dirigiéndose á un armario pequeño que había en la celda, sacó un frasquito de plata y lo presentó á su antigua educanda.

—Me has pedido consejo y amparo, y no en balde has venido. Entre la deshonra y la muerte, no debe haber vacilaciones: la muerte primero. Este frasquito contiene un veneno eficaz y activo. Lo tenía un viejo doctor del

convento... Tómalo y sálvate del deshonor, ya que tú no eres fuerte para salvarte.

La joven, con ademán febril, cogió el pomo y lo guardó en el seno. Algo sombrío y siniestro cruzó por su frente al despedirse de la religiosa.

Cuando la puerta de la celda se cerró, la Superiora cayó de rodillas murmurando entre sollozos:

—¡Sálvala tú, Dios mío!

II

Hay quien asegura que á las altas horas de aquella misma noche se abrió de nuevo sigilosamente la misma puerta por donde entrara D.ª Inés, saliendo por ella dos mujeres enlutadas, cubiertas con grandes y tupidos velos negros.

Después de enterarse de si la oscura calleja estaba desierta, partieron precipitadamente pegadas al muro; y después de atravesar varias calles y plazuelas, llamaron á la puerta de una casa grande y destartalada, por cuyos entreabiertos balcones se escapaban ráfagas de luz y ruído de platos y risas propios de una orgía.

Con efecto, en el salón principal de la casa varios jóvenes calaveras y mujeres alegres cenaban y cantaban en medio del más completo desorden.

Entre ellos se encontraba D. Luis, marido de doña Inés, más decidor, más alegre y más embriagado que ninguno. A su lado, una beldad *de picos pardos*, según las pragmáticas del tiempo, la célebre Esmeralda, que ya había devorado más de una fortuna y una tranquilidad doméstica, presidía el festín, hermosa y deslumbra-

dora, con cintillos de diamantes en el pelo y rico joyel en el exagerado escote de la gola de su vestido.

En lo más animado de la fiesta un paje presenta una carta á D. Luis, cuya lectura le hizo palidecer repentinamente.

Todos notaron su turbación y preguntaron la causa. D. Luis, tras un instante de vacilación, rompió el papel que aún conservaba en la mano, y tirando los pedazos al aire, dijo con estúpida risa, mientras ceñía con su brazo el esbelto talle de Esmeralda:

—¡Al diablo las preocupaciones! ¡Vivan la alegría y el amor!

III

Á la mañana siguiente cundió la voz por toda la población de que D.ª Inés había muerto.

Los criados la encontraron tendida en su cama, vestida de negro, como la habían visto la noche antes, sin señal ninguna de golpe ni herida que indicara una muerte violenta, y con triste y apacible palidez extendida por el bellísimo semblante.

La consternación de todos era horrible. Nadie sabía lo que debía hacerse, pues D. Luis, que pasaba todas las noches fuera de casa, no había vuelto todavía.

Corrieron al convento más cercano á pedir auxilio, y no tardó mucho la Superiora en presentarse en la casa y correr al lado de la infeliz D.ª Inés, dando orden de que la avisasen cuando llegase D. Luis.

Éste no tardó en llegar. Á pesar de venir completa-

mente ébrio, la noticia de la muerte de su esposa le produjo un efecto tan violento como doloroso.

La carta recibida aquella noche, en que se le anunciaba lo que iba á pasar y la terrible resolución de su mujer, no había conseguido despertar ningún sentimiento en su corazón, más bien entumecido que perverso.

Mas la realidad fría y desconsoladora que lo sorprendió al volver á la casa, le hizo conocer de repente y con desesperación que aún vivía dentro de su alma el amor de otros tiempos por aquella pobre criatura triste y desamparada.

Sus primeros transportes de desesperación los recibió la Superiora con calma y con triste sonrisa.

—Haceis mal en desesperaros—le dijo con frialdad;—¡ya es tarde! Anoche aún habría sido tiempo; hoy ¡nada tiene remedio!

—Teneis razón, madre; soy un miserable... Yo la he matado moralmente con mis locuras, y esta noche... con mi embriaguez y mi indiferencia. ¡Justo es el castigo!

—Su muerte, sin embargo—contestó la Superiora implacable – os deja en libertad absoluta. Debeis alegraros.

—Por dar la vida á D.ª Inés—exclamó D. Luis con acento sincero—daría la mía si pudiera.

* * *

Cuando penetraron la Superiora y D. Luis en la cámara mortuoria, un grito de asombro y alegría se escapó de los labios de este último.

Doña Inés estaba viva.

Recostada en varios almohadones y con dulce sonrisa en los cárdenos labios, recibió enternecida las súplicas y promesas de D. Luis, que no se daba cuenta de lo ocurrido.

La Superiora miraba el grupo enternecida, y con las manos cruzadas daba gracias á Dios.

En pocas palabras explicó al maravillado esposo lo ocurrido.

Había dado á D.ª Inés un narcótico, que ella, en su credulidad, creyó un veneno, á fin de intentar el último recurso para la reconciliación con su marido.

—Dios ha escuchado mis ruegos—concluyó la religiosa—y os vuelvo á ver dichosos. Amaos y sed felices.

Y si lector digerdes ser comento,
como me lo contaron te lo cuento.

XXXVII

DOS TUMBAS

Allá lejos, donde concluyen las últimas moradas de los vivos, y donde apenas si llegan confusos y apagados los clamores de la populosa ciudad, se levantan las blancas tapias del solitario cementerio, en el cual la tranquilidad y el silencio contrastan con el bullicio que, de parte de la población, viene á intervalos.

Ningún lugar tan á propósito como aquél para el reposo absoluto, para la inmovilidad eterna. Extensa ciudad de piedra, silenciosa como ciudad abandonada, ni aun los árboles rígidos, y secos en su mayoría, dan pretexto al viento para que murmure entre sus hojas. Los cipreses, altos y derechos como dedos inmóviles que señalan al cielo, parecen indicar con su fijeza contínua que, después de aquéllo, sólo hay la eternidad.

Y si bajamos los ojos á la tierra, la vista se pierde en aquellas interminables calles, flanqueadas de tumbas blancas y frías, haciéndonos creer á veces que estamos en un país en que la nieve envuelve como en blanco sudario los objetos.

* * *

No sé con qué mezcla de temor y de respeto, me interné en las sombrías alamedas que conducen al patio de los pobres, después de haberme separado del grupo de amigos que habíamos acompañado al pobre niño muerto.

La arena de las calles donde se alzaban las sepulturas, crujía bajo mis pies, como si la materia hecha polvo de los que dormían debajo de tierra el sueño eterno, tuviera sensibilidad todavía y se quejara del peso de mi planta.

Era cerca de noche. El cielo gris é igual pesaba sobre el cementerio á manera de inmensa losa, pronta á caer encima, cubriéndolo todo. Ni aun corría siquiera un soplo de aire: todo estaba inmóvil, petrificado. Yo era el solo sér que andaba y se movía en aquella ciudad de los muertos.

Al penetrar en el segundo patio, un ruido extraño y una voz que canturreaba una estrofa, repetida mil veces, llamó mi atención.

Me dirigí hácia donde venía el rumor y al poco tiempo, entre un grupo de árboles, hallé un hombre que cavaba una sepultura. Al verme, dejó el azadón sobre el suelo y se dirigió á mí.

Era un hombre envejecido más que viejo. Algunas hebras plateadas se descubrían entre su barba mal cuidada y espesa.

Los ojos grandes y hundidos miraban con extraña fijeza, llena de estupor, y el color terroso de la piel aumentaba la natural melancolía del semblante.

—¿Viene usted á encargar alguna sepultura?—me preguntó antes de que yo dijera nada.—¿Es para usted acaso?... mejor, se puede hacer á su gusto. Esta que está abierta no podrá ser... es la mía.

Desde las primeras palabras, comprendí que me las había con un loco; mas parecía pacífico y se esforzaba por demostrarme una amabilidad exagerada.

—Afortunadamente—le contesté—no pienso morirme por ahora. Le agradezco á usted su ofrecimiento. Hemos venido á enterrar á un pobre niño, y ya aquí, he tenido la idea de dar una vuelta por estos patios.

—¿Han enterrado á un niño?—dijo cambiando súbitamente de expresión y en extremo agitado;—¿y está ya enterrado? ¿No hay remedio? ¿Saben con certeza que está muerto?...

—Por desgracia, no cabe duda,—le respondí para tranquilizarlo.—¡Está realmente muerto el angelito!

—¡Está realmente muerto! ¡Está bien muerto! ¡Enteramente muerto!... Lo mismo decían de la infeliz Enriqueta, y, no obstante, caballero—¡horror causa solamente pronunciar la palabra!—¡estaba viva!

—¡Viva!—exclamé, dudando si aquella historia era hija de la exaltada fantasía del sepulturero ó terrible realidad.

—Yo mismo la enterré—continuó, animándose por grados.—Pensar, que yo, por mi mano, eché tierra sobre aquel cuerpo hermoso, que después ví destrozado por las terribles convulsiones de una espantosa agonía... ¡Yo tuve la culpa, miserable de mí! ¡Yo, que cavé estrecha la fosa!... ¡Si hubiese sido grande, grande, la pobrecita se habría salvado!... Por eso, cuando sé que entierran á alguno, siempre pregunto si está muerto de veras... Es espantoso enterrar vivo...

Una profunda piedad se apoderó de mí al oir las palabras que precipitadamente y con entonación inexplicable se escapaban de la boca de aquel hombre.

¿Qué había de verdad en el trágico suceso que contaba? Es posible que nada; y ¡quién sabe si, después de todo, lo que oía era un hecho consumado y no delirio de un demente!...

Esperé un rato á que volviese la calma á su espíritu, mientras él, como si estuviese solo, y serenándose de repente, volvió á su faena de cavar la tierra, canturreando entre dientes.

Había oscurecido, y sin embargo, no sé qué fuerza misteriosa me retenía al lado del loco. Él parecía no ocuparse de mí, y cuando le dirigí la palabra de nuevo, me miró con sorpresa, como si en aquel momento notase mi presencia.

Volvió á preguntarme cortesmente qué deseaba, y repitió la invitación de hacerme una sepultura á mi antojo. Le rogué que dejase su trabajo, y ya iba á pedirle me explicase los obscuros conceptos que había escuchado de sus labios, cuando se presentó una mujer anciana que venía en su busca.

Al verme hablando con él, me hizo signos con la mano y con los ojos, indicándome que no levantara acta de sus palabras.

—Vamos á casa, Pablo—le dijo, quitándole el azadón de la mano;—es tarde. Mañana seguirás tu trabajo.

Obedeció el loco dócilmente y todos nos dirigimos hacia la puerta. Por el camino interrogué á la mujer, que era madre de Pablo, y en pocas palabras me contó la verdad que había en la historia.

Aquella Enriqueta, que era la prometida de su hijo, murió pocos días antes del fijado para la boda. Pablo, de carácter naturalmente tétrico é impresionable, dió en la manía desde entonces de que habían enterrado

viva á su amada, y sin cesar cavaba todos los días una sepultura muy grande que, según él, había de servir para los dos.

La pobre anciana lloraba al contarme estas desdichas.

—La muerte á mí no me preocupa—me dijo con sencillez al despedirnos,—estoy habituada á esta idea, pues casada como estoy con un sepulturero, más trato tenemos con muertos que con vivos... Pero, la manía de mi pobre hijo, me mata lentamente. Está en lo mejor de su vida, y, sin embargo, muerto para todo. No sale del cementerio para nada... Cuando cambia de delirio, asegura que el mundo es una tumba grande, grande y que él está enterrado en vida también...

Me separé de la anciana impresionado y salí; al retirarme volví á oir la canturria del loco, que se dirigía lentamente á su casa.

—¡Enterrado en vida!—pensé—¡quién sabe! ¡Cuántos llevan la muerte en el alma, y se pasean por el mundo, que es para ellos inmenso sepulcro!

¡Enterrado vivo! Qué horribles serán las convulsiones de los que, creyendo que han muerto para todo, vuelven á la vida de los sentimientos cuando ya nada tiene remedio. ¡La tumba de la vida! ¡Mil veces más temible que la sepultura de la muerte!

XXXVIII

DEL MONTÓN

Ahora que la opinión pública y la prensa empiezan á preocuparse de los abusos que se cometen con los pobres niños del Hospício, obligándoles, mediante pequeñísima gratificación, á asistir, como ornato de lujo, á los entierros, exponiéndolos al frío, la lluvia ó el calor sofocante, perjudicando su salud física, así como endureciendo sus corazones con el continuo espectáculo de la muerte, viene como anillo al dedo cierta historia que me contaron hace tiempo, y que es como sigue:

∴

Ya hacía rato que Perico Villalarga, después de la tertulia de última hora en el Suizo, se había retirado á su casa para disponerse á conciliar el sueño.

Era Villalarga un hombre á la moda, con sus ribetes de descreido, con algo de melancolía que el escepti-

cismo había echado sobre su simpática fisonomía, demasiado seria para aquel á quien, como á él, le sonreía la fortuna, y hombre maduro, con un mucho de enamorado y tornadizo.

Su figura arrogante y su posición opulenta, hacían de Villalarga lo que se llama comunmente un *buen partido,* por cuyo motivo no había encontrado mujer que se le resistiera en su larga carrera de amoríos.

Contaban sus amigos que, á pesar de la vida disipada que llevara en sus mocedades (cuando lo conocemos frisaría ya en los cuarenta), lo habían visto realmente enamorado de una pobre muchacha, á la cual, no obstante que no son frecuentes los casos de que los reyes se casen con pastoras, creyeron le daría su nombre y su caudal, aunque perteneciese ella á esfera muy humilde.

Luisa, que así se llamaba la joven de que se trata, tendría apenas quince años cuando la conoció Villalarga.

Retirábase, como hemos dicho, cierta noche hacia su casa, cuando, yendo por la calle de la Montera, vió una muchacha que, con paso presuroso, se dirigía hacia la Red de San Luis.

Llevaba la pobrecilla cubierta la rubia y pequeña cabeza con un pañolillo negro; del mismo color era su traje y el raído mantón que cubría sus hombros; todo el aspecto de la criatura denunciaba pobreza casi rayana en la miseria.

Caminaba con la cabeza baja, los ojos fijos en el suelo, y como abstraída en sombríos pensamientos.

Perico Villalarga hubo de notar en ella indicios de una hermosura incipiente, pero que prometía ser es-

pléndida; y apasionado de lo desconocido, como hombre ya cansado de conquistas fáciles y prosáicas, la siguió.

Algún rato anduvieron el uno tras de la otra sin que la muchacha lo advirtiera. Cuando llegaron al final de la calle del Desengaño, Perico, cansado de hacer el papel de perseguidor, se colocó al lado de su conquista y la detuvo.

—¿Se le ha perdido á usted algo, niña?—le dijo con voz insinuante.—¡Como mira usted tanto al suelo!...

Levantó Luisa sus grandes y asustados ojos, y algo cortada, pero con sencillez que alejaba toda sospecha desfavorable, contestó con triste voz:

—¡He perdido, sí; he perdido á mi madre, caballero!

Aquel acento dolorido, aquella contestación ingenua y la figura de Luisa, dulce y resignada, hirieron fuertemente el corazón de Villalarga, hasta el extremo de mirar enternecido á la pobre criatura.

Ella, inocente, sola, desamparada en el mundo, contó á aquel hombre todas sus desventuras, con la voluptuosidad del que descarga su corazón de enorme peso, y se desborda en lágrimas de consuelo. En pocas palabras le refirió su vida. Su madre había muerto hacía ocho días. Era florista; no tenía á nadie, ni parientes, ni amigos, ni conocidos.

Habían llegado á Madrid un mes antes, y sus escasos recursos se gastaron en la enfermedad de la que le dió el ser y en el entierro. No le quedaban más que unos cuantos guiñapos, que llevaba precisamente á una casa de empeño por si querían darle algo para comer... Si esto no daba resultado (ella lo decía seriamente y mirando su situación con tranquilidad que causaba miedo), si no conseguía que le dieran unas monedas por aque-

llos harapos que oprimía convulsivamente contra el pecho, no le quedaba más recurso que morir...

.˙.

Qué le dijo Villalarga, de qué modo se valió para llevar la tranquilidad y la confianza al ánimo de la pobre niña abandonada, son cosas que se comprenden fácilmente, y no han llegado hasta mí en el relato del cuento.

Se mostró condolido de su suerte, le ofreció protección y amparo, manifestándole el respeto más absoluto, y ella, inocente... lo siguió.

.˙.

Aquellos amores no fueron largos; sin embargo, Luisa, herida mortalmente por la desgracia, no pudo sacudir de su débil naturaleza la enfermedad que al poco tiempo hizo presa de ella.

Sus encantos se marchitaron rápidamente, como flor que se seca antes de abrir sus pétalos por completo, y á los dos años escasos de conocer á Villalarga, se encontró de nuevo abandonada y madre de un niño de pocos meses.

Su existencia fué desde entonces continuo sufrimiento. El amor que guardaba hacia su infiel amante, era á la par el torcedor de su vida y la esperanza única que la sostenía en el mundo.

Habíase marchado Perico de Madrid, meses antes de

nacer su hijo, pretextando negocios urgentes en el extranjero. Desde allí escribió cartas frías é indiferentes á la pobre Luisa, hasta que llegó el día en que no volvió á saber de él.

Pocos años sobrevivió á su desengaño y su deshonra.

La cruel enfermedad llegó á su fin, y cuando un día viendo que se moría, llamó á la única persona que se apiadara de ella en su infortunio, apenas tuvo voz para hacerle sus últimos encargos.

—Quiero—le dijo con desasosiego—que mi hijo sepa el nombre de su padre. No sé por qué, me parece que algun día volverá y le dará el nombre que le corresponde... Entre tanto, no tengo más remedio que encargarte lo lleves á una casa de Misericordia... Así se llaman en Andalucía á los asilos y hospicios, y Luisa era andaluza.

Un sollozo desgarró el pecho de la infeliz al pronunciar estas palabras. Secándose después las lágrimas que corrían por sus mejillas,—continuó:

—A tí te encargo, mi buena amiga, que veles por ese pobre niño desamparado... Cuando sea mayor, háblale alguna vez de mí... háblale, sobre todo, de su padre, y hazle aprender su nombre.

Después de estas palabras, abrazó repetidas veces al niño, que lloraba asustado, levantó los tristes y abatidos ojos al cielo y espiró.

* * *

La amiga de la pobre Luisa cumplió su encargo.

Llevó al niño al Hospicio, y cuando fué mayorcito le habló de su padre y le dijo su nombre.

Era un niño encantador el hijo de Luisa, que se llamaba Pedro, como su padre. Habría sido sano y robusto si, en lugar del trato descuidado y poco higiénico que en esas casas se observa generalmente, hubiese tenido los cuidados y atenciones de una familia.

Su cuerpecito, fino y delicado, desaparecía bajo el tosco y desgarbado traje con que visten á las pobres criaturas, y sus manecitas, moradas de frío y descuidadas, parecían echar de menos el calor de los besos maternales y las caricias del padre.

* * *

El día en que lo conocimos, estaba el pobre niño, en compañía de otros desgraciados, en la puerta de una casa, donde estaba todo preparado para un entierro.

Llovía si tenía que llover, y los muchachos, mojados y muertos de frío, se pegaban á las paredes para resguardarse de la lluvia, debajo de los balcones. Las hachas, apagadas por el agua, humeaban entre sus manos, mientras ellos hacían bolillas con la cera derretida y jugaban con inocente alegría tirándoselas unos á otros.

El continuo espectáculo de la muerte era familiar para los niños hospicianos, que van á estas manifestaciones teatrales como quien asiste á una fiesta.

Grande algazara, mezclada de chanzas y risas, traían los muchachos en la acera, mientras los caballos empenachados sacudían los adornos de plumas, que chorreaban hilos de agua, y los lacayos remediaban en el portal los desperfectos producidos por la lluvia en las empolvadas pelucas.

Mucha gente agolpada en la puerta, esperaba con curiosidad la salida del entierro..,

Los vecinos hablaban del caso y contaban lo ocurrido. Habia sido una muerte repentina. ¿A qué prolongar el relato? Alguien pronunció el nombre del muerto... Un grito siguió á este nombre, y un niño del grupo de los hospicianos cayó al suelo sin sentido.

Todos corrieron á socorrerlo, y unas compasivas mujeres entraron en una portería al hijo de la pobre Luisa.

El muerto—á cuyo entierro asistía el pobre niño—era su padre.

El infeliz quedaba en el mundo solo. Entonces sí que se le podía considerar abandonado; ¡como que le protegia la beneficencia municipal ó provincial!

La que alquila á sus protegidos por una peseta, para lucrarse con sus acogidos como de materia utilizable, y cuyos rendimientos suelen filtrarse como matería de contrabando.

¡Y aún hay quien llame á estos niños los niños de la Providencia, y á estas casas, casas de Misericordia!

XXXIX

LA VUELTA DEL EMIGRANTE

Habían pasado cinco años, desde el día aquel en que Pedro Rubianes, el marido de Manuela, la del tío Miguel, se había despedido de su mujer para marcharse á América.

Iba el antiguo calafate en compañía de otros desgraciados que marchaban á lejanos países en busca de trabajo y pan para sus familias.

Pintar la desesperación de Pedro y de Manuela al separarse, sería tarea casi imposible. Hacía un año apenas que se habían casado, y aquella ausencia era superior á sus fuerzas.

Mucho habían luchado antes de decidirse á tomar una resolución extrema, pero la miseria había llamado ya más de una vez á la puerta de aquellos infelices, y no podía titubearse ni un día más en tomar algún partido.

—No hay más remedio que emigrar—le dijo un día Pedro á su mujer.—No se encuentra trabajo; todo está

perdido. El pedacillo de tierra que te dejó tu padre, nadie lo quiere, ni yo adelantaría nada con labrarlo... no hay quien compre por valor de una peseta... Mucho me cuesta dejarte, sobre todo marcharme sin conocer siquiera el hijo que llevas en tu seno... Dios lo quiere y yo tengo obligación de sacrificarme por los tres...

Manuela no contestó. Las lágrimas la ahogaban.

Cierto que aquella separación la dejaba desesperada, porque quería á Pedro con todo su corazón. Pero el niño que iba á nacer reclamaba ya de sus padres tan cruento sacrificio, y ella se extremecía de dolor al pensar que la miseria que ya rodeaba su existencia pudiera alcanzarle á él también.

Al fin, tras muchos días de lucha y de lloros, amaneció el que debía separarlos hasta Dios sabe cuándo.

—¿Volverá?—se había preguntado Manuela horrorizada al verlo saltar al bote. — ¿Volveré á estrecharlo sobre mi corazón, ó habrá sido esta mi última despedida?

Algunas caritativas mujeres la arrancaron, casi á la fuerza, del muelle, donde había quedado inmóvil, petrificada, con los grandes ojos fijos en la inmensidad del mar, en el cual no se divisaba sino un punto negro que se hundía en el horizonte.

Aquella sombra que se desvanecía, era el barco en que Pedro caminaba ya, lejos de la patria. Tal vez miraba él también con desesperados ojos la playa que acababa de abandonar y en la cual dejaba todo lo que en la vida le era querido. Para el pobre desterrado, aquel pedazo de arena que aún divisaba desde el barco, constituía todo lo más grande de la vida... la patria, el amor, la felicidad.

Al borrarse de su vista lo único que quedaba de todo aquello, sintió el pobre Pedro vehementes deseos de llorar.

La consideración de los séres que á su alrededor veía, tanto ó más desgraciados que él, no consiguió sino angustiarlo más y más.

Llegó la noche, y la luna, clara y melancólica, se alzó por la inmensidad del cielo azul, dejando caer sus rayos sobre la cabeza del mísero emigrante, que en silencio devoraba su llanto.

* * *

Las primeras cartas de Pedro á su mujer, acusaban el dolor más profundo y la nostalgia que se había apoderado de él sin abandonarlo un momento.

—«No tengo más consuelo —decía en una de ellas—que pensar en tí; pero este recuerdo es al mismo tiempo lo que más me amarga la vida. Todo esto será muy hermoso para el que sea feliz y pueda disfrutar sin la pena que me roe el corazón. Para mí todo está desierto.

»Además, el trabajo escasea. No hay donde ganar un peso, sino matándose, y todas las promesas que nos hicieron al salir van resultando mentira. Si Dios no lo remedia, mal va á salir este negocio.»

Largos meses transcurrieron sin recibir noticias halagüeñas del desterrado. Por el contrario, se notaba en las cartas de Pedro un desaliento que mal podía disimular, y una desesperación que causaba miedo.

En la que se refería al nacimiento de su hijo, se

acentuaba este estado de espíritu más que en ninguna.

—«La noticia de que soy padre—decía—me ha llenado de un gozo tal, que casi parece dolor. Dices que te hace sufrir la alegría porque no estoy á vuestro lado. ¡Compárate conmigo, que estoy solo, sin ninguno de vosotros!

»Díme cómo es, á quién se parece, si es fuerte y hermoso como tú... ¡Cuánto diera por verlo y estrecharos á los dos sobre mi pecho!

»A veces digo:—¡Qué he hecho yo, Dios mío, para este castigo! Tener un hijo y no poderlo abrazar, ni conocer sus facciones, ni oir su voz, ¡es un suplicio superior á mis fuerzas!»

Al fin, luego de muchos años y muchas cartas, en este ó parecido sentido, llegó una que puso fuera de si á la pobre Manuela. ¡Volvia con modesta fortuna, ganada con el sudor de su frente y con gotas de su sangre. Volvía al hogar abandonado, donde su mujer languidecía y su hijo reclamaba sus besos.

Las últimas cartas las había aprendido la pobre mujer de memoria.

«—Tengo miedo de tanta felicidad como me aguarda —escribía en la última.—Pensar que voy á veros para no separarme más de vosotros, es una dicha que me compensa todas las amarguras pasadas. Yo mismo procuro tranquilizarme, porque á veces los latidos del corazón casi me ahogan.

»¡Ver á mi hijo y recrearme en sus adoradas facciones: la ilusion mayor de mi vida! Cuida que lo primero que vean mis ojos al llegar á la playa, seais vosotros. Me moriré de pena si esto no sucede.»

* * *

El día que debia llegar Pedro, amaneció brillante y hermoso como mañana de primavera.

Decir que Manuela no durmió aquella noche, ni las anteriores, sería inútil.

¡Con qué primor vistió y peinó á su hijo, á su pequeño Pedro, que parecia un querubín! Lloraba la pobre mujer llena de ansiedad y alegría, y mucho antes de la hora en que debía llegar el vapor, ya estaba ella en el muelle.

Todos felicitaban á la pobre mujer y besaban al niño.

—¡Qué hermoso lo encontrará, Dios mío!—decia para sus adentros la madre, llena de orgullo.

Al fin, tras una hora de impaciente espera, s-nó un cañonazo, que anunciaba la llegada del barco.

Un grito se escapó de la multitud que esperaba á los emigrantes. Manuela, oprimiendo al niño contra su pecho y abriéndose paso á viva fuerza entre la gente, consiguió ponerse en primera fila.

Ya se divisaban los botes en que desembarcaban los pasajeros. Todos venian hacia la orilla cargados de gente.

—¿Dónde vendrá Pedro?—se preguntaba Manuela con inquietud, poniéndose en la punta de los pies y escudriñando todas las lanchas que iban llegando.

El le habia escrito: «en cuanto yo te vea te haré señas con un pañuelo encarnado.» El pañuelo no se veía.

Ya empezaba la infelíz á desfallecer, á dudar, á creer que se moría... No se veía á Pedro por ninguna parte.

De pronto, una voz que le hizo estremecerse toda, sonó á su espalda. Se volvió como impelida por un resorte. Pedro, apoyado en un marinero, estaba delante de ella. Un grito se escapó de sus labios; grito supremo que expresaba todos los dolores y todas las alegrias de su vida.

Pedro, paralizado, con la cara horriblemente desfigurada, extendió los brazos hácia la madre y el niño que lo llamaban á grandes voces.

Fué un momento aquel de terrible angustia: Manuela, horrorizada, medio loca, le presentaba en vano al pobre niño que lo llamaba á gritos.

—Míralo, Pedro, ¡es nuestro hijo, nuestro niño, míralo qué hermoso!

Pedro dejó caér con horrible desaliento los brazos, y amargas lágrimas brotaron de sus ojos, medio cerrados. ¡Estaba ciego!

Lo que ocurrió despues no podria describirse. Las preguntas, los lamentos, las exclamaciones se cruzaban entre sollozos y ayes de dolor.

Al principio no se oían sino palabras entrecortadas, frases sueltas, sin sentido, «una caldera rota... la del mismo vapor donde venían... ¡venía él tan contento! soñando con ver á su hijo y á su mujer... y ¡estar ciego! Dios poderoso, ¡ciego para toda la vida! y vivia por milagro... Ojalá hubiese muerto como tantos otros... él habia quedado vivo, es verdad, pero ciego y con la cara y las manos horriblemente desfiguradas...»

Manuela, muda de dolor, contemplaba con asombrados ojos á su marido, y acariciaba al niño que lloraba...

Hubo un momento de silencio. De pronto, el niño, desprendiéndose de los brazos de su madre, cogió las manos de Pedro con afán, y le dijo con su media lengua encantadora:

—¡No llores, papá... aunque no veas, nosotros te queremos mucho!

—¡Tienes razón, qué diablos!—exclamó el pobre ciego estrechando al niño y á la madre;—aunque no os vea,

escucho vuestras voces, y os siento á mi lado... ¡Soy dichoso!.. y os traigo una pequeña fortuna... sí, ¡qué diablos! ¡Soy dichoso, soy dichoso!... ¡Qué hermoso es el cielo de la patria, y qué divinos los alientos del hogar!

Y con efecto, Pedro fué felíz en el resto de sus dias: ¡tanto puede la voz del corazón y el ambiente del suelo natal!

XL

POR UN ACCIDENTE

Fué en los primeros días de Julio; podría decir el sitio, la hora, el tiempo que hacía, las personas que figuraron en él, las palabras que se cruzaron; tan grabados quedaron en mi memoria los episodios de aquella tarde.

Hacía ya calor, y á pesar de ser casi de noche, se notaba en la atmósfera, caldeada y polvorienta, ese vaho peculiar de las calles de Madrid en estío.

Delante de los Jardines del Retiro se veía larga fila de coches y multitud de curiosos aglomerados en la puerta. Se trataba de un concierto benéfico, y claro está, todo el Madrid elegante habia acudido á la cita, ansioso de ver y ser visto, de lucir sus *toilettes* las señoras, y de pasear las *cocottes* sus galas y sus joyas, adquiridas tan fácilmente aunque á tanto precio...

Oíanse desde fuera algunas notas perdidas de la orquesta, que, dicho sea de paso, dejaba bastante que desear; pero al público de aquella tarde le tenia la música sin cuidado, seguramente, y prefería los sones de la

charanga militar á los conciertos de Bretón y de Espino, donde no iba *nadie conocido*.

Como ya hemos dicho, empezaba á obscurecer, y algunos comenzaban á abandonar los Jardines. Los coches se abrian paso trabajosamente por medio de los curiosos que obstruian la salida, formándose hácia la subida de la puerta de Alcalá la confusión natural á la terminación de estos espectáculos.

De pronto, un agudo grito resonó entre el sordo rumor de las ruedas sobre el suelo enfangado y el pisar de los caballos.

Un carruaje, parado repentinamente por el cochero, fué rodeado de gente, sacando de entre las ruedas una pobre anciana desmayada.

La confusión que siguió al siniestro fué grande: todos querian tomar una resolución, llamar á la autoridad, y detener al cochero y al dueño del coche.

—¡Está muerta! ¡Le han roto las piernas! ¡Que busquen á la pareja!

Estas y otras exclamaciones se oyeron entre las disculpas del automedonte y las recriminaciones de los curiosos.

—¡No se puede con estos paletos!—decia el cochero sofocado.—Se paran como papanatas y se meten debajo de los caballos, aunque uno les grite hasta desgañitarse.

La discusión, que aunque acalorada, fué breve, se cortó con la voz, imperiosa y aterrada, de la mujer que ocupaba el carruaje, que habia abierto la portezuela.

Era una joven bellísima, á quien la repentina palidez daba nuevo encanto. Iba vestida con elegancia, aunque de un modo algo exagerado, que cuadraba á maravilla con su hermosura llamativa y arrogante.

Todo el mundo guardó silencio cuando asomó su lindo rostro por la portezuela, y con ansiedad mal disimulada dijo al lacayo:

—Pronto, Juan, que suban esa mujer á mi coche.

El lacayo obedeció, y ayudado de un hombre del pueblo depositaron á la anciana, desmayada y llena de lodo y sangre, sobre los cojines satinados del vehículo.

La gente allí reunida, impresionable y vehemente como es el pueblo en general, trocó el enojo que antes sintiera por la dueña del coche, en entusiasmo, y aplaudio la acción de la joven, mientras ésta daba órdenes de marchar á escape á casa.

Mientras los curiosos se separaban para dejar paso á los briosos caballos, fustigados por el cochero, que también tenia prisa de escapar, la joven abrazaba llorando el cuerpo inanimado de la pobre mujer, gritando entre sollozos:

—¡Madre, madre mía!

* * *

La enfermedad de la pobre mujer fué larga y penosa; pero, gracias á los cuidados de la ciencia y al esmero con que fué asistida, pudo salvarse.

Grande fué el agradecimiento de la pobre mujer hacia su desconocida bienhechora, y vehementes sus deseos de conocerla. Mas Virginia, que así se llamaba la dueña de la casa, pasados los primeros días en que la enferma no conocia á nadie, no volvió á presentarse delante de ella, temiendo que al reconocerla recayera la anciana en su enfermedad.

La historia de Virginia se supone facilmente. Fué una de estas jóvenes que huyen del techo paterno por seguir á un amante, el cual luego las abandona, y dado el primer paso, lo demás es cosa inevitable.

La vida de la joven en Madrid fué una contínua serie de caídas y humillaciones, hasta el presente, que le habia sonreido la suerte bajo la forma de un hombre rico y tonto, que se había enamorado de ella perdidamente.

Y él era quien pagaba aquellos trajes, aquellas joyas, el suntuoso hotel que habitaba y... el tren espléndido cuyos magníficos caballos andaluces habían atropellado á la madre de su amante.

Desde aquel día, la existencia de Virginia fué una contínua lucha y una ansiedad dolorosa.

¿Se presentaría á su madre é imploraría el perdón?

¡Oh, aquella impresión podia matar á la anciana de repente! ¿Seguiría ocultándose y dejaría partir á la que le dió el ser sin besarla una vez siquiera?

Estas y otras preguntas se hacía continuamente la pobre joven, y siempre concluía diciendo:

—¡Nunca me perdonará mi deshonra!

Su doncella Anita le daba noticias frecuentes de la anciana.

—Siempre pregunta por la señora—solía decirle alguna vez, mientras la vestía.—Dice que debe de ser un ángel quien se porta de ese modo, y me ruega que la traiga á donde usted esté. ¡Pobre mujer! ¡Y es bien desgraciada! Vino á Madrid buscando á una hija que huyó de su lado. Dice que daría su vida por encontrarla...

Virginia interrumpía bruscamente á la parlanchina

doncella, y la hacía callar con un gesto imperioso.

Aquellas palabras la trastornaban y creía que no podría disimular mucho tiempo.

* * *

Cierta tarde en que Virginia había salido, rogó la anciana que le dejaran ver siquiera la casa; consintió Anita gustosa, y era de ver las admiraciones de la pobre mujer en cada salón que visitaba.

—¡Madre de Dios!—exclamaba parándose delante de cada objeto que llamaba su atención.—¡Si esto parece la gloria! ¿Y dice usted que aquí no hay nadie más que la señora?

La doncella, haciendo un malicioso mohín, dijo sonriendo y sepultando las manos en los bolsillos de su delantal de batista:

—El *señor* viene... á ratos.

—¡Ya!—contestó la anciana comprendiéndolo todo.

Y dijo después, como respondiendo á un pensamiento suyo:

—¡Qué lástima!

De pronto, una exclamación de terror, de angustia, se escapó de sus labios, y oprimiendo con fuerza el brazo de Anita, dijo señalando á un retrato que se veía sobre una chimenea:

—¿Quién es ésta? ¿quién es ésta?

Anita, asustada, trató de desprenderse de las manos de la vieja.

—Es la señora, la que la ha salvado... ¡pero, suelte usted!

La anciana no contestó. Un alarido, un grito ronco y formidable se escapó de su pecho, y una oleada de sangre encendió su cara.

—¡Perdida! murmuró cerrando los puños con furor...

* * *

Aquella misma noche, cuando todos dormían, salió la anciana sigilosamente de su habitacion con intención de marcharse. Temblaba la infeliz de frío y de impaciencia. ¡No queria estar más en aquella casa; era una casa infame, la casa de una mujer deshonrada, prostituída.

Cuando ya estaba en el portal, una sombra salió á su encuentro. Era su hija, Virginia, pero vestida como una mujer del pueblo, con un traje análogo al que llevaba su madre.

La anciana la rechazó con horror; Virginia se arrodilló y le besó las manos.

—Perdón, perdón—exclamó con angustiado acento;—he sido mala, pero estoy arrepentida y quiero irme contigo. ¡Sálvame, sácame de esta casa y llévame á una choza, donde yo viva á tu lado para siempre!

La anciana, después de un momento de desasosiego, extendió los brazos á su hija, que lloraba arrodillada, y entre risas y lágrimas exclamó, levantándola y estrechándola sobre su pecho:

—¡Te perdono!

XLI

¡CUANTAS, CALENTITAS, CUANTAS!

Aquella noche—¡era la víspera de Todos Santos!—entró Pepe Cendales en el palquillo de los Bufos algo más temprano que de costumbre.

Teníamos por entonces varios amigos un abono á diario en aquellos que impropiamente llamaban palcos, del que fué teatro del Circo. Allí, en aquellas incómodas y hundidas plateas, pasábamos las noches más deliciosas del mundo, contando cada uno un sucedido, una aventura, una anécdota; comentando la crónica escandalosa del día y... admirando las gallardas y tentadoras formas de las *suripantas*, con las cuales cambiábamos miradas y sonrisas.

Estábamos en un intermedio, cuando, abriéndose la puerta del palco con estrépito, penetró nuestro amigo con su habitual simpática fisonomía, algo amoratada por el frío, el sombrero echado atrás y las manos metidas en los bolsillos.

—Tomad—dijo sin dar las buenas noches y sacando puñados de castañas asadas, que iba echando sobre la

banqueta;—esta noche es de rigor comer castañas.,. ¡Demonio, y cómo abrasan!... Ya me lo dijo la mujer al vendérmelas: «están que queman, señorito,» y con efecto...

Y soplándose los dedos y soltando el asado fruto sobre la bayeta encarnada del asiento, desocupó los bolsillos, en medio de las bromas de todos, que acogimos el presente con entusiasmo.

—Y mientras comemos—dijo sentándose—os voy á contar un sucedido, que parece cuento.

Todos nos preparamos para oir lo que Pepe Cendales iba á referirnos, seguros de pasar un rato agradable.

Era nuestro amigo lo que generalmente se llama un *buen tipo*. Vehemente, exagerado en sus sentimientos, arrebatado á veces hasta el delirio, otras taciturno hasta la hipocondría. Sencillo como una criatura, un si es ó no es romántico, y creyendo siempre, ó queriendo encontrar en todo, motivo para una novela, para un drama, para una tragedia...

Todos le queríamos y disculpábamos sus genialidades y extravagancias, como se disculpa á un niño mimado ó á una persona enferma.

. . .

—Hace muchos años—comenzó Pepe, tras un momento de silencio—vivía yo con unos tíos míos que me habían traído á Madrid para estudiar, después de la muerte de mi padre. Era invierno, y frente por frente de mi casa, había una taberna á cuya puerta se colocaba una mujer á vender castañas asadas. Todas las noches,

mientras yo estudiaba, oía desde mi cuarto la voz de aquella mujer que pregonaba su mercancía, y de vez en cuando alguna sonora carcajada, escapada también de sus labios, producida, sin duda, por los chicoleos que traía con todos los señoritos del barrio que, atraídos por su singular belleza, se acercaban á comprar castañas.

(Pausa).

No se si podré pintaros con asomos de verdad la sin par hermosura de Soledad, que así se llamaba la castañera; por más que, á pesar de los años transcurridos, la tengo tan presente, como si la tuviera delante de mis ojos.

(Nueva pausa, como quien se prepara á recordar ó á inventar).

Era morena, pequeña, de delgado talle, amplias y bien conformadas caderas, andar airoso y resuelto, manos chiquitinas como juguetes y ojos traidores y negros como la noche. Las guedejas, negras también como el ala del cuervo, caían sobre la frente de marfil, echando sobre el rostro, patético é interesante, cierta negrura que le daba mayor encanto y atractivo...

(Siguiendo, satisfecho de su descripción).

Su carácter, alegre unas veces, triste otras, era siempre exaltado y vehemente, como buena andaluza. Había venido no sé si del Perchel ó de la Macarena; lo que sí recuerdo es que conservaba puro el tipo meridional, en su acento, en su irritabilidad, en lo plañidero de su voz y en la gracia de su frase, siempre picante y oportuna siempre...

De qué manera llegamos á entendernos á los pocos días, fácilmente se comprende sin que yo os lo explique. Por las noches hacíamos nuestras escapatorias, que

para mí, al menos, novato en estos lances de amor, eran sabrosísimas. Teníamos nuestras señales para comunicarnos, y cuando mis tíos marchaban al teatro y la madre de Soledad dormitaba en un rincón de la taberna, yo abandonaba los libros y ella el asador de las castañas (á cuya vigilancia dejaba un hermanillo pequeño) y partíamos los dos, locos de felicidad, por esos mundos de Dios...

La señal que teníamos convenida para avisarme ella de que su madrastra dormía, era pregonar tres veces seguidas y con corto intervalo *«¡cuántas, calentitas, cuántas!»* con lo cual salía yo á reunirme con ella.

(Aquí un gran suspiro, y el auditorio callado.)

En poco tiempo, confieso que llegué á enamorarme de Soledad como un loco. Me seducía con sus palabras, con sus ojos, con su sonrisa: además me interesaba vivamente su suerte, que ella me aseguraba era *muy perra*. Su madrastra la trataba mal; no tenía padre y como iban mal los negocios de la taberna, ella pagaba los vidrios rotos...

—«Sólo tú eres er cachito de gloria que tengo en este mardecío Madrid; sin tí, de juro me moriría!»

Estas y otras frases por el estilo, salían de sus labios de grana en nuestros paseos nocturnos, dejándome trastornado para toda la noche. Tan poseído estaba de mi papel de *libertador* de aquella doncella oprimida, que llegué á creerme en el deber de sacarla del infierno de su casa, darle amparo y hasta mi nombre si era preciso.

Ella había acogido la idea con frenético entusiasmo. Recuerdo que la noche en que le manifesté el proyecto de huir, reía y lloraba y me llamaba su bien, su vida, su salvación.

—Si no fuera por tí—me dijo, jurándomelo por su salud, y por su alma, y por todos los santos,—si no me sacaras de mi casa, ten por seguro que me mataba esta misma noche.

Yo procuraba calmar aquellos arrebatos que casi me daban miedo.

—Ten paciencia—le dije—y espera á mañana.

—La tendré, bueno—contestó al despedirnos, estrechando mis manos;—pero... acuérdate de que si no vienes... ¡me muero!

* * *

Mas como el hombre propone y Dios dispone, sucedió que al día siguiente, que por cierto era el de Todos Santos, me dijo mi tía, después de comer, estas palabras, que me hicieron el efecto de una descarga eléctrica:

—Pepe, esta noche no salimos por ser el día que es, y por consiguiente, tú no estudiarás tampoco para que pasemos la velada juntos...—No sé qué le contesté, ni cómo pude disimular la consternación que me produjo la noticia.

—¡Qué dirá Soledad—exclamé para mis adentros, asustado;—creerá que no la quiero, porque no cumplo mi palabra ni acudo á la cita!

Aún conservaba una esperanza que me hizo resignarme un poco: la de salir cuando mis tíos se acostasen, y contar á Soledad lo ocurrido. Mas ésta se desvaneció por completo cuando mi tío, no sé si asustado por ciertos robos leídos en *La Correspondencia* ó conocedor de

mis escapatorias, dijo, después de comer, estas palabras que me helaron la sangre en las venas: «—Pues, señor, hay muchos ladrones por ahí, y desde esta noche se echa la llave á la puerta y nos la llevamos al cuarto. Cuando la cocinera salga para la compra, que la pida.»

Pintaros la noche que pasé, sería imposible. Toda ella pensando en Soledad, y oyendo su voz que me llamaba con la señal acostumbrada una, dos, tres, veinte, cien veces seguidas.

(Momentos de silencio y mirando á los oyentes.)

Al principio oía el pregón con la entonación habitual: cadencioso, dulce, como cita amorosa; después noté en la voz cierta impaciencia, que aumentó la mía: algo como dar una orden, como reñir, como exigir, como mandar. Más tarde, aquella voz purísima, que era un embeleso, empezó á enronquecerse, volviéndose seca, metálica, estridente, como acerado puñal que me llegaba al alma. Cuando ya, desesperado, me encerré en mi cuarto y me eché vestido sobre la cama, aún oía á lo lejos la voz que se debilitaba gradualmente en el espacio, cada vez más triste, más apagada, más moribunda...

—*¡Cuántas, calentitas, cuántas!*—Esta fué la pesadilla de aquella noche interminable, y esta fué la frase que revoloteó alrededor de mi abrasada frente durante aquellas horas de fiebre y de delirio. Solo á la madrugada cesó la voz que me taladraba las sienes como dos puntas de fuego y caí en un sopor del que no salí en varios días, según me dijeron luego.

* * *

Pasada mi enfermedad, y cuando pude salir á la calle, no necesito jurar que mi primera ocupación fué buscar á Soledad. ¿Creereis lo que voy á deciros? ¡Había desaparecido de la casa! Lo que pasó por mí, no tengo palabras con qué explicarlo. Creía que me volvía loco; no sólo me atormentaba haberla perdido, si no pensar que yo pudiera ser la causa de su muerte. ¡No os riáis de mí! A los diez y ocho años se cree uno héroe de novela, orígen de mil daños imaginarios y, sobre todo, se cae en la imperdonable sandez de creer que las mujeres se mueren por nosotros! Al mismo tiempo, la noticia dada en los periódicos aquellos días del suicidio de una joven que no había podido ser identificada, me corroboró en mis temores de que Soledad se había matado.

—Me lo dijo aquella noche—pensaba horrorizado;—«me mato si no vienes á salvarme.»—¡Pobre Soledad!... Yo he sido la causa de su muerte, ¡qué peso para toda la vida! ¡Oh!...

Y como estas cosas de la juventud, tarde se olvidan—concluyó Pepe Cendales levantándose,—os confieso que toda mi vida he tenido sobre mi alma la suerte de aquella pobre muchacha, por más que la experiencia y los años me hayan hecho mirar las cosas de otra manera. No volví á saber nada de Soledad, ni me atreví á preguntar por ella á nadie. Excuso decir que aborrecí las castañas asadas, y que cuando llegaba á mis oídos un pregón de esta naturaleza, se me ponía el vello de punta. Esta noche—y aquí termina mi historia—venía para el teatro por la calle de las Infantas, y oigo, al pasar por una taberna, una voz que despertó mil recuerdos en mi memoria, que gritaba:—«¡Cuántas, calentitas, cuántas!»—me acerqué á la castañera sorprendido, y á

la luz del farolillo del puesto ambulante la reconocí.—¡Era Soledad!—Ella me reconoció en seguida.

—Señorito—me dijo sin atreverse ya á tutearme,—¡yo lo contaba á usted con los muertos!

—¿Pues no te moriste tu también?—fué lo único que se me ocurrió decirle. Los dos soltamos la carcajada. Ella me contó que, en efecto, pensó matarse aquella noche memorable; pero que luego lo pensó mejor, y... aprovechando la oferta de un antiguo novio suyo, que le propuso la siguiera... había huido con él.

—¡Bien hecho, chica,—le he dicho entusiasmado de su filosofía.—¡Eso se llama tener talento!

—Y ved cómo—concluyó Cendales—aquella protección que yo soñé un día venderle, dándole mi nombre, mi mano y mi fortuna, se ha trocado—¡oh! ¡altos juicios de la Providencia!—en comprarle, después de *veinte* años... *cuarenta céntimos* de castañas!

XLII

TRES CARTAS

No hace mucho que cierta persona, unida por lazos de amistad y cariño con la que motiva estas líneas, nos entregó tres cartas, escritas con fina y elegante letra de mujer, por si su lectura podía servirnos de pasatiempo, de solaz, de recreo.

Como, al admitirlas, no recibimos prohibición de darles publicidad, no creemos pecar de indiscretos dándolas á luz.

Los años transcurridos desde que acontecieron los hechos á que se refieren, y el cambio de nombres y personas, nos quitan por completo toda clase de escrúpulos.

Hélas aquí:

I

«Querida Guillermina: Ocho días hace que me separé de tí, y ya me parece un siglo que no te veo.

»No creas que aquí estoy tan contenta como me figuraba. Cierto que el viaje, pasados los primeros momentos de pena, al dejarte á tí y á esa casa—la única, puede decirse, que he conocido, —fué distraído y completamente nuevo para mí. Todo el camino vine asomada á la ventanilla del coche, mirando el paisaje.

»Cada tapia que veía coronada de flores, cada grupo de árboles y cada edificio, grande y severo, me parecía que eran mi querido convento, que os iba á encontrar de nuevo, y te confieso que, al desaparecer estos objetos rápidamente, sentía ganas de llorar.

»A pesar de todo mis tristezas se desvanecían por completo con la esperanza de lograr las ilusiones de toda mi vida. ¡Iba á ver á mi madre! Esta sola idea me hacía temblar de alegría y de impaciencia. ¡Qué deseo tenía de besarla, de oir su voz, de exclamar, estrechándola entre mis brazos: ¡Madre mía! ¡Madre de mi alma!

»Por esto, cuando llegamos á la estación de Madrid, y ví que en lugar de encontrarla, solo nos esperaba el lacayo para conducirnos al coche, sentí un inexplicable malestar y una grande inquietud por su ausencia.

»—¿Está mala mi madre?—pregunté á la señora que me acompañaba.

»Creía yo que solo una enfermedad le podía privar de salir á recibirme.

»La señora se sonrió de un modo que no pude explicarme, y me contestó lacónicamente estas palabras:

—»Tranquilícese, señorita. La señora está buena.

»No quise preguntar más y emprendimos el camino de casa silenciosamente.

»Al llegar al hotel, sufrí una nueva decepción. Mi madre no se habia levantado todavía. Cuando pregunté

por ella, me contestaron que no acostumbraba á madrugar, y que hasta las diez no podría verla. Eran las ocho.

»¡Cómo explicarte la profunda amargura que se apoderó de mí en aquellas dos interminables horas de espera!

»El cansancio, el frío del camino, la impaciencia, el desencanto que sufriera al llegar, unidos á lo delicado de mi salud, me pusieron en un estado tal, que cuando se presentó la doncella á decirme que mi madre me esperaba, creí que no daba un paso.

»Corrí, sin embargo, detrás de la sirviente, y después de cruzar varias habitaciones suntuosamente amuebladas, me encontré, sin saber cómo, en los brazos de la que me dió el sér.

»Aquel momento me compensó mis angustias pasadas. Sentí una ternura inmensa que me ahogaba, y rompí á llorar como un niño chico.

»Tal era mi congoja, que mi madre la tradujo por tristeza de haber venido.

»—Siento, hija mía—me dijo,—que no estés contenta en venir á mi lado. Aquí te querremos mucho y te pondrás buena del todo.

»Yo le aseguré que era feliz en no separarme máa de ella y que lloraba de alegría. Mi madre me abrazó de nuevo.

»Cuando me serené, pude observar el cambio que se había operado en ella. Ya recordarás que la vez que fué á verme al convento tenía el pelo negro, como yo, y la tez ligeramente morena; pues admírate. Se ha vuelto blanca y rubia. No la hubiera conocido. Me pareció más guapa que nunca.

»Como, además, el luto de mi padre está ya pasado, realzaba su natural distinción una elegantísima bata celeste pálido, con valiosos encajes.

»Confieso que, á su lado, parecía una palurda, con mi traje gris, mis trenzas apretadas y mi cabello peinado liso sobre la frente.

»Mi madre se rió de mi *toilette* y de mi aire tímido y encogido, hasta tal punto, que cuando le manifesté deseos de acompañarla al teatro y á paseo, me contestó horrorizada:—¿Estás loca? ¿Quiéres que se rían de tí mis amigos? No estás *presentable* todavía.

»Con efecto, al día siguiente me cogió la peinadora por su cuenta, y aquí corto, allí rizo, aquí hago un torcido, allí levanto el pelo hasta lo alto de la cabeza, me dejó, después de una hora de martirio y de colocarme un paquete de horquillas, completamente transformada.

»Te declaro que solo por complacer á mi madre y porque solo á este precio puedo estar siempre con ella, consiento en estas transformaciones. ¡Cuánto más me gustaba mi traje ancho y cómodo del colegio, que estas faldas ceñidas y estos cuerpos ajustados, que da vergüenza presentarse con ellos delante de gente!... Pero, en fin, mi madre lo quiere... tendrá razón.

»Y mientras se concluye mi nuevo equipo, aquí me tienes encerrada en estas desiertas habitaciones, sola, casi siempre, pues mi madre sale á paseo y al teatro todos los días, y solo la veo cuando comemos. Por las noches, suelo oir desde mi cama risas y música que vienen de la sala de confianza. Cuando mi madre no va al Real, recibe á varios amigos íntimos, y yo, desvelada y triste, lloro entre las sábanas, sin poderlo remediar, escuchando las melodías que llegan á mi oído

recordando mi tranquila vida del convento.....»

II

«El otro día, querida Guillerma, no terminé mi carta porque oí la voz de mamá que se acercaba y no quise que leyera las tonterías que te había escrito.

»Hoy continúo contándote mi existencia, que es, desde hace algunas semanas, más amena.

»Mi completa transformación ha dejado tan satisfecha á mi madre, que cuando me presenté á ella la primera noche de mi entrada en el mundo, me dijo admirada:

»—¡Bravo, María!... ¡estás realmente linda!

»Aquella noche hará época en mi vida. Al principio estaba muy aturdida, sin atreverme á mirar ni hablar con nadie. Cuando vinieron á invitarme para el primer rigodón, mi madre, que conocía mi torpeza, me sacó con habilidad del atolladero, diciendo graciosamente á mi pareja:

»—Mi hija es aún muy torpe y embrollará las figuras... será para el primer vals...

»—¡Virgen María!—exclamé mentalmente.—¡Yo bailar, y un vals, con un desconocido! ¡Qué diría la Superiora, que ni aun nos permitía bailar unas con otras!

»Confieso que, después de haber bailado, me pareció la danza la mejor invención del mundo.

»Mi caballero era un joven guapísimo, que antes había visto hablar con mi madre. Es agregado de no sé qué Embajada. Monta á caballo que es un primor; tira á las armas, tiene fama de hombre galante y afortunado con las mujeres... Es, en suma, un hombre perfecto.

Todas estas noticias las conozco por mi madre, de quien es muy amiga. Aquella noche estuvo galante y obsequioso conmigo. Yo no sabía de qué hablarle: envidiaba esa conversación frívola y graciosa que escucho en las demás mujeres y que debe halagar más á los jóvenes, que mis patochadas, hablando del colegio, de nuestros juegos inocentes, de nuestros cantos en la iglesia, nuestros paseos solitarios, etc., etc.

»Es, sin embargo, Jorge (que así se llama mi héroe) tan amable, que me oía con indulgencia suma, asegurándome que mi conversación le rejuvenecía, que se sentía á mi lado mejor, y que se aspiraba junto á mí un perfume especial de virginidad, de pureza... En fin, ¡Guillermina mía! cosas muy bonitas, muy bien dichas y expresadas por aquellos ojos hermosos y azules, que me dejaron trastornada...

»Después de aquella noche, la conducta de Jorge me hace creer que no le soy indiferente. En paseo nos acompaña, bien al estribo del cóche, si va á caballo, ó á pie, si paseamos nosotras de este modo. Es demasiado bien educado para que su conducta, delante de mamá, no sea en extremo correcta. Jamás se permite la más ligera muestra de deferencia hácia mí; pero... sus ojos hablan y no creo equivocarme al decirte que Jorge experimenta hácia tu pobre amiga algo parecido al amor... Esta idea me trastorna. Ser amada por ese hombre que conceptuo leal, honrado y generoso, sería el paraíso para mí...

»Para concluir, escucha lo que ocurrió anoche.

»Estábamos en el teatro y me pedía con insistencia un ramo de gardenias que llevaba yo en el pecho. Me resistí toda la noche; pero... ¡tenía tantos deseos de dár-

selo!... Al salir insistió de nuevo. Me preguntó qué motivos tenía para negar este favor, y yo, sin saber qué decirle, le aseguré que me gustan mucho estas flores y que no quería desprenderme de ellas. Una simpleza, lo conozco; pero á su lado pierdo la acción de pensar y discurrir.

»Por último, fueron tantos sus ruegos, que al subir al coche dejé caer con disimulo el ramillete que él cogió precipitadamente. Esta mañana he hallado en mi cuarto otro ramo de flores, hermosísimo, con un billete oculto entre las hojas, que decía estas lacónicas palabras:

«De un amigo que os ama.»

»Por fin, querida Guillermina, que soy feliz, que el amor de Jorge me devuelve la alegría y la salud y sería capaz de resucitarme.»

III

«Tus repetidas y cariñosas cartas me han servido de consuelo, querida Gillermina. Algo muy grande se ha derrumbado dentro de mí, y al choque de mis encontrados sentimientos de amor y odio, ha brotado la luz fría de la razón, que me dice que hay que olvidarlo todo.

»Una aspiración grande, invencible, se ha apoderado de todo mi ser: huir ha sido mi constante pesadilla, y en los largos días de delirio y de fiebre, esta idea me hacía abandonar el lecho y fué la causa de que me encontraran un día dispuesta en el jardín para marcharme.

»Cuando sepas lo ocurrido, comprenderás que yo no puedo estar en esta casa. Aquí son todos enemigos míos; aquí he creído morirme de pena y volverme loca de do-

lor... Si aún permanezco entre estas odiosas paredes, es porque mi salud, quebrantada con el violento golpe recibido, no me permite tomar resolución alguna.

»El amor de Jorge me habia salvado de una muerte que todos creían segura. Aquello fué entrever el cielo: mi felicidad fué sólo de unos instantes.

»Pocos días después de escribirte, ocurrió un incidente que empezó á entristecerme. Mi madre, que desde mi llegada se habia mostrado cariñosa conmigo, aunque sin abandonar su vida agitada y frívola, se mostró muy enojada al manifestarle mis sospechas de que Jorge me amase.

»—¡Que tonterías se te ocurren, niña! —me dijo con severidad al escucharme. —¿En qué cabeza cabe que Jorge pueda pensar en tí, que eres una chiquilla recién salida del colegio? Y ¿quién te ha dicho á tí, aunque así fuera, que yo podía consentir semejante locura?

»—Jorge es tu amigo—me aventuré á decir tímidamente. — ¿No lo crees bueno y honrado?

»Mi madre se turbó un poco; mas reponiéndose enseguida, replicó con tono que me dejó helada:

»—Sea lo que sea, te prohibo en absoluto que te ocupes de él.

»Desde entonces, la actitud de mi madre cambió por completo conmigo. Ya no me permitia que la acompañase á ninguna parte; ya, no más paseos, ni teatros, ni sociedades. Algunas veces, en casa, veía á Jorge y á ella que hablaban acaloradamente; ella, como arguyéndole; él como disculpándose.

»Yo no podia explicarme todo esto; después, lo ví bien claro. La pluma me abrasa la mano al trazar estas líneas; seré breve.

»Una tarde, estaba sola en la biblioteca; todos habian salido. Me encontraba más triste que nunca, y por distraerme, cogí el libro que á la sazón leía mi madre. A las pocas hojas que pasé, hallé un papelito doblado, olvidado allí, sin duda. Lo abrí, sin darme cuenta del por qué temblaba, y leí estas palabras que me hicieron perder el sentido:

«Haces mal en creer que yo pueda querer á Maria. Jamás pensé en ella, sino como medio de acercarme á tí. Solo á tí te adoro y te adoraré toda la vida.

»Tuyo, JORGE.»

»Despues de aquellos renglones, me lo expliqué todo y he creido morir. Hoy la muerte es mi única esperanza, y no quiero renunciar á ella. Siento que la vida se acaba, y en ello estriba lo único que ya puede alegrar á tu

Maria.»

. . .

La persona que nos facilitó las cartas que anteceden, nos dijo, además, que Maria murió poco tiempo después de escrita la última.

La madre (que nunca habló con ella de lo ocurrido), pasado el año de luto, volvió á Madrid, siguiendo su vida poco menos que marital con Jorge, con quien disipaba alegremente la fortuna que correspondia á su hija.

FIN

ÍNDICE

Páginas

DEDICATORIA V
ALGUNAS PALABRAS POR VÍA DE PRÓLOGO VII
I.—La mano de mi niña (reflexiones de una madre) 1
II.—El tronco del árbol (cuento) 6
III.—En busca de modelo 13
IV.—El lector de periódicos (estudio del natural) .. 20
V.—Cháchara de amoríos 25
VI.—Principio y fin 31
VII.—Los vanidosos 37
VIII.—Los tres vestidos blancos 42
IX.—La vuelta de la pesca 48
X.—La carcoma 53
XI.—Historia de un coche 61
XII.—La trenza rubia 65
XIII.—Cuestión de Consumos 72
XIV.—Paisaje con figuras 79
XV.—Magdalena 84
XVI.—La última muñeca 91
XVII.—La visita al leproso 97
XVIII.—La institutriz 103
XIX.—El traje de boda 109

XX.—Un chico animado..... 116
XXI.—Mi lavandera portuguesa..... 121
XXII.—Mariposa..... 126
XXIII.—El primer cumpleaños..... 133
XXIV.—La leyenda de D. Juan II..... 139
XXV.—La guardesa..... 145
XXVI.—La edad de las ilusiones..... 151
XXVII.—El desmemoriado..... 155
XXVIII.—El perro y el niño..... 159
XXIX.—Tarde de Otoño (fantasía descriptiva).... 164
XXX.—Florencia..... 170
XXXI.—Cosas de la edad..... 176
XXXII.—Visita á un Asilo-modelo..... 182
XXXIII.—Don Justo Bendito..... 188
XXXIV.—La niñera..... 195
XXXV.—La cruz de oro..... 201
XXXVI.—Doña Inés..... 209
XXXVII.—Dos tumbas..... 217
XXXVIII.—Del montón..... 222
XXXIX.—La vuelta del mercado..... 229
XL.—Por un accidente..... 236
XLI.—¡Cuántas, calentitas, cuántas!..... 242
XLII.—Tres cartas..... 250

ANUNCIOS

OBRAS DE HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS

(En las principales librerías.)

Filosofía y Arte, con un prólogo de D. Nicolás Salmerón, 3,50 pesetas.
El Colegio de Bolonia (en colab.), obra ilustrada, 6,50.
Filosofía moral, para la 2.ª enseñanza.—(Agotada.)
Biología y Etica (2.ª ed.), para la 2.ª enseñanza, 3.
Programa de Filosofía moral.—(Agotada.)
Programa de Psicología, Lógica y Etica, 1.
Programa de Biología y Antropología, 1.
Proyecto de ingreso en el Profesorado, etc.—(Agotada.)
Teoría del Arte é Historia de las Bellas Artes en la antigüedad, con un Programa de Arte y su historia, 1,50.
Fragmentos y retazos.—(Agotada.)
La Enseñanza obligatoria, trad. de Tiberghien (2.ª ed.), 2,50.
Moral elemental para las escuelas, íd. de íd., 2,50.
Krause y Spencer, íd. de íd., con biografía del autor, 2.
Mendelsshon, íd., de Selden, con historia de la música, 1.
París en América, por Laboulaye, íd. (2.ª ed.), 1,25.
Obras de Maistre, íd., 2.
Mentiras, íd., de Paul Bourget, 2,50.
Recuerdos de viaje, íd. de P. Loti, 2,50.
Discordia entre la Iglesia y la Italia, del P. Curci, trad. del italiano, 2,50.
Pio IX y su sucesor, por Bonghi, trad. del italiano, 3.
León XIII y la Italia, por el mismo, íd. íd., 3.
Anuario de la Institución libre de Enseñanza.—(Agotada.)
Mar de fondo, por Rebollo, borrador corregido de una novela, y con un prólogo, 1,50.
Milton, drama en un acto, original y en verso, 1.
A tiempo, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.
Los parientes del difunto, sainete lírico en verso (íd.), 1.
Historia de un crimen, drama en 3 actos, en prosa, 3.
El último sacrificio, drama en uno, en verso (en colab.) 1.
En busca de protección, juguete original en verso (íd.), 1.

Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (íd.), 1.
Teresa Raquin, drama en cuatro actos y en prosa, 4.
Por ir al baile, comedia en dos actos y en prosa, 2.
Portugal. - Impresiones para servir de guía al viajero.—Año 1.º—1888.—(En colaboración con D. Francisco Giner.) 2,50 pesetas.

OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL ITALIANO

por

HERMENEGILDO GINER DE LOS RIOS

De venta en casa de D. Agustín Jubera, y en las principales librerías.

	PESETAS.
1870-71.—*Recuerdos*	3
La vida militar.—Bocetos. (Primera serie)	3
La vida militar.—Nuevos bocetos, (2.ª serie)	3
Páginas sueltas	3
Retratos literarios.	3
España	3,50
Efectos psicológicos del vino. (Conferencia)	1
Italia. Dos tomos	6
Los amigos. Tres tomos	9
Poesías, traducidas en verso castellano	3,50
Turín, Lóndres y París	2,50
Impresiones de América, acuarelas y dibujos	3
Ideas sobre el rostro y el lenguaje y pruebas fotográficas. (Con 4 fotograbados de Laporta)	3
Constantinopla. Dos tomos	5
Novelas	3
Corazón (Cuore). Diario de un niño, con prólogo de *Fernanflor*	3,50
En el Océano. Viaje á la Argentina (con una carta-prólogo del autor)	4
Holanda. (En colaboración con Muñiz Carro)	4
Marruecos. Traducción de J. Muñiz Carro	3,50

BIBLIOTECA ANDALUZA

Dirigida por los
Sres. D. Antonio Luis Carrión y D. H. Giner de los Ríos.
La correspondencia: OBELISCO, 8, MADRID

PRIMERA SERIE

1.—I. *Ni franceses ni prusianos,* por Un amigo de la neutralidad.
2.—II. *Gibraltar* (*Ecos de la patria*), por D. Antonio Fernández García.
3.—III. *El libro de las madres*, por D. Cándido Salas, médico.
4.—IV. *Málaga contemporánea*, por D. Agusto Jerez Perchet, periodista.
5.—V. *Los temblores de tierra*, por D Cesáreo Martínez, catedrático de Historia Natural.
6.—VI. *Poesias de Ríos Rosas*, coleccionadas y precedidas de una biografía del autor, por don H. Giner de los Ríos.
7.—VII. *La cueva del tesoro*, estudio prehistórico, ilustrado con grabados y cromos, por D. Eduardo J. Navarro.
8.—VIII. *La guerra.—Asociación y ahorro.*—Estudios sociales, por D. Santiago Casilari.
9.—IX. *Un hombre de corazón*, por D. A. Luis Carrión.
10.—X. *Un hombre de corazón* (t. II), por el mismo.

SEGUNDA SERIE

—

11.—I. *Sociedades cooperativas,* por el Excmo. señor D. Manuel Pedregal y Cañedo, ex-ministro de Hacienda.

12.—II. *Leyendas y tradiciones*, por D. Eugenio Olavarría Huarte, ex-profesor de la Academia Militar.

13.—III. *Economía política para los principiantes,* por Mrs. Fawcett, traducción del inglés, por S. Innerárity, con prólogo del Iltmo, señor D. Gumersindo de Azcárate, catedrático.

15.—V. Segundo y último tomo de la *Economía.*

14.—IV. *Filipinas*, notas de viaje y estancia, por J. Fernández Giner, con un prólogo del excelentísimo Sr. D. Luis de Rute.

16.—VI. *Literatura clásica griega,* por D. A. G. Garbín, catedrático de la Universidad de Granada.

18.—VIII. *Discursos académicos y presidenciales de Ríos Rosas*, y otros trabajos, seguido de un estudio acerca del autor, escrito por D. J. Pérez de Guzmán.

19.—IX. *Portugal contemporáneo,* por D. Rafael María de Labra, Diputado, Rector de la «Institución Libre de Enseñanza.»

17.—VII. *El Nuevo Código Civil al alcance de todos*, por D. J. Aparicio Vázquez, con una carta-prólogo del Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martínez.

20.—X. *Educación y Enseñanza,* por D. Francisco Giner, Catedrático de la Universidad Central.

PRECIO DE LOS ANTERIORES TOMOS:

Por suscripción, á *una peseta*.—Tomos sueltos á *una peseta cincuenta céntimos*.—Encuadernados á *una peseta cincuenta céntimos* y *dos pesetas* respectivamente.

TERCERA SERIE

EN PREPARACIÓN

Cuestiones de Gramática, por Sánchez Perez.
Derecho internacional, por Labra.
Escuelas de párvulos, por Caso.
Folk-Lore, por Machado.
Literatura inglesa, por Al-Deguer.
Muebles y tapices, por F. Giner.
Africa, por Reparaz.
América, por Humboldt (dos tomos).
Vade-mecum para el médico del día, por Lozano.

AGUSTÍN JUBERA, Editor.—CAMPOMANES, 10, MADRID

BIBLIOTECA MORAL, CIENTÍFICA Y LITERARIA

OBRAS PUBLICADAS

A. Laurie. *Los Desterrados de la Tierra.*	Cuaderno 1.°
» »	Cuaderno 2.°
» »	Cuaderno 3.°
» »	Cuaderno 4.°
Daudet. *Cuentos escogidos para la juventud.*	Cuaderno 5.°
» »	Cuaderno 6.°
» »	Cuaderno 7.°
H. Malot. *Román Kalbris.*	Cuaderno 8.°
» »	Cuaderno 9.°
» »	Cuaderno 10.
Benedict. *La Madona de Guido Reni.*	Cuaderno 11.
» »	Cuaderno 12.
» »	Cuaderno 13.
E. Legouvé. *Nuestros hijos*	Cuaderno 14.
» »	Cuaderno 15.
A. Laurie. *La roca de las gaviotas.*	Cuaderno 16,
» »	Cuaderno 17.
» *De Nueva-York á Brest en siete horas*	Cuaderno 18.
» »	Cuaderno 19.

PRECIO DE CADA CUADERNO:

Una peseta.

12341

LS.
G497a

Author Giner de los Rios, Hermengilde

Title Articulos Flambres.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU